



*Thomas Page McBee*

# UN HOMBRE DE VERDAD

LECCIONES DE UN BOXEADOR QUE PELEABA PARA ABRAZAR MEJOR

# Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Noviembre 2015

¿Por qué hago esto?

I. Verano

¿Soy un hombre de verdad?

¿Soy sexista?

¿Busco aprobación?

II. Otoño

¿Estoy nervioso?

¿Y si fracaso?

¿Por qué nadie me toca?

¿Qué tiene de malo perder?

¿Por qué pelean los hombres?

Una semana después

Epílogo 2017

Agradecimientos

Otras lecturas

Thomas Page McBee

Sobre «Un hombre de verdad»

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Compa**

## Sinopsis

Thomas Page McBee fue el primer boxeador transexual en combatir en el Madison Square Garden, pero este libro no va de eso. McBee nació con cuerpo de mujer, siempre se supo hombre, se operó a los treinta años y entendió que el mundo no volvería a ser igual. Porque cambiar de género lo cambia todo. Y de eso sí que trata este libro.

*Un hombre de verdad* es el relato en primerísima persona de esa transición, un testimonio lírico sobre qué significa ser hombre en el mundo actual. Cuando McBee decidió inscribirse en un gimnasio de boxeo para entender la masculinidad a partir de la violencia, se reconoció como amateur ante ese deporte y ante las preguntas más elementales sobre su propia identidad.

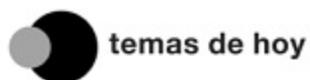
La historia de McBee puede leerse como un reportaje intimista sobre el acoso, el miedo, el rechazo y la aceptación. Pero sobre todo como una defensa de la fragilidad frente a los estereotipos omnipresentes del machito desfasado, con la certeza de que dentro y fuera del ring esta lucha es una sola. La suya, la tuya, la nuestra.

# UN HOMBRE DE VERDAD

Lecciones de un boxeador que peleaba para abrazar mejor

Thomas Page McBee

Traducción de Juan Trejo



*Para mi madre, Carol Lee McBee,  
que me enseñó a pelear*

En la mente del principiante hay muchas posibilidades,  
pero en la del experto hay pocas.

*Mente zen. Mente de principiante.*

SHUNRYU SUZUKI

Yo: «Ojalá pudieses experimentar el modo tan diferente en  
que la gente reacciona ante mí ahora que soy un hombre».

Mi hermano: «No puedo imaginármelo, aunque puedo  
imaginármelo».

## Noviembre 2015

Según las leyes de la física y las normas del boxeo en Estados Unidos, no iba a ser una pelea justa. Pero ahí estábamos, dos tipos más bien maduros, dando vueltas uno frente al otro ante diecisiete mil espectadores borrachos en el Madison Square Garden, el santuario del boxeo en Norteamérica.

Desde el mes de julio había estado sangrando por las encías y había llorado enterrando la cabeza en la almohada y estuve a punto de dejarlo pasar. Pero no fui capaz. Perdí, temporalmente y en diferentes grados, la cabeza, el oído y a mis amigos. Y todo para que un tipo que pesaba casi ocho kilos más que yo pudiese llenarme la cara de moretones, para que pudiésemos componer entre ambos un extraño mosaico formado por nuestros sentidos embotados, axilas sudorosas, luces potentes, el sabor de la bilis en la garganta, marcas de mordiscos en los protectores bucales de goma, chirridos de zapatillas al girar y lentejuelas.

Todo para poder golpear su estómago con mis puños y para que él pudiese golpear el mío con los suyos. Conocer los límites de mi cuerpo conllevaba un precio, me iba a doler, pero en ese momento mis músculos habían llegado a armonizar con sus combinaciones de golpes mientras un reflexivo silencio iba imponiéndose a los vítores en el estadio. Sabía bien que no somos más que tendones, y sangre, y huesos, y folículos, y decadencia.

Lo cierto era que sentía amor por él, incluso mientras bailaba a su alrededor con los puños levantados. Yo era un hombre nuevo, el primer transexual masculino en combatir en el templo del boxeo más famoso del mundo, y estaba ahí para cerrar la grieta que nos separaba, para demostrar que no era más que una invención.

## ¿Por qué hago esto?

¿Por qué pelean los hombres? ¿Qué es lo que nos empuja a querer que nos golpeen en la cara? ¿Qué provoca que otros quieran verlo?

¿Qué hace que un hombre sea un hombre?

Cuando empecé a inyectarme testosterona tenía treinta años y quería verme guapo. Programé mi transformación, en primera instancia, siguiendo criterios estéticos: la camiseta que por fin me quedaba bien, la elegante curvatura del bíceps, el glorioso despunte de la barba. Me encantaba el aspecto de los hombres, y su olor, y cómo se movían. Me encantaba su soltura y su corpulencia y su despreocupación, sus perfectos afeitados de barbería, el hecho de que su punto de equilibrio físico se encuentre en el pecho. Me encantaba la silenciosa eficiencia de los vestuarios masculinos, el inefable disfrute físico que suponía correr al lado de mi hermano, nuestras sombras recortándose contra los edificios que dejábamos atrás.

Me encantaba ser un hombre en el mismo sentido que me encantaba tener un cuerpo. Reconstruí mi pecho mediante cirugía; cada semana me clavaban una larguísima aguja en los muslos; cambié de nombre y cambié el lugar que ocupaba en el mundo. Todo para poder dejar de ocultarme encasquetándome gorras de béisbol y poniéndome camisetas deportivas de manga larga. Para poder sacarme la camisa y saltar sobre las olas.

Las alegrías de las que disfruté en un principio tenían que ver con la cotidianidad, eran sencillas y estaban enraizadas en la cálida fisicidad de una recién estrenada sensación de libertad: secarme con una toalla después de ducharme y observar de reojo mi pecho plano reflejado en un espejo empañado; o el modo en que la ropa, de repente, se adaptaba a mis hombros

cuadrados y a mis estrechas caderas. La nueva masa muscular que marcaba mi forma de caminar, que ensanchaba mis manos, mis pantorrillas, mi garganta. Tocaba el perfil de mis abdominales, medio desnudo en el baño, y los músculos y la piel se armonizaban en el espejo. Me daba la vuelta y el tipo del espejo también se la daba. Yo sonreía y él sonreía. Se expandía al tiempo que lo hacía yo.

Cuando escuchamos historias sobre personas trans, a menudo acaban con ese brillante simbolismo que pretende dar a entender que el hombre o mujer en cuestión ha tenido éxito en su transición, han superado el enorme reto que entraña ser *finalmente ellos mismos*. A pesar de que se trata de una idea inspiradora, e incluso es parcialmente cierta, un embarazo o una experiencia cercana a la muerte pueden causar un efecto similar respecto al sentido y gravedad del asunto, pues alteran nuestro día a día, alteran los recuerdos e incluso la percepción del tiempo en relación con el momento clave... Pero mi historia no acaba aquí. Ni mucho menos.

Soy un principiante, un hombre que nació con treinta años de edad, con un cuerpo que materializa una realidad, vinculada al hecho de ser seres humanos, a la que rara vez prestamos atención. La mayoría de nosotros sufrimos los condicionamientos relacionados con las cuestiones de género siendo tan jóvenes (está demostrado que es un proceso que se inicia en la infancia) que malinterpretamos la relación entre lo que es natural y lo que aprendemos, entre la cultura y la biología, mezclándolo todo bajo la etiqueta de ser *nosotros mismos*.

Lo que pretende este libro es, precisamente, separar esos dos aspectos. También ha acabado convirtiéndose, mientras lo escribía, en una especie de protección para mí mismo, un método para rastrear y darle forma a mi propia transformación en un entorno cultural en el que demasiados hombres son tóxicos.

Yo también provengo de una larga estirpe de hombres tóxicos.

• • •

A medida que la testosterona hacía su trabajo y moldeaba mi cuerpo, su impacto en el mundo que me rodeaba, en tanto que objeto ubicado en un espacio concreto, fue resultándome cada vez más desconcertante: mis expectativas respecto a no tener miedo se yuxtaponían al temor que podía provocar en una mujer cualquiera en una calle oscura y solitaria. Cuando estaba con otras personas, por otra parte, mi voz silenciaba las de los otros. Mis habilidades, de repente, se daban inmerecidamente por supuestas. Como mi fuerza. O mi potencial.

Yo respondía en consecuencia a esos cambios cuando hablaba por teléfono o cuando hablaba con los hombres que atienden en los peajes o en las primeras citas con mujeres. Era como una planta al sol, me desplazaba hacia aquella parte de mí que, de algún modo, se veía recompensada: ya fuese la agresividad, la ambición o la valentía.

Así que me encogía de hombros embutido en camisetas que, de repente, me sentaban de maravilla, intentado fingir que no estaba atrapado entre dos fases. Siempre respondía del mismo modo a los erráticos consejos sobre el tema que me habían ido dando a lo largo del camino de mi transformación; toda una serie de consejos disonantes que había dejado de lado, hasta que un tranquilo día de primavera me vi obligado a afrontar de una vez por todas la grieta que separaba mi pasado de mi nuevo cuerpo.

• • •

A los extraños que pasaban por la calle Orchard la escena debió de parecerles intrascendente. Mi aspecto era el propio de un tipo blanco, de unos treinta años, típico del Lower East Side: con tatuajes, delgado, en zapatillas de deporte y con gafas de sol. Pero llevaba ya cuatro años inyectándome

testosterona. Mi barba, salpicada de canas, transmitía la experiencia de una vida que todavía no había llegado a vivir.

Por otra parte, estaba con la guardia baja. Acababa de dejar a Jess, mi nueva novia, en mi apartamento, y la promesa de una tarde sin compromisos se extendía ante nosotros, por eso me dirigía a la bodega, para comprar helado. Me fijé entonces en que, finalmente, habían abierto el nuevo restaurante, el del hermoso escaparate, en el edificio de al lado. Con mi recién adquirida confianza, le envié un mensaje a Jess: «Esta noche voy a traerte aquí». Acompañé el mensaje con una foto del lugar, de un estilo «británico moderno», en la que había pillado —debido al centelleante reflejo provocado por el flash, que se disparó accidentalmente— a sus nuevos moradores, sin duda increíblemente interesantes, enmarcados por el ventanal en una luz suave y romántica.

«¡Eh!» Alcé la vista, como si estuviese tomando aire, antes de volver a bajarla, y me fijé en la matizada luz primaveral que se colaba entre las ramas de los árboles. Supe, como suelen saberlo los animales, que las expectativas para aquella noche iban a pasar por las manos de aquel tipo en camiseta blanca y enormes bíceps que venía hacia mí. «¿Le has hecho una foto a mi puto coche?», gritó con una voz extrañamente ronca.

Lo estudié mientras se acercaba. El momento adquirió una extraña relevancia; la gente se apartó sin decir nada, mirando fijamente pero sin intervenir. Ese iba a ser el tercer altercado, o algo parecido, en el que me veía enfrascado en los últimos meses. Resultaba alucinante el modo en que un momento supuestamente idílico podía convertirse, repentinamente, en una situación violenta. Cuando se me acercó, lo miré con miedo.

Una oleada de inquietud y temor me atravesó.

Mi Yo anterior quería echar a correr, como lo había hecho delante de mi padrastro siendo niño. Ese extraño y el hombre que me crio supusieron para mí, durante un instante, el mismo tipo de amenaza simple y aterradora.

«¡Eh!», dijo el extraño. Tenía el pelo oscuro y ondulado, lucía un montón de

tatuajes en el antebrazo y tenía un aspecto descuidado, como suelen tenerlo aquellos que acaban de divorciarse. También parecía estar borracho.

Intuí que deseaba llamar la atención, que no solo quería montar una escena sino que pretendía largarse de allí dejando un ojo morado a su paso.

*Los hombres no corren.* Estando allí, inmóvil, ese inopinado pensamiento cruzó por mi mente.

Dejé escapar un sonoro suspiro y me volví hacia él, porque eso es lo que hacen los hombres. Le pregunté, con el tono de voz más grave del que fui capaz, «qué cojones» quería. Señaló hacia un brillante Mercedes color rojo aparcado frente al restaurante; el tipo de coches que parecen una especie de polla. El sudor le corría por la cara, de un modo un tanto excesivo para aquella tarde más bien fresca. Me fijé en la fiereza de su mirada y me sorprendió sentir miedo y lástima por él al mismo tiempo. ¿Qué habría dicho mi madre? *Mantén la perspectiva.* Escuché con tal claridad su voz que fue como si la tuviese realmente a mi lado. «Thomas», me advirtió cuando apreté los puños.

Parecía poseído, pensé relajando mis manos.

«He tomado una foto del restaurante que hay detrás de tu coche —empecé a decir suavizando un poco mi tono de voz, saltándome lo que dictan las reglas para estos casos;—. Quiero llevar a mi novia a ese restaurante.» Recordé, en el último instante, no rematar la frase con un tono más agudo.

«¡He visto el flash!», gruñó sin lógica ninguna; algo propio de un hombre corto de miras.

Eso era lo peor de todo, entendí. Aquel tipo ni siquiera me veía.

No era una cuestión personal.

• • •

«Los hombres no se abrazan», me había dicho mi tío, años atrás, extendiendo la mano hacia mí en un día que hacía calor. Mi nueva vida era una corriente

continua de consejos que no había solicitado, una guía para la construcción de una masculinidad verosímil.

Pero mi tío no se equivocaba. Jess solía ser la única persona que me tocaba. Me dio por pensar que aquel hombre que tenía delante, sin afeitarse y tan poco amistoso, lo que necesitaba era un poco de contacto humano.

Yo también sabía lo que suponía estar a punto de volverse loco debido a esa clase de necesidad. Podría haberlo aprendido caminando por ahí a pecho descubierto, del mismo modo en que había aprendido a limitar el uso de los signos de exclamación en mi correspondencia, pero era consciente de todo lo que mi cuerpo masculino provocaba en ese sentido: la fría distancia de los amigos en los momentos difíciles, mi consciente distanciamiento de la gente, especialmente de las mujeres, que me percibían como una amenaza; detalles que conllevaban que prácticamente me hubiese convertido en un fantasma. En un principio acepté esa clase de peajes, pero al final del día me sentía siempre como si estuviese luchando contra una mala traducción de mí mismo. ¿Qué me había ocurrido?

Una vez finalizada la pantomima, me di la vuelta y me dispuse a alejarme del tipo enojado de la calle Orchard, pero él se me cruzó por delante cuando intenté moverme y colocó su grueso brazo extendido frente a mi pecho cicatrizado. Lo cual, extrañamente, me llevó a pensar en los avances tecnológicos que habían permitido esa situación, pues dichos avances habían conllevado la valiosa recompensa de saber que me encontraba, por fin, «en el cuerpo adecuado».

Capté el olor a menta en su aliento y confirmé también los rastros de licor. La tarde acababa. Lo miré con tristeza. «Dame. Tu. Teléfono», me dijo enfatizando cada una de las palabras, como si hubiese captado mi empatía y pretendiese de ese modo eliminarla.

Ambos estábamos deseando saber si yo sería capaz de hacer algo. Pero ¿qué? Pesaba treinta y cinco kilos más que yo y era trece centímetros más alto.

¿Tenía que pegarle? ¿Podría hacerlo? Estudié su punzante mirada. Podría hacerlo si me veía obligado.

Sentí cómo me poseía un instinto primario mientras esperaba algún gesto por su parte. Dejarse llevar me pareció una opción terrible pero también atractiva. Lo miré calculando la distancia entre los dos. Él se tambaleó y después sonrió con un matiz perverso cuando yo me encogí. Transmitía ese tipo de masculinidad que yo tan bien conocía, podía *olerla* incluso, compensada por una profunda bocanada de inseguridad. Resultaba difícil saber, como sucede siempre en estos casos, si de niño había sido el acosador o el acosado. Fuera como fuese, una parte de mí deseaba aferrarse a ese gastado cliché masculino que implica arriesgar el cuerpo para ganarse el derecho a existir en él.

*Tú eres un hijo del universo*, decía el poema que mi madre me había escrito en una tarjeta de cumpleaños hacía ya mucho tiempo, *tienes derecho a estar aquí*. Noté la tristeza en mi pecho. Sonó mi teléfono móvil interrumpiendo aquel oscuro ensueño. Debía de ser Jess, querría saber dónde estaba. Yo deseaba estar en el apartamento, con ella, comiendo helado, sumidos ambos en la narcótica dicha del enamoramiento. ¿Por qué, en lugar de eso, estaba allí, intentando convertir mi cuerpo en un arma?

Yo era un hombre, eso al menos estaba claro. Pero, aunque había empezado a serlo años atrás, todavía me preguntaba qué significaba eso exactamente.

• • •

Había llegado a la conclusión de que los demás también se preguntaban lo mismo.

Durante los primeros años en los que me inyecté testosterona, abundaron los titulares de prensa un tanto histéricos que vinculaban masculinidad y crisis económica. Por lo visto, lo ocurrido tras la recesión, la oleada de suicidios, la adicción a las drogas e incluso la moda de las barbas tenían su origen en la

tremenda inseguridad que había provocado la pérdida masiva de puestos de trabajo y el consecuente terremoto que habían sufrido los hogares liderados por hombres después de la crisis. Todo se debía a una «crisis de masculinidad» global. (Dicha idea, que no era nueva en los círculos académicos, había encontrado ahora su hueco también en la cultura popular.) En Estados Unidos la historia había seguido su curso, los hombres se habían convertido (algunos contra su voluntad) en padres encargados de las labores del hogar o habían vuelto a estudiar centrándose en ámbitos tradicionalmente dominados por las mujeres, como la enfermería, o bien, con la intención de no recurrir a esto último, habían regresado a casa de sus padres y se pasaban el día entero frente a los videojuegos. Por lo visto, según uno de los números de 2010 de *The Atlantic*, estábamos siendo testigos de «el fin de los hombres».

Al parecer, un cierto tipo de hombre —blanco, propio del entorno rural, mayor— sí estaba desapareciendo, y muriendo, y matándose, por sobredosis. Ese tipo de hombre sí estaba en crisis; por lo visto, en el más amplio sentido de la palabra. Pero no daba la impresión de que algo así fuese a suponer el fin de la masculinidad o, al menos, no lo iba a suponer para mí. A esas alturas, la testosterona estaba empezando a hacer efecto y prácticamente todos los que me rodeaban se habían propuesto educarme para que pudiese cumplir con el estereotipo de hombre fuerte-y-silencioso cuyo reinado, precisamente, estaba por finalizar; tanto conocidos como amigos estaban siempre pendientes de mí en lo relativo a cuestiones de género, geografía o socioeconomía. Para ellos, todo lo relacionado con esas cuestiones afectaba la idea de la masculinidad. Tal vez fue ese el motivo de que empezase a obsesionarme con el hecho de narrar la «crisis de la masculinidad» desde dos enfoques muy concretos: por un lado, los efectos colaterales de la crisis económica asociados a una visión fundamentalista de las cuestiones de género, que asociaba masculinidad y trabajo; y por otro, el hecho de encontrar vínculos con mi propia experiencia de dislocación respecto a mi cuerpo. Debido a mis particulares circunstancias, entreví que la «crisis» era mucho más compleja de lo que la gente pensaba,

pues su origen se encontraba en algo mucho más profundo que lo que marcaban las cuestiones de clase social, raza o tradición. Intuía que la esencia de la crisis era inherente a la propia masculinidad y que por eso precisamente afectaba a todos los hombres, incluso a aquellos que sentían que habían superado con éxito los retos impuestos por unas convenciones obsoletas. Después de todo, eran los hombres que leían libros sobre inteligencia emocional o los que vestían camisas a medida los que habitualmente me aconsejaban, con el camuflado e informal sexismo propio de los cosmopolitas, que afrontase las citas con mujeres como si se tratase de un asunto bélico o que controlase las reuniones de trabajo mediante un simiesco uso del lenguaje no verbal.

A mí me daba la impresión de que estar en crisis era una reacción natural al hecho de ser hombre, cualquier clase de hombre, incluso si al serlo no se encajaba con lo que todo el mundo creía que debía ser.

Empecé a pensar en este tipo de cosas en 2011, el año en que me inyecté testosterona por primera vez. Había empezado a trabajar como periodista a tiempo completo por primera vez en mi vida, ejerciendo de editor en un periódico de Boston, y seguía con macabra curiosidad todos los titulares que aparecían sobre el tema en Estados Unidos o en Gran Bretaña; incluso lo que se comentaba al respecto en lugares tan lejanos como China. En Estados Unidos la cuestión no tardó en transformarse en lo que ahora se conoce como *estratificación generacional y de clase social*. Es decir, los hombres más desfavorecidos han quedado «descolgados» por dos razones: han ascendido los índices de escolarización entre las mujeres y ha aumentado la tendencia a evitar el matrimonio entre los colectivos con menos ingresos.

A todas estas, en las ciudades los hombres empezaban a vestirse como leñadores y a dedicar sus ratos libres a la artesanía para volver a conectar con los trabajos manuales de antaño, aunque ahora con una actitud masculina que muchos insistían en definir como radicalmente diferente a la de generaciones anteriores. Por lo visto, según los sociólogos y los antropólogos que se

dedicaban a estudiarlos, los jóvenes *millennial* se comportaban con las mujeres de un modo que parecía indicar el inicio de una nueva era de igualdad; especialmente en lo referente a cuestiones laborales. Pero tanto las encuestas como las investigaciones más recientes, por el contrario, dibujaban la posibilidad de que los hombres *millennial*, en su conjunto, podrían ser tan «tradicionales» e incluso menos igualitarios en su actitud hacia las cuestiones de género que como lo habían sido sus padres; lo cual iba a provocar que los expertos acabasen afirmando que crecer bajo la tutela de padres que han sufrido la crisis de la masculinidad los habría hecho más refractarios a la igualdad de género, no menos.

Pero esa clase de cuestionamientos iban a producirse más adelante. En 2013, más o menos un año antes de que esta decepcionante visión de la historia empezase a tomar cuerpo, perdí mi trabajo como periodista en Boston debido a los despidos generalizados. Era lo bastante ahorrador como para subsistir como *freelance* y con contratos parciales, así que me dije que podía ser optimista y me lancé en busca de historias sobre hombres para los que la crisis hubiese supuesto una oportunidad para cuestionar los aspectos negativos de la hombría. Porque tenían que estar ahí fuera: hombres que, por ejemplo, se habían convertido en padres más comprometidos, según indicaban los expertos. Las estrellas del rap y los deportistas profesionales empezaron a tomar la palabra al respecto. Las comedias centradas en el cariño entre amigos, por otra parte, recaudaban ahora más dinero que las películas tradicionales sobre la amistad viril. Necesitaba encontrar esa clase de historias, necesitaba esa clase de hombres, quería pensar que yo no era el único que buscaba una respuesta diferente a la que ofrecían los modelos masculinos que me habían conformado desde niño; dado que crecí en un pequeño pueblo a las afueras de Pittsburgh.

Pero cuanto más a gusto estaba en mi cuerpo, más incómodo me sentía respecto a lo que se suponía que tenía que ser yo a un nivel profundo. Ese mismo año me mudé a Nueva York y pasé la mayor parte de mi tiempo libre

saliendo con mujeres que no me veía capaz de descifrar, en citas que en realidad no podía costearme. No tenía claro cómo decirles que era trans, ni siquiera sabía si tenía que decirlo o no, pero tampoco se me ocurría cómo evitar el sorprendente deajo tradicional que teñía todas nuestras interacciones.

Mientras me esforzaba por encontrarle sentido a mi nuevo lugar en el mundo, la economía mejoró y tuvieron lugar ciertos cambios culturales significativos, relacionados principalmente con la paternidad, pero la crisis de la masculinidad se intensificó. Los hombres con los que crecí se suicidaban. Como si se tratase de una epidemia motivada por los opiáceos, las redes sociales estaban dividiendo a los estadounidenses. Podía notar la grieta que se había abierto bajo mis pies. Encontré lectores para mis historias, pero al mismo tiempo los *trolls* me atacaban cada vez que escribía algo en Twitter. «No eres un hombre —me decían una y otra vez—. Y nunca lo serás.»

Era el año 2015. Todo el mundo me decía: «No leas los comentarios». Pero es que todo parecía estar conectado: la política, las citas, el sexismo, los *trolls*, los *millennial*, los opiáceos, la gente bien. No podía quitarme de la cabeza la idea de que la crisis global de la masculinidad encerraba en su amargo centro una verdad que evidenciaba algo importante y aterrador sobre aquello de lo que hablamos cuando hablamos de los hombres. De todos los hombres. Algo que iba más allá de una generación o de la situación política o de la crisis económica. Porque se trataba de una historia de la masculinidad que a todos, absolutamente a todos nosotros, nos habían obligado a creer.

• • •

«Tal vez, en lugar de buscar a aquellos hombres a los que quieres parecerte, tendrías que afrontar tus peores miedos sobre tu identidad», me dijo Jess cuando estábamos empezando a salir. Ella sospechaba que mis ideas sobre la masculinidad estaban marcadas por un inverosímil «romanticismo». Yo no compartía por completo su opinión, pero el hecho de que me animase a

reconocer mis miedos me aterrorizó de tal modo que intenté evitar pensar en ello; hasta que me topé con el tipo de la calle Orchard y ya no tuve duda alguna sobre la inteligencia de Jess. Finalmente, me topé con el reflejo más desagradable de mí mismo en el espejo: cuando él apretó sus puños yo también apreté los míos. Si hubieses sido testigo de esa escena sin saber nada de mí, difícilmente habrías identificado qué era lo que hacía que fuésemos tan diferentes; y no te habrías equivocado.

«¡Eh!», gritó el hombre. Noté cómo el mal rollo recorría mi cuerpo, pero logré mantener el control y me di la vuelta y eché a andar. Oí a mi espalda sus fuertes pisadas. Íbamos hacia Seward Park, donde sabía que habría padres y madres y niños jugando en los toboganes, gente de Nueva York que, al menos eso esperaba, me ayudarían a levantarme si me tumbaban de un puñetazo cuando estuviese frente a ellos.

A las madres me refiero, obviamente.

«¡Eh! —gritó cuando nos aproximábamos a la esquina, y añadió, con un tono más amenazador—: ¡Cabrón!»

Un grupo de chicos del barrio, sorprendidos por una escena real de aquello a lo que ellos jugaban, se volvieron para mirarnos.

Estaba avergonzado. Quería que me abrazasen. Quería tomarme una taza de té en una sala de estar caldeada por el sol en un mundo comprensible. Quería tener una vida que nunca más volvería a tener. Miré al hombre de frente sudorosa y barba crespa y dejé que una ácida oleada de rabia ocupase el espacio de todo aquello que había perdido, lo cual hizo que mi voz adquiriese un tono agrio que apenas reconocí como propio: «No. Le. Estaba. Haciendo. Una. Foto. A. Tu. Puto. Coche».

Dio un paso atrás con las manos en alto. «De acuerdo. De acuerdo —masculló—. Dios.»

Me apoyé en una pared. Algo tenía que cambiar.

• • •

En mi rincón de Nueva York, la crisis de la masculinidad era ya un hecho consumado; aunque sin duda esas cosas les sucedían a otros hombres, muy lejos de allí.

«Los hombres siguen queriendo pelear conmigo», le dije a mis amigos después de lo ocurrido en la calle Orchard; también se lo conté a mi hermano y a mis compañeros de trabajo. La mayoría de mis interlocutores se encogían de hombros. «Qué raro», decían. ¿Qué habrían hecho ustedes en su lugar?

Empecé a escribir este libro en el año 2015. Todos mirábamos hacia el futuro. Cuando comentaba que estaba escribiendo un libro sobre la masculinidad ya nadie reaccionaba como lo habían hecho cuando la crisis dio comienzo: a menudo sonreían amablemente y cambiaban de tema. Yo lo entendía. Mucha gente tenía la impresión de que llevábamos mucho tiempo hablando de un determinado tipo de hombre. Resultaba mucho más sencillo creer que vivíamos en una época marcada por el progreso y que ese progreso nos empujaría hacia delante, como lo habría hecho la marea. Después de todo, el presidente Obama había llevado la luz del arcoíris a la Casa Blanca y Beyoncé era portada del número de septiembre de *Vogue*. La serie *Transparent* recibía muy buenas críticas en Amazon y Hillary Clinton había anunciado oficialmente su intención de convertirse en la primera mujer en presidir los Estados Unidos. Pero por debajo de la supuesta tranquilidad del momento yo podía sentir el estruendo; era como si los platos temblasen.

Me dio por pensar que tal vez no solo se trataba del hecho de ser trans, sino de que haber completado mi transición en esa época en concreto me había permitido ver cosas que otras personas no eran capaces de ver. Las reglas que ahora regían mi vida no eran precisamente futuristas: *No dejes que te dominen. No pidas perdón cuando es a ti a quien están molestando. No te hagas de menos. No le sonrías a los extraños. No muestres debilidad.* El ingenuo cuento sobre un mundo sin fronteras, marcado por el progreso, no reflejaba la historia completamente. Podía comprobarlo todos los días en la

forma que iba adoptando mi cuerpo, podía leerlo en los titulares de los periódicos, sentirlo en los encuentros que tenía con hombres diferentes: algo terrible estaba sucediendo.

*Tal vez, en lugar de buscar a aquellos hombres a los que te quieres parecer, tendrías que afrontar tus peores miedos sobre tu identidad.*

En breve, las naciones se verían asoladas por una oleada de autoritarismo, incluida la elección de Donald Trump en Estados Unidos, un hombre cuya campaña presidencial contra la candidata femenina del otro gran partido iba a ser, en muchos sentidos, una especie de referéndum apenas encubierto sobre los cuerpos y las normas que los regulan; especialmente en lo relativo a los recientes logros, políticos y sociales, de aquellos cuya existencia había llevado a cuestionar el largo reinado de la masculinidad blanca: las mujeres, las personas transgénero de toda condición y la gente de color. En breve, una lluvia de acusaciones de acoso y agresión sexual caería sobre ejecutivos, actores y titanes en general de la industria de Hollywood. Ese tipo de hombres no eran dinosaurios extintos. Estaban por todas partes, seguían estándolo.

Pero en 2015, durante las semanas y meses posteriores a lo ocurrido en la calle Orchard, mientras mis amigos se encogían de hombros ante mi pregunta, la crisis, que notaba en mi interior al tiempo que veía cómo se extendía a mi alrededor, proseguía su lento avance. Así que empecé a buscar una nueva manera de darle forma a mi persona. Me sentía ansioso, impelido del mismo modo en que lo había estado, antes de la testosterona, cuando tenía aquella visión de un hombre sin camisa y con barba sentado en una mesa de cocina, en un futuro inconcreto, y sabía en lo más profundo de mi ser que estaba destinado a convertirme en él.

¿Por qué pelean los hombres? Empecé a enfocar la pregunta como un medio, como un punto de partida para el experimento personal que tenía en mente: si llegaba a ser capaz de verter algo de luz sobre las turbias verdades relacionadas con mis nociones sobre qué hacía que un hombre fuese un hombre, ¿podría cambiar la historia de lo que significaba serlo?

Eso fue lo que me llevó, dos meses después, a hervir un protector bucal en mi cocina, preparándolo para mi mordida.

• • •

Las brutales intimidaciones que conlleva el boxeo —entre entrenadores y boxeadores pero también entre oponentes— forman parte de nuestra cultura popular. Supuse que todo ello, precisamente, podría ayudarme a enfocar la cuestión de la violencia masculina desde el ritual y la contención. Me gustaba el boxeo desde hacía mucho tiempo; me habían fascinado las ruedas de prensa subidas de tono de Mike Tyson, *The Rumble in the Jungle* y *The Brawl in Montreal* y *The War*, pero en buena medida era la vertiente literaria del asunto lo que me había llamado siempre la atención, pues me parecía una referencia convincente y una problemática metáfora de mi propia experiencia con la masculinidad: dos hombres, desnudos, descendiendo poco a poco hacia sus esencias frente a una multitud sedienta de sangre, componiendo un hiriente baile de puños en una lucha contra el tiempo perdida de antemano. Había honestidad en esa clase de violencia, una suerte de excelencia que evidenciaba y eclipsaba a la vez las nociones más tóxicas que alguien como yo tenía de la masculinidad. No podía imaginar una manera más visceral de enfocar la cuestión.

Les propuse a mis jefes de la revista *Quartz* un artículo sobre los hombres que elegían pelear en combates benéficos y también sobre los tipos que los entrenaban. A través de un conocido que había peleado en una de esas veladas años atrás, pude inscribirme en uno de esos combates benéficos contra el cáncer llamado Haymakers for Hope.

Mientras me vestía con ropa deportiva y me ponía las zapatillas de boxeo, no podría haber supuesto hasta qué punto mis esfuerzos por evitar los aspectos tóxicos de la masculinidad provocarían que tuviese que dar un paso atrás y preguntarme sobre el espacio que ocupaba mi propio cuerpo, lo cual me

obligaría a tener en cuenta las cada vez más urgentes implicaciones económicas, ambientales y políticas relacionadas con la crisis de la masculinidad; algo que yo, en todo momento, había sospechado que estaba relacionado conmigo mismo.

También había estado leyendo al psicólogo Carl Jung, a quien después de la Segunda Guerra Mundial le obsesionaba qué era lo que provocaba que las personas fuesen malas o, al menos, cómplices del mal. Y había llegado a componer una sencilla y elegante explicación: él creía que dejar de lado cualquier aspecto de la experiencia humana, por desagradable que fuese, creaba una «sombra» de aquello que rechazábamos de nosotros mismos, una sombra que no dejaría de perseguirnos. Cuando no somos capaces de entender que la sombra forma parte de nosotros, la proyectamos sobre los demás, tanto a nivel individual como cultural. Afrontar y aceptar aquello que más nos perturba de nosotros mismos, según Jung, es uno de los principales cometidos morales del ser humano.

Empecé a escribir este libro porque, a pesar de que todavía no había encontrado las palabras adecuadas para describirlo, sabía que no iba entender por qué había querido romperle los dientes a aquel hombre de la calle Orchard sin comprender, al mismo tiempo, por qué él había querido rompérmelos a mí.

Con la intención de llegar finalmente a la noche en la que combatiría bajo los focos en el ring más famoso del mundo, me entrevisté con ejecutivos y con académicos. Pero también hablé con mis hermanos, y con Jess, y con los hombres que me pegaban puñetazos en la cara y me permitían que yo hiciese lo propio con ellos. Intenté enfocar la masculinidad con ojos de principiante e hice preguntas incluso cuando me resultaba incómodo hacerlas, o cuando tenía la boca llena de sangre, o cuando temía parecer estúpido, o perdido, o débil. Especialmente en esos momentos.

¿Por qué pelean los hombres? Esta es la historia de cómo encontré la respuesta.

I

Verano

Cinco meses para el combate

## ¿Soy un hombre de verdad?

El gimnasio Mendez Boxing está encajado entre anónimos edificios cerca del Flatiron, bajo uno de esos omnipresentes andamios de color verde propios de Manhattan que hablan de un perpetuo estado de construcción. A pesar de que se encontraba a unas pocas calles al norte de la oficina de Union Square en la que trabajaba como editor, nunca antes había estado en la zona delimitada por esos dos bloques; uno de los milagros que conlleva vivir en Nueva York, precisamente, es el modo en el que construyes y reconstruyes cada pedazo de la ciudad hasta que, de algún modo, la haces tuya. Rodeé el edificio tres veces, grabándolo en mi memoria, hasta que finalmente entré. Sin duda debía de parecer bobo con mis zapatillas Adidas nuevas, los calcetines de deporte altos y aquellos pantalones cortos de color amarillo fosforescente. «¿Sí?», me preguntó, mirándome directamente a los ojos, el tipo de la barba mal recortada que estaba detrás del mostrador. Le dije que estaba buscando a un conocido, Chris Lewarne, el representante de los combates benéficos que había concertado mi pelea.

El tipo me dijo entre dientes que no sabía quién era Chris, pero me hizo un gesto para que bajase las escaleras. Incliné la cabeza a modo de agradecimiento y descendí a las entrañas del gimnasio. Me puse a pensar que había sacado de las películas la idea de que los hombres pasaban mucho tiempo en silencio, un silencio voluntario e íntimo, para hablar después con palabras muy bien escogidas que debían transmitir verdades como puños; eso era lo que sucedía en todas esas escenas importantes entre padres e hijos. Me dije entonces que si yo había pasado mucho más tiempo en silencio desde mi transición era porque no sabía qué decir. El silencio era una especie de

mecanismo de defensa, sobre todo durante los vacilantes diálogos, más bien esquemáticos e incómodos, en los que me había visto inmerso cuando estaba con los padres y familiares de otras personas.

Sentí cómo el tipo del mostrador clavaba su mirada en mi espalda mientras descendía con celeridad. Esa era la clase de sitio en que tenía que andarme con ojo, ser especialmente cuidadoso con quién hablaba y con lo que decía. Había decidido no contarle a nadie que era trans. Creía haber tomado la decisión de manera instintiva mientras daba vueltas alrededor del edificio, antes de entrar, pero quizá lo hice cuando hablé por primera vez con Chris, o cuando le propuse el artículo a mis jefes de *Quartz*, o quizá lo decidí, ahora que lo pienso, cuando se me ocurrió escribirlo. No podía obviar el hecho de que yo era poco menos que una anomalía histórica y que había sido la nueva corriente de buena voluntad hacia los transexuales lo que me había permitido, una vez empezado el tratamiento con testosterona, vivir esos años sin esconderme y sin sufrir apenas consecuencias negativas (pero ¿podían decir lo mismo todos los transexuales que no eran blancos o masculinos y que no gozaban de la reciente consideración hacia nosotros de la que yo sí me había aprovechado?). Aun así, teniendo en cuenta las ocasiones en las que me había relacionado con otras personas sin que supiesen nada, sospechaba que el conocimiento que mis amigos hombres tenían sobre mí había condicionado el modo en que me trataban. Por eso mi objetivo en esta ocasión era ir de incógnito, mimetizarme, intentar mantenerme a salvo entre hombres a los que les gustaba pegar a otros hombres por puro placer.

En los meses siguientes, dicha decisión iba a suponerme una molestia, en buena medida porque ponía en evidencia una peliaguda verdad: para todo el mundo, yo no era más que otro tío calzado con unas caras zapatillas Nike aprendiendo a golpear a otros tíos en la cara. La relación entre los que estábamos allí, mayoritariamente blancos y ataviados con sofisticado material para entrenar como lo eran nuestros immaculados guantes Reyes de ciento ochenta dólares, y nuestros entrenadores, mayoritariamente negros o mulatos,

con los (auténticos) boxeadores que se cubrían con bolsas de basura para perder peso al transpirar, no era tensa, pero sí estaba marcada por algo que podríamos denominar como una cuestión de clase. Los auténticos gimnasios de boxeo, lugares fríos y húmedos donde se entrenan los que aspiran a ganar el campeonato Golden Gloves, difícilmente abren sus puertas a novatos desgarrados como yo, pero hay un montón de gimnasios legendarios, como el Mendez, que se han acostumbrado a provechosos modelos de negocio que atraen a esos centros tanto a ingenuos que aspiran a competir en los Juegos Olímpicos, como a amateurs desplazados que desean convertirse en entrenadores personales o llegar a entrenar a la próxima Gran Promesa, e incluso a tipos a los que les sobra el dinero y quieren pelear en combates benéficos. Entendí muy rápidamente que el acuerdo económico era un tanto precario: los boxeadores amateurs, cansados de la rutina, podían cobrar algo más de dinero a tipos trajeados (y también a algunas mujeres) del que ganarían nunca en el circuito de combates; es decir, a abogados y a gestores de fondos de inversión que nunca exponían sus cuerpos a riesgos de ninguna clase, pero que estaban dispuestos a hacerlo por pura emoción y también por el gusto de fanfarronear.

El boxeo profesional no había conocido a nadie como Mike Tyson, capaz de acaparar por completo la atención de la cultura popular del momento, pero la *idea* de boxear, especialmente entre los modernos y la gente con dinero, había vuelto a ponerse de moda a raíz de la película *Fight Club*. El deporte en el que había destacado Muhammad Ali cada vez tenía menos predicamento en el discurso social de la época, pero el vacío que había dejado fue ocupado finalmente por la moda del boxeo como método para ponerse en forma; una práctica ideal para usuarios de Instagram. Cuando atravesé la puerta del sótano del gimnasio Mendez, en 2015, entendí que los últimos conversos del boxeo parecían personajes de Wall Street, dispuestos a revitalizar el concepto del «bienestar como lujo»; concepto que también había dado pie a la moda del SoulCycle. (Un inversor que conocí en otro gimnasio de boxeo me lo

confirmó: «En los ochenta me habría metido unas rayas de coca con un cliente y en los noventa me habría ido con él a un club de striptease. Pero ahora, cuando quiero impresionar a alguien, lo llevo a boxear».)

La peste a sudor me hizo saltar las lágrimas mientras echaba un vistazo a la sala. Al final encontré a mi amigo Chris, un canadiense corpulento y sonriente que observaba a otros tipos blancos de treinta y tantos que se pegaban con bastante poco estilo en el ring que había cerca de los vestuarios.

«Buen trabajo, chicos», dijo Chris con benevolencia. Tenía un palillo en la boca. Llevaba puestos los típicos pantalones deportivos Adidas de tres rayas y una camiseta Haymaker. También lucía una ligera barba. Pero se trataba del típico hombre guapo que apenas necesita esforzarse para parecer elegante.

«¡Thomas! ;;—dijo—. Cómo me alegra que estés aquí.»

Como boxeador, el nombre de Chris había sido «The Cud;dly Canadian» («El Mimoso Canadiense»). Había visto las fotos de su pelea de hacía dos años en las redes sociales y sabía que formaba parte del proyecto Haymakers for Hope, una sociedad benéfica que recaudaba dinero para la investigación del cáncer concertando combates de relumbrón entre agentes de bolsa y comerciales e inversores de riesgo sin experiencia alguna en el boxeo. Gracias a él disponía de una buena oportunidad para verme incluido en la próxima velada, a pesar de la brevedad del plazo: tan solo cinco meses antes del acontecimiento. Todavía me sorprendía que mi plan hubiese funcionado, que en *Quartz* hubiesen invertido en el reportaje, que cualquiera pudiese llegar a pelear en un combate de novatos en el Madison Square Garden con solo cinco meses de preparación. Pero lo cierto era que todavía me estaba acostumbrando al modo en que me trataban desde mi transición: la sencillez con la que mis ideas salían adelante, el modo en que mi pericia se daba por supuesta sin siquiera tener que demostrarla, la cara tan seria que ponía la gente cuando yo hablaba, la embriagadora confianza que, de repente, el mundo parecía haber depositado en mí.

Ahora me veo obligado a aclarar un detalle: mi Yo anterior no era

femenino. Yo no llegué a saber nunca qué supone que te silben por la calle ni que te pidan que sonrías. Yo siempre había sido un marimacho de pelo corto. Pasé por la adolescencia fanfarroneando. Los miembros de la seguridad de los grandes almacenes solían echarme de los tocadores de mujeres. Mis hermanos pequeños me llamaban «hermano mayor». Pero a pesar de mi aparente frialdad, también me criaron para temer a los hombres: hombres en callejones oscuros o apelotonados fuera de un bar; conductores sospechosos; figuras solitarias sentadas en los bancos del parque o en coches detenidos o en los asientos de los trenes que movían frenéticamente las manos sobre el regazo. Yo nunca había puesto en duda esa supuesta tensión de baja intensidad ni tampoco se me había ocurrido imaginar un mundo en el que esa clase de cosas no existiesen. Por lo que a mí respectaba, mi padrastro materializaba perfectamente esa idea de la masculinidad. Los abusos sexuales a los que me sometió dieron comienzo, de hecho, cuando yo tenía cuatro años y estaba mirando un libro de anatomía («Estas son las partes de los niños», dijo. Una sencilla frase que separó su cuerpo de cualquier noción que pudiese tener del mío durante los siguientes veinticinco años). Y luego llegó el desfile de extraños amenazantes que ocupó mis días mucho después de que los abusos acabasen.

*Así son los hombres*, pensaba, contento de saberme a distancia de su tamaño y de su grosería; a pesar de que mi cuerpo empezase a resultarme extraño. ¿Qué tenía de malo cruzar los ojos cuando me miraba en el espejo?

«Hombres», había dicho mi madre con amargura al escuchar en la NPR las noticias sobre la infidelidad de Bill Clinton. Los malos padres y los que perpetran matanzas y los que abusan de niños, los maridos que pegan a sus esposas y los jefes abusadores y los políticos corruptos nos sometían bajo su yugo, parecía dar a entender mi madre al decirlo. Solo hasta que fui mucho mayor pude comprender cuán enrevesados eran los sentimientos que ella albergaba en su interior, pues también amaba a los hombres y su rabia se había forjado precisamente en ese amor: amaba a mi hermano y a su padre, pero

también a aquellos compañeros de trabajo que la habían apoyado, a sus exnovios, a los activistas de los derechos civiles junto con los que había desfilado en el National Mall, escuchando a Martin Luther King Jr. anunciar que había tenido un sueño.

Décadas después, al hablar con ella para decirle por primera vez lo que yo era y pedirle que me llamase Thomas, no dejé de recordar cómo ella pronunciaba la palabra *hombres* y qué pretendía dar a entender con ella. Escogí mi nombre a modo de homenaje, en honor a un hermano de mi madre que había muerto. «Te quiero», me dijo, así de simple y así de auténtico, y yo me sentí absolutamente agradecido con ella.

Lo único que tienen que saber de mi madre es que después de mi transición, y a pesar de todo, nunca más volvió a decir *hombres* del modo en que solía hacerlo antes.

• • •

Chris, un abogado que repartía su tiempo entre dos trabajos de jornada completa, se había dejado crecer el pelo desde la última vez que lo vi y ahora trabajaba como consejero general de facto de Haymakers, yendo en su moto de un gimnasio oficial de Haymakers a otro, manteniéndose al corriente del peso de los boxeadores y de su evolución, subiéndose de vez en cuando al ring por pura diversión.

Con barba y moreno, colocado a su espalda me sentía como el malvado villano de las típicas películas de acción. «¡Esto va a ser estupendo!», me repitió y yo asentí sin tenerlas todas conmigo. Entonces, me presentó al que posiblemente sería mi entrenador: Errol, un tipo negro, impecablemente arreglado, calvo por completo, que me miró con cautela. Me pregunté, de manera muy consciente, si él me estaría analizando en tanto que hombre blanco o si su valoración sería más objetiva, más relacionada con lo físico.

«¿Has practicado algún deporte?», me preguntó, lo cual no aclaraba las

cosas de ningún modo para mí. Me dio la impresión de que se animaba un poco cuando le dije que había sido portero de fútbol, una posición asociada por lo general a personas un tanto chifladas; cualidad que yo daba por hecho que me ayudaría en el ring. Era una suposición personal, obviamente. Tal vez simplemente se alegró al suponer que a un tipo de metro setenta y sesenta kilos no le asustaría recibir golpes en la cara.

«Pongámonos manos a la obra —dijo—. ¿Puedes correr una milla en seis minutos?»

*Por supuesto que no*, pensé. «Es posible», dije.

Los Wu-Tang sonaban por encima de una campana que repicaba cada tres minutos y por encima del constante sonido de los hombres golpeando los sacos, golpeando sus guantes y golpeándose entre ellos. No fui capaz de correr una milla en seis minutos, pero sí corrí tres millas en veinticinco minutos, empujado por la adrenalina y por el puro terror en lo que sin duda fue una novatada que duró dos extenuantes horas. Después de eso, desde el suelo, observé cómo el sudor de otros hombres se condensaba en el techo y tuve que contener las ganas de vomitar; me sentí orgulloso de mí y al mismo tiempo muy raro por sentirme orgulloso.

«Tienes los brazos cortos, pero tu fuerza es aceptable», dijo Errol desde algún punto encima de mí. No podía verle porque el sudor cegaba mis ojos. «Nos vemos mañana.» Después se fue.

Me puse de pie y me senté junto a Chris en un banco colocado en diagonal respecto al ring en el que, de hecho, me mantuve en silencio durante un par de minutos; principalmente porque no podía respirar. Apenas nos conocíamos y lo que sabíamos el uno del otro lo habíamos extraído principalmente de las redes sociales. No éramos amigos. Para Chris yo no era alguien especial.

«Lo has hecho genial», dijo sonriendo ampliamente. No estaba diciendo la verdad, pero acepté sus palabras.

«Oye, no le digas a Errol que soy trans, ¿de acuerdo?» le comenté cuando recuperé el aliento.

Me miró con curiosidad, pero me dijo que no me preocupase por eso. Quise decirle que con ello pretendía no comprometer mi reportaje, aunque una parte de mí sabía que no estaba siendo del todo sincero. Al mirar a un chico al otro lado del gimnasio hacer un centenar de sentadillas, detenerse unos treinta segundos y hacer otro centenar más, me di cuenta de lo asustado que estaba. Quería que me tomaran en serio, una herencia de mi Yo anterior, un propósito que resultaba un tanto diferente en este cuerpo. Dado que ya nadie iba a desafiarme, dicho impulso parecía relacionado con cuestiones propias de la confianza masculina. Sentía una aguda autoconsciencia sentado al lado de Chris. Podía notar los escasos centímetros que me apartaban de todos aquellos tipos y de su superior musculatura. En sus cuerpos se materializaba la posibilidad de verme sumido en un espectacular fracaso.

Cuando Chris se fue me cambié furtivamente en el vestuario, escuchando a dos hombres hablar de la travesía que habían hecho en moto, ocultando mi desnudez al colocarme de cara a las taquillas mientras me subía a toda prisa el bóxer.

«¿Vas a pelear?», me preguntó el más bajito de los dos.

Me encogí de miedo al notar su atención. «Sí —mascullé—, pero solo en un combate de beneficencia.»

«Eso no importa», dijo. El otro tipo asintió convencido. No pude evitar que se me hinchase el pecho.

¡Iba a pelear! Caminé de vuelta a casa esa noche, unas treinta calles, sintiéndome el rey de Nueva York.

• • •

«El primer golpe es mejor que sea una advertencia», me dijo Errol al día siguiente. Fingía sentir menos dolor del que sentía cuando practicábamos cómo mantener la guardia en alto, mirándonos por encima de los guantes, moviéndonos como cangrejos sobre el ring y regresando rápidamente a nuestra

posición para exponer nuestros cuerpos lo menos posible. Ese estilo de defensa era cauteloso, inteligente. Se trataba de mantenerse a salvo conservando las distancias, siempre preparado, sin bajar nunca la guardia.

El concepto me resultaba familiar.

«Puedo verte», me decía Errol, intentando ponerme nervioso, cubriéndose la cara con los guantes. Entonces me golpeó en un costado de la cabeza. «Pero si no estás mirando no puedes verme. Y si no puedes verme, no estarás preparado. Y si no estás preparado, te golpearán.»

Pasó un asalto y después otro. Acabé el entrenamiento saltando la cuerda, con la que me tropezaba una y otra vez. *¿Por qué estás haciendo esto?* Podía oír a mi madre preguntándomelo.

Ella siempre me pareció más grande incluso que la historia que leí en los libros de texto escolares. Viajó por Europa en Interrail con algunas amigas en una época en que las mujeres no solían hacer esa clase de cosas. Trabajó para Ted Kennedy y conoció a su hermano John cuando ganó el primer premio de la feria científica Westinghouse de su bachillerato. Incluso cuando su matrimonio se fue al carajo y no encontraba trabajo; incluso después de mudarse a un depresivo pueblo cerca de donde había crecido, en mitad de Pennsylvania; incluso cuando no podía dejar de beber. Siempre parecía estar un paso más allá de la última oportunidad de volver al buen camino, siempre una curva más allá de la mejor versión de sí misma, la chica de clase trabajadora que en el bachillerato tiene como tutor al director del centro, una chica con muchísimo potencial.

Una «crisis» de salud, tal como nos habían explicado sus médicos a mi hermana y a mí en aquella terrible habitación un año antes, es un cruce de caminos en el que la paciente puede sanar o morir. Mamá, la mujer que, cuando descubrió que su marido había estado abusando de mí, colocó su mano en el centro de mi pecho y me dijo que tenía un corazón de oro que nadie podría tocar. Yo sabía que también me encontraba en un cruce de caminos, luchando por un futuro que parecía querer eludirla a ella, y estaba

esforzándome por convertirme en el tipo de hombre del que ambos pudiésemos sentirnos orgullosos. Ella estaba en la Unidad de Cuidados Intensivos en septiembre cuando el más amable de los médicos nos condujo a una estancia enmoquetada con un gran escritorio de madera y nos dijo, sin preámbulo alguno, que no iba a salir adelante. Cuando murió, pocos días después, ella me traspasó su poderosa voluntad. Nueve meses después, la notaba en mi interior, una voluntad bien viva.

«Se está tomando su tiempo con la cuerda», dijo algún gracioso, y yo me puse rojo como un tomate. Mis piernas eran fuertes, pero sudaba como si otro yo saliese de mí, limpiándome.

• • •

Me hacía sentir bien que los chicos asintiesen a modo de saludo durante las primeras semanas de mi entrenamiento, a pesar de ser flaco y mostrarme reservado. No pasó mucho tiempo hasta que todo el mundo supo que iba a pelear. Eso me convertía en uno de ellos. Importaba bien poco si no llegaba a ser capaz de conectar una buena derecha. Al menos me aprovecharía de los ejercicios cardiovasculares.

Pero he de decir que también recelaba de ese nuevo y extraño ego mío de estilo guerrero. No quería caer bajo la influencia de los machos alfa y del orgullo que en ocasiones sentía cuando me reconocían. Dada la emoción que sentía cuando otro boxeador me dirigía la palabra, supuse que debía de ser muy difícil para un adolescente mantenerse inmune al hechizo de la socialización masculina.

De repente, entendía mucho mejor a mi hermano. Era cinco años menor que yo, un atleta, un chico solitario que se quedaba a menudo en su habitación todo el sábado después de un largo día en el gimnasio del YMCA, donde cada vez se ponía más fuerte; los músculos cubrían su cuerpo como si se tratase de una armadura. En sus partidos de hockey sobre hielo, y dado que el hombre que

nos crio hacía tiempo que se había ido, mi hermana, mi madre y yo veíamos a mi hermano golpear a otros chicos en la cara a la más mínima provocación. Horas más tarde, con su equipo ya en la parte trasera de nuestra camioneta, no hablábamos de narices sanguinolentas ni de bloqueos.

Sabía que la mayoría de las peleas de Brett, tanto dentro como fuera de la escuela, tenían que ver conmigo, con mi cuerpo y con las chicas con las que yo salía en el instituto. Él y mi hermana, Clare, se mostraban protectores conmigo, como si notasen que no era del todo como ellos, a pesar de que no supimos que solo éramos medio hermanos, es decir que su padre tan solo era mi padrastro, hasta que fuimos adultos.

«Cuando era joven estaba solo», me dijo Brett mucho más tarde. Resultó que los claroscuros de nuestra niñez, el legado de su padre, se cernía sobre su masculinidad tanto como sobre la mía.

Encontró alivio haciendo pesas y jugando al hockey; lo que para los niños que le rodeaban suponía un placer, para él era un modo de protegerse. «Dentro de ese orden jerárquico —me dijo—, me gané su respeto siendo simplemente auténtico y fuerte, y levantándome rápido cuando me golpeaban. Pero aun así no me invitaban a sus fiestas.»

A pesar de sus músculos, Brett siempre había rechazado a los que iban de machos. Rechazaba todo lo que tuviese que ver con ellos, a pesar de las burlas a las que se sometía precisamente por esta razón.

«En un momento dado, me insensibilicé —me dijo al hablar de su adolescencia—. Llegado un punto dejé de llorar.»

El hecho de convertirnos en hombres nos había llevado a los dos a plantearnos la misma pregunta, basada en la principal preocupación de todos aquellos que han tenido un mal padre: ¿Cómo podíamos ser hombres sin parecernos a él?

Nunca se me habría ocurrido, hasta que me convertí en hombre, que mi hermano se había sentido atrapado en su cuerpo igual que me había ocurrido a mí.

• • •

Aquí va otra historia de mi hermano: cuando le conté que era trans, después de haber tomado unas copas, en el 2009, antes de empezar con la testosterona y cuando todavía vivía cerca de él en Oakland, me abrazó. «Tienes mucho más sentido como hombre», me dijo.

Más tarde, esa misma noche, ablandado por la ginebra, le hice la primera de mis tontas preguntas sobre el hecho de ser hombre: «¿Cómo reaccionas cuando un tío hace un comentario sexista u homófobo?». Supuse que si alguien sabía cómo reaccionar ante algo así era él, pues había pasado años defendiéndome.

Se encogió de hombros. «Eso depende de cuántos tíos sean y de su tamaño.»

«Oh», respondí, y nunca volvimos a hablar de ese asunto.

Pero con el paso de los días, cada vez que me cambiaba en el vestuario del gimnasio Mendez, entendía un poco mejor a qué se refería con lo que me dijo. Los chicos se convierten en hombres «de verdad» demostrando su masculinidad ante otros hombres, principalmente arriesgándose y dominando a los que no obedecen. No difería mucho de boxear, pues en los vestuarios los luchadores «de verdad» se diferencian de los que pelean los fines de semana por su disposición a recibir golpes en la cara. Los luchadores «de verdad» ignoran a los «falsos» luchadores; no les bendicen prestándoles su atención, por eso me resultaba un poco vergonzosa la importancia que yo le daba a que dos tipos en particular, auténticos boxeadores, se burlasen de mí afectuosamente la mayoría de las noches.

Eran una pareja de blancos, obreros de la construcción, corpulentos y cercanos a la mediana edad, a los que, por alguna razón, les caí bien, a pesar de que yo rara vez hablaba. Se ponían las botas mientras yo me cambiaba, se quejaban de su sindicato, de sus capataces, de sus puestos de trabajo, pero en

cuanto yo aparecía por allí se detenían para saludarme con una jovialidad que, en un principio, me pareció sarcástica. Pero no era así.

Aun así, no podía librarme de la sensación de que su interés respondía a algo falso, a alguna clase de acuerdo del que había sido partícipe al no mostrarme tal cual era. Sospechaba que los hombres que habitualmente me rodeaban se autocensuraban en mi presencia porque yo era un trans públicamente conocido (una sencilla búsqueda en Google ofrecía una detallada biografía de mí), así que yo esperaba en el gimnasio, con morbosa curiosidad, o que me «descubrieran», o que la búsqueda de su aprobación me llevase a alguna clase de lugar oscuro en mi interior.

Una noche, a primera hora, llegó el momento clave. Era miércoles y llegaba tarde. Me cambié a toda prisa para encontrarme con Errol mientras los dos tipos, que se burlaban el uno del otro ácidamente en un juego que parecía peligrosamente cerca de convertirse en una pelea, empezaron a llamarse el uno al otro «maricón», repetidamente. No había oído a ningún hombre, que no fuese gay, usar esa palabra desde los tiempos del bachillerato. Tensé la espalda sentado en el banco, mientras me ataba las zapatillas, sorprendido al comprobar que mi hermano tenía razón: no iba a decir nada, no podía hacerlo, a pesar de que no dejasen de repetir la palabra una y otra vez, porque eran más grandes que yo y si decía algo estaba seguro de que me verían como lo que yo era realmente, y les tenía miedo.

• • •

Cuanto más me preocupaba lo mucho que tenía que esforzarme para parecer «de verdad» con el fin de sobrevivir en un gimnasio de boxeo —«de verdad» como si hubiese pasado mi niñez metido en peleas, «de verdad» como si conociese el lenguaje propio de padres e hijos—, más incomprensible me resultaba aquella extraña expresión.

La frase «un hombre de verdad» tiene como mínimo un siglo de antigüedad,

que es cuando apareció por primera vez impresa en Estados Unidos. Por aquel entonces, los hombres de clase baja trabajaban la tierra, en tanto que los ricos observaban con nostalgia los robustos cuerpos de aquellos hombres que consideraban «inferiores». Pero el concepto quedó fijado más tarde. Lo hicieron aquellos que, vestidos con esmoquin, admiraban a los que combatían sobre el ring, fantaseando con estar ellos allí. Esa es la clave para entender una historia que se remonta mucho más atrás en el tiempo. La tensión entre el mundo civilizado y una masculinidad mucho más «viril» viene de la época de Julio César, según la historiadora Nell Irvin Painter, y se centraba en cuestiones de raza.

Su libro, *The History of White People*, indaga sobre cómo los hombres blancos crearon el concepto de raza y, al hacerlo, convirtieron al hombre blanco en el sinónimo del ideal masculino. Los hombres blancos occidentales se han mostrado inseguros ante la obligación de asumir —o perder— la masculinidad y eso los ha llevado a igualar pérdidas y ganancias, a través de la violencia, a lo largo de la historia. Curiosamente, la idea del «hombre de verdad» siempre ha encerrado una esencia nostálgicamente clasista. Según Painter, Julio César alababa de sus vecinos rurales «incivilizados» su potencial, propio de auténticos guerreros, una actitud habitual entre los hombres poderosos de la Antigüedad. También creía, como les ha ocurrido a muchos otros hombres a lo largo de la historia, que «la paz trae la debilidad» y «socava la virilidad».

Yo pensaba en el hombre de la calle Orchard con creciente preocupación. También pensaba en los tipos del vestuario. Pensaba en el portero de un local que, no hacía mucho, me había agarrado del cuello al confundirme con otra persona y en la brutal agitación que creció en mi interior al sentirme humillado; el peor tipo de orgullo. *No dejes que te dominen. No pidas perdón cuando es a ti a quien están molestando. No te hagas de menos. No le sonrías a los extraños. No muestres debilidad.*

No cabía duda de que me sentía como un holograma de mí mismo. Después

de todo, al parecer había estado aprendiendo, a través de una suerte de ósmosis cultural, cómo ser un hombre de verdad.

• • •

Larissa, una abogada pecosa que tenía esa alegría posibilista que a mí tanto me recordaba a mis tiempos de futbolista en el equipo femenino del bachillerato, era la otra persona a la que entrenaba Errol. Me superaba de largo.

Aun así, ella me animaba cuando yo intentaba darle sentido a lo que estaba ocurriendo, como por ejemplo cuando Errol me golpeaba en la oreja o en la sien. Errol me decía que le hacía demasiadas preguntas. Mi terapeuta me decía que tenía que «estar en contacto con mi rabia». Me decía que era lo que tenía que hacer para «aprender a confiar de nuevo en la vida».

No había vuelto a ser el mismo desde que murió mi madre, de eso no había duda.

Se me ocurrió pensar, durante esas primeras semanas de entrenamiento, que el hombre de la calle Orchard había querido pelear conmigo porque yo tenía toda la pinta de querer hacerlo. De algún modo, me había metido en la «caja de hombre», una construcción asfixiante como un vendaje, un envoltorio de momia que llevaba alrededor de mi cuerpo como lo llevaban la mayoría de hombres que conocía, cosido con el lenguaje brutal que aseguraba la conformidad, algo que moldeaba los músculos con frases como «los hombres no lloran» y «hombre de verdad» y «hombre hecho y derecho».

La *caja de hombre*, dibujada con el básico estilo de los alumnos de preescolar, es un concepto que usan sociólogos y activistas en algunos ejercicios en clase. A los chicos se les pregunta qué palabras o frases meterían dentro y qué habría que dejar fuera. Aquello que escogen es una suerte de problemático abecedario de lo que supone la socialización masculina: no hay que llorar en público o expresar emociones. No hay que mostrar debilidad o

miedo. Hay que dejar claro que se tiene fuerza y control. No hay que «parecer una mujer». No hay que «parecer homosexual».

Pero en ocasiones la caja es cuadrada como una oficina, o bien sus márgenes son invisibles porque en las curvas cerradas es donde se guarda la divertida camaradería que se comparte en la parte trasera de los bares. En ocasiones, la *caja de hombre* es un recinto glacial en el que se encierra a un par de amantes en un dormitorio, o está enmarcado por un televisor o un teléfono o una pantalla de cine. En ocasiones no se trata de una caja, sino de un ring con paredes de hielo o cuerdas. Y en ocasiones son los lentos círculos que trazan dos hombres, uno alrededor del otro, durante una pelea callejera.

«Los hombres suelen pelear cuando se sienten humillados, cuando sienten vergüenza», me dijo el sociólogo Michael Kimmel. (Kimmel había escrito libros con títulos como *Guyland: The Perilous World Where Boys Become Men* antes de que estallase la «crisis de la masculinidad» provocada por la economía.) «No peleas cuando te sientes realmente poderoso —me dijo—. Peleas cuando sientes que se está poniendo en cuestión tu poder.»

Supuse que pelear por mi derecho a ser considerado un hombre «de verdad», en tanto que trans, debía de formar parte de esta historia. Pero no tardé en darme cuenta de que todos los hombres tenían que demostrar que eran hombres «de verdad» luchando por tener el control o avergonzando a otros hombres, siendo a su vez, con mucha frecuencia, tristemente controlados y avergonzados.

¿Qué hace que te sientas un hombre «de verdad»? Cuando Errol me ataba los guantes o vertía agua en mi boca, o cuando me tropezaba con la cuerda y tenía que volver a empezar. Me sentía «de verdad» cuando pedía ayuda, cuando me equivocaba, cuando era yo mismo.

Me di cuenta entonces de que quería convertirme en un hombre de verdad. Estaba esforzándome por conseguir algo mejor.

• • •

Chris parecía preocupado mientras nos observaba desde el otro lado de las cuerdas del ring con su chaqueta de motociclista. Nos pidió a Errol y a mí que nos acercásemos cuando terminamos con nuestros simulacros, sonriendo como siempre, pero, de algún modo, sin sonreír. Ambos se colocaron junto a mí, Chris con su ingeniosa dejadez y Errol con su cabeza perfectamente afeitada. Chris me dijo que todavía estaba buscándome un oponente, a pesar de que solo faltaban cuatro meses y medio para el combate.

«Tienes que hacerlo pelear con un *sparring* —le dijo Chris a Errol—. Ahora.» Intenté captar el matiz protector en la voz de Chris y no el tono cortante porque estaba asustado.

La solución que se le ocurrió a Errol fue hacerme subir al ring con Larissa, a la que no quería golpear en la cara, a pesar de las protecciones. La regla no escrita de los *sparrings* es que los hombres solo suben al ring con una mujer para entrenar los movimientos defensivos. En el boxeo los códigos de comportamiento eran los mismos que en el mundo exterior: un hombre nunca pegaba a una mujer. Punto. Por otra parte, ella era mejor que yo y me inquietaba la imagen de su cabeza tambaleándose debido a mis golpes, a pesar de que ella me gritase: «¡Golpéame!», como si estuviésemos en *Fight Club*, sin dejar de mostrar cierta alegría cuando los otros luchadores que pasaban por allí nos miraban, provocando que me sonrojase.

Por suerte, una noche Chris puso fin a mi entrenamiento con Larissa y ocupó su lugar. Él había entrenado también para su propio combate, dos años atrás, pero a pesar de los veintidós kilos y los quince centímetros que me sacaba, se aproximó a mí con cautela. A esas alturas, yo tan solo dominaba dos golpes lo bastante bien como para atreverme a usarlos: el jab y el directo de derecha. Chris me sonrió mostrándome su protector bucal y yo sentí que el corazón me latía en la garganta. Su tamaño me aterrorizaba por completo, lo cual resultaba frustrante, y sus ráfagas de golpes me dejaban paralizado.

Larissa nos observaba y gritaba para animarme. Me decía que «bajase las

escaleras» y golpease a Chris en el torso. «¡Tiene las costillas al descubierto!», chilló.

Me dio por pensar que, a pesar de que yo era un hombre, me asustaban los hombres más que a ella. Tal vez ella tenía alguna clase de habilidad de la que yo carecía o tal vez ningún hombre había utilizado contra ella su cuerpo a modo de arma, como sí había hecho mi padrastro conmigo, hasta el punto de llegar a no saber con claridad dónde acababa mi piel y dónde empezaba la suya.

«¡Ahora arriba!», gritó Larissa. Golpeé con más fuerza a Chris. Estaba enfadado conmigo mismo porque los comentarios de Larissa me resultaban ofensivos, y también por todas las cosas en las que estaba fallando de manera evidente, y por pensarlo, y por no saber cómo dejarlo pasar. No podía lograr que mi cuerpo hiciese lo que yo quería. Llevado por la frustración, golpeé a Chris tan fuerte como pude en el vientre y le vi encogerse. Fue una estupidez.

Resultó extraño y decepcionante darme cuenta de que me había puesto los guantes de boxeo para ser testigo de que la peor parte de nuestra cultura se mostraba también en mi psique como si fuese la punta de un iceberg, sabiendo además que apenas había entrevisto nada porque la mayor parte del asunto quedaba fuera del alcance de mi vista.

Chris, sudoroso, chocó sus guantes conmigo mientras bebíamos un poco de agua.

«Verás, en el boxeo entrenar es lo mismo para todos nosotros», me dijo. Un destello de honestidad me llevó a creerle. «En primer lugar, aprendes a no reaccionar dejándote llevar por el miedo. Y después aprendes cómo hacerlo bien.»

«El miedo es natural, tu reacción ha sido natural», añadió Errol.

Sentí que se me humedecían los ojos. Asentí.

«Yo voy a hacer que eso desaparezca», dijo Errol palmeándome el hombro antes de irse con Larissa, quien —como acostumbraba— estaba preparada para otro asalto.

## ¿Soy sexista?

No tardé mucho en entender por qué el tipo de Wall Street llevaba a sus clientes a darle puñetazos a un saco. Estaba convencido de que yo era el peor luchador de todo el gimnasio Mendez, pero llegar al trabajo con un corte en el puente de la nariz causó un efecto inmediato.

«Eh, campeón», dijeron los chicos con un tono burlón que me hacía parecer un tipo *cool*. Atravesar la redacción cargando con mi enorme bolsa de deporte, con los guantes amarillos colgando del asa, hizo que me sintiese atractivo, pero también me resultó un tanto extraño sentirme tan poderoso habiendo hecho tan poco. Nada que ver con cómo habían sido las cosas con mi Yo anterior.

Mi Yo anterior, sin barba, con aquel cuerpo andrógino, resultaba inquietante, poco profesional. En una ocasión, cuando trabajaba para una ONG, pedí explícitamente no tener que reunirme con clientes importantes, porque el mero hecho de que me viesen podía «transmitir un mensaje equivocado». Tampoco había sabido negociar nunca de manera agresiva un aumento de sueldo. Y nunca me habían contratado, como me ha ocurrido años después, por mi «potencial».

Mi Yo anterior se veía involucrado en las disputas profesionales de mis amigas, principalmente en el trabajo, donde me trataban como a una de ellas, en parte porque era muy consciente de la risible falacia de la igualdad.

Podía marcar en un calendario el momento exacto en el que las cosas empezaron a cambiar. Había iniciado mi proceso de transición hacía ya seis meses. Todavía trabajaba en Boston. La testosterona había hecho que mi voz fuese más grave. Realmente grave. Tan grave que apenas se me escuchaba en

un bar o en una reunión ruidosa a menos que gritase. Pero cuando hablaba, la gente no se limitaba a escuchar: se acercaban. Fijaban su mirada en mi boca o se miraban las manos, como si tuviesen que librarse de cualquier clase de distracción que les apartase de mis poderosas palabras.

La primera vez que tuve que hablar en una reunión en el *Boston Phoenix*, ya con mi reciente voz de barítono, me di cuenta de que esa repentina atención por parte de todos me resultaba tan incómoda que me vi obligado a dejar una frase a medias. Aquel equipo de agitados periodistas calló y se volvió hacia mí, propietario de un cuerpo del que estaba empezando a brotar vello y músculos y que, por primera vez, a todos les resultaba familiarmente masculino.

Entendí que había penetrado en un nuevo orden: todo el mundo en aquella sala, tanto mujeres como hombres, esperaba que yo hablase.

La primera vez que sentí aquel silencio voluntario a mi alrededor, me dije que en el trabajo yo iba a ser un aliado de las mujeres. Pero la experiencia en el gimnasio con Larissa me llevó a preguntarme si, de algún modo, me habría convertido yo también en parte del problema.

• • •

Me había sentido amenazado por los comentarios bien intencionados de Larissa porque, a pesar de haber pasado toda la vida sabiendo perfectamente qué se siente cuando te tratan injustamente debido a tu cuerpo, me había molestado que fuese una mujer la que los hiciese.

La pregunta, por lo tanto, no era si yo era sexista sino hasta qué punto lo era.

Me había prometido afrontar todas las verdades, por desagradables que fuesen. En el trabajo, los modelos más perturbadores salían a la luz. Llevaba la cuenta de la cantidad de veces que había intentado hacerme oír en las reuniones; una práctica que había ido perfeccionando de manera agresiva con el cuerpo de mi Yo anterior pero que ahora tenía un impacto diferente. ¿Con

qué personas hablaba más a menudo? Con mujeres, sin duda, en una proporción de tres a uno.

Y lo que era todavía peor —como comprobé al analizarme con honestidad—, podía apreciar las sutiles maneras que me llevaban a tomar ligeramente más en serio a los hombres. Respondía con mayor rapidez a sus correos electrónicos o mensajes, me preocupaban más sus puntos de vista y me sentía más influenciado por sus argumentaciones.

Inevitablemente pensaba en mi madre, que debía de estar riéndose de mí. A ella sí le habían resultado frustrantes las «tonterías» que había tenido que hacer para no resultar «amenazadora», mientras era encargada de General Electric. Tonterías como las noches en las que montaba cenas para las esposas de sus empleados, allí donde la hubiesen enviado, para ganarse su simpatía gracias a sus excelentes dotes culinarias, después de haberse pasado el día controlando a sus maridos.

Y pensé, con tristeza, en Larissa golpeando el *punching ball*. Sin duda ella había entrenado el doble de duro que sus colegas masculinos para que la tomaran en serio. Ella, por lo demás, no estaba al corriente de mi historia. Para ella yo debía de ser un tipo con las suficientes agallas como para querer aprender en cinco meses lo que a ella le había costado un año.

Lo cierto era que yo no le había pedido consejo, a pesar de todo lo que ella sabía. Igual que no había tenido en cuenta que mi hermana, que iba llamándome de vez en cuando para saber cómo iba mi entrenamiento, nunca me recordó que ella había tomado clases de boxeo durante años, que incluso había combatido y que había ganado.

A pesar del cuerpo de mi Yo anterior, había heredado, sin saber muy bien por qué, las maneras propias de un montón de hombres. Según Caroline Simard, de la Universidad de Stanford, entender cómo funcionan las cosas en el lugar de trabajo implica darse cuenta de que, a veces, esa clase de asuntos suelen parecer inofensivos. Junto con su colega Shelley Correll, Simard analizó doscientas revisiones de rendimiento en la misma compañía de

tecnología y descubrió que las mujeres, más que los hombres (57 % frente a 43 %), suelen recibir en dichas revisiones lo que las investigadoras denominaron *vagos elogios*: comentarios no relacionados directamente con algún aspecto laboral («Has tenido un gran año»). Los hombres, por su parte, suelen recibir halagos relacionados con su contribución a la empresa. Las revisiones de rendimiento pueden entenderse como una medida relativamente positiva, burocrática incluso, pero Simard me explicó que son un poderoso indicador de cómo comportamientos similares acaban conformando a los grupos de trabajo; comportamientos que, tomados en su conjunto, las mujeres tienden a respaldar.

Sin duda se trata, en términos generales, de un comportamiento inconsciente. Y ahí radica precisamente el problema. «Incluso cuando creemos que podemos evaluar racionalmente —dijo Simard—, las costumbres nos llevan a cometer errores de juicio.» Esos «errores a la hora de tomar decisiones» dan como resultado miles de sutiles acciones realizadas sin cuestionamiento alguno por parte de la mayoría de los integrantes de ambos géneros.

El estudio de semejantes patrones me resultó inquietante, por omnipresente, pero también clarificador; tan clarificador como el sorprendente silencio con el que me recibieron aquel día en la sala de reuniones en el *Boston Phoenix*. Desde que emprendí mi transición, empecé a sentir de manera visceral que el mundo estaba diseñado para mí. Recordé un *sketch* muy significativo de Eddie Murphy en *Saturday Night Live*, de 1984, titulado «Blanco como yo», donde el protagonista se pinta la cara de blanco y sale a las calles de Nueva York para descubrir un mundo secreto de privilegios. En una de las escenas, después de que el único hombre negro que iba montado baja del autobús, todos los blancos beben champán y bailan mientras suena un alegre jazz. «Poco a poco empecé a entender —dice la voz en *off* de Murphy, después de que un quiosquero blanco no le permita pagar el periódico— que cuando los blancos están solos se regalan cosas los unos a los otros.»

Para empezar, yo había recibido ya un montón de crédito. Mi voz había sido el punto de partida. Amaba mi trabajo y a mis treinta años —al igual que muchas personas de mi edad—, finalmente había encontrado una grieta laboral por la cual colarme. Solo entonces empecé a entender quién era, aunque eso no fue todo. La fricción entre mi cuerpo y el mundo que me rodeaba había desaparecido. Ser hombre me resultaba muy fácil precisamente en los mismos lugares en los que no serlo me había resultado muy duro. Todos los días me sentía recompensado por comportarme de un modo por el que previamente había sido penalizado; ya se tratase de defender mis puntos de vista, de devolver los golpes, de mostrarme relajado en las complejas dinámicas de poder, o, de manera totalmente estratégica —y visible—, apuntarme tantos por lo que hacía. Cuando lo probabas, aunque solo fuese una vez, resultaba fácil acostumbrarse.

«A los hombres les otorgamos más credibilidad y experiencia», afirmó Simard. Se estaba refiriendo a *todos nosotros*. En la Universidad de Harvard diseñaron una prueba para medir las inclinaciones personales a la hora de responder a los patrones sociales. Si te pareces en algo a mí, te aseguro que también fallarías al hacer dicha prueba.

Hasta que me convertí en hombre no había tenido ni idea de cómo fingir que sabía más de lo que realmente sabía, de cómo comportarme como si fuese un experto a pesar de ser un aprendiz. Pero es que no había tenido necesidad de saberlo.

Empecé a sentirme condicionado el día en que toda una sala guardó silencio esperando a que yo dijese algo.

• • •

En ese momento inicial, cuando llevaba dos semanas ya entrenando, me di cuenta de hasta qué punto Jess había acertado con su pronóstico. Mi «romance» con la masculinidad, aunque comprensible, me había cegado

respecto de aquello que más me interesaba ver: mi sombra. Ser un hombre y no afrontar las peores partes de la masculinidad me garantizaba formar parte, de manera pasiva, del problema. Empezó a resonar en mi cabeza, a modo de mecanismo de defensa, la frase que tantas veces había oído decir a los hombres al tener que afrontar los puntos negativos del comportamiento masculino: *¡Pero yo no soy ese tipo de hombre!*

Pero ¿yo lo era? Varios de los personajes con los que Jess y yo nos habíamos cruzado en diferentes fiestas de Brooklyn me habían preguntado durante las primeras semanas de mi entrenamiento, con cierta incredulidad, por qué sentía la necesidad no solo de boxear sino de hacerlo en el Madison Square Garden, para advertirme, acto seguido, de los peligros que suponían los daños cerebrales. Y lo decían mirando a Jess, como si su trabajo —por ser mujer— consistiese en quitarme la idea de la cabeza. Ella los contemplaba con calma, con esa clase de mirada plácida y desconcertante que tantos hombres entienden como agresiva, pero que en ella resultaba «misteriosa». A menudo me miraba de reojo, como diciendo: «Lo ves?».

Jess era la receptora equivocada para esa clase de enfoques. No le asustaba arriesgar su integridad física por aquello en lo que creía. En nuestra primera cita me dijo que acababa de regresar de Tailandia, donde había pasado un año sin visado, trabajando por los derechos humanos de los pueblos que vivían en la frontera. Mientras me entrenaba para mi combate, en algunas ocasiones ella estaba lejos, trabajando en un centro comunitario dirigido por auténticas heroínas en Malaui. Yo intentaba mantener a raya mi pánico al pensar en los aviones en los que se montaba, evocando su rostro sereno al mirar en el espejo mi cara magullada.

En cualquier caso, llegué a la conclusión de que la pregunta sobre por qué estaba haciendo lo que estaba haciendo tampoco era una pregunta auténtica. Los médicos, periodistas, estudiantes y contables querían saber la respuesta a esa pregunta solo si Jess estaba presente. Cuando estábamos a solas, ni un solo hombre me pidió que le explicase mis razones. A veces, incluso sentía cierta

envidia cuando algún tipo me preguntaba, al estilo masculino, por los detalles del entrenamiento: las horas, los intervalos, las rutinas. Nunca antes había notado la envidia de los hombres, no respecto a mi cuerpo o lo que este podía hacer. Eso me hacía sentir, de nuevo, un problemático ramalazo de orgullo en el pecho. *Está pensando que sé cómo golpearle en la cara.*

Otros patrones que se repetían: el joven periodista que me miraba a los ojos mientras me explicaba su idea para un artículo, ignorando a la editora que tenía al lado; los programas absolutamente masculinos de los congresos; los consejos que me pedían mis amigas y la conmovedora familiaridad de sus preguntas: «¿Cómo convengo a mi jefe para que me pague lo mismo que a los hombres con los que trabajo? ¿Cómo puedo convencerme de que lo merezco?».

Ahora podía verlo todo con claridad: las mujeres que se quedaban despiertas editando después de que sus hijos se fuesen a la cama; las mujeres que organizaban las fiestas de cumpleaños y los clubes de lectura; las mujeres que preparaban el café; el hecho de que casi siempre fuese una mujer la que reconocía que había estado ayudándola para enmarcar algún artículo o echándole una mano durante el fin de semana.

Jess estaba en lo cierto. Simplemente tenía que querer verlo.

• • •

Cuando oigo la frase *trabajo de mujeres*, pienso en mi madre, que creció en un pequeño pueblo en mitad de Pennsylvania en la década de los cincuenta, hija de un mecánico y de una ama de casa. Cuando estaba en bachillerato se esperaba que en la universidad estudiase Magisterio. Incluso después de haber sido aceptada en el MIT con una beca completa, su padre no quiso hacer el papeleo necesario para que pudiese estudiar allí. Así que lo hizo en la Universidad de Penn State y se licenció en Física, después se doctoró y todo

por cuenta propia. Logró eludir el limitador guion sobre lo que significaba ser mujer, como muchas otras mujeres de su generación.

«Tienes un corazón de oro ;—me dijo—. Y nadie puede tocarlo.»

«Tu educación te convirtió en una persona que, más allá del género, parece segura de sí misma y que está dispuesta a correr riesgos y equivocarse —me dijo Jess una noche tomándome la mano en el sofá—. Tus hermanos también son así, tal como su madre quería que fuesen. Dado que vas a poseer esas cualidades toda tu vida y que justo acabas de empezar a ser quien eres, el modo en que la gente te ve ahora lo cambia todo.»

Tenía razón. Todos nosotros éramos un reflejo de la máscara de confianza que mi madre tenía, del gesto de «finge tenerlo hasta que lo tengas» que ella componía siempre que entraba en una sala llena de hombres encorbatados que hacían chistes a sus expensas; de todos aquellos profesores y pueblerinos entrometidos que pretendían hacerla sentirse de menos. Se alejó totalmente del modo de vida que se esperaba de ella y me enseñó a hacer lo mismo.

• • •

En el gimnasio, el «romance» con la masculinidad que Jess temía que yo estuviese experimentando se desenmarañó provocándome un dulce alivio, como cuando me sacaba las vendas que envolvían mis maltrechas manos la mayoría de las noches.

Errol hizo que Larissa y yo volviésemos a subir al ring. En esta ocasión ya no me sentí avergonzado, a pesar de los gritos de algunas personas. Me miró dándome a entender que no lo tuviese en cuenta. Vi en ella a las mujeres con las que trabajaba, a Jess, a mi madre, a mi hermana. Vi a mi Yo anterior, a la persona que me habría gustado ser, a pesar del cuerpo que tenía. A la persona que esperaba ser ahora.

«Venga —dijo Larissa, dándome la oportunidad de serlo—, arriba esos guantes.»

Cuando vi que un grupo de chicos se reunía a nuestro alrededor mirándonos con malicia, observé que ella no pretendía humillarme. Era plenamente consciente del enfoque tan poco convencional que implicaba nuestro entrenamiento. Ella solo se había elegido a sí misma antes que proteger mi masculinidad.

Chocamos los guantes y sentí una corriente de afecto hacia ella en cuanto sonó la campana. Se sacó el protector bucal y me dijo: «Golpéame».

Alguien cacareó con desaprobación.

Alcé la guardia, sacudí la cabeza y ella me lanzó un par de jabs consistentes y después un fuerte gancho de izquierda.

«Thomas, muévete», me dijo Errol.

«Venga», dijo Larissa.

Así que le lancé varios golpes: dos jabs y un directo de derecha esmirriado que, a pesar de todo, dio en el blanco. Bajé las manos.

«¿Por qué paras?», me gritó Errol.

Me saqué el protector bucal. «¿Estás bien?», le pregunté a Larissa.

«Estoy bien», masculló con el suyo puesto, aunque con un dejo metálico de advertencia.

«En el boxeo no se para», dijo Errol.

Levanté los puños, pero Larissa arremetió contra mí con tal fuerza durante los dos siguientes asaltos que acabé colgando de las cuerdas, sin aire en los pulmones. Pude ver cómo los hombres que se habían reunido para vernos se largaban, negando con la cabeza. ¿Había algo peor que golpear a una mujer? Sí, ser golpeado por una de ellas. Pero me alivió darme cuenta de que no me importaba.

Larissa me sonrió, con una sonrisa auténtica. «Ahí estás.»

«Me has sacudido de lo lindo», le respondí, porque así había sido y porque era mi compañera.

Me golpeó en el hombro y, cuando sonó la campana, volvió a lanzarse contra mí de nuevo, con suficiente respeto, tal como pude apreciar, como para

no guardarse nada.

## ¿Busco aprobación?

Pero todavía había algo extraño sobre el hombre que era en el gimnasio y tenía que ver con el hecho de buscar la aprobación.

Buscar la aprobación, en Estados Unidos, llevaba a recordar historias de negros desesperados que buscaban la aprobación de los blancos, con el fin de escapar de la esclavitud o de la opresión, pero, tal como había escrito la historiadora de Stanford Allyson Hobbs sobre la búsqueda de aprobación racial en su libro *A Chosen Exile*, dicha historia se extiende más allá de cuestiones relativas al color de piel: «Los pobres buscan la aprobación de los ricos, las mujeres la de los hombres, los judíos la de los gentiles y los homosexuales la de los heterosexuales».

En el más amplio sentido del término, como me dijo Hobbs, la búsqueda de la aprobación se produce porque catalogamos los cuerpos en relaciones sociales binarias, como raza, clase o género, y allí donde tienen lugar relaciones binarias habitualmente existe una recompensa (económica, social) y también un precio a pagar (familia, comunidad, identidad) para poder cruzar al «otro» lado. «En parte, lo que vincula la búsqueda de aprobación con el sentido de pérdida es que la apuesta es muy alta.» «Tenía que existir la relación binaria» para que la búsqueda de aprobación fuese una estrategia significativa.

Yo soy un hombre, así pues, no se trataba de que «buscase la aprobación» tratando de pasar por alguien que no era con el fin de alcanzar un estatus y unos privilegios en el gimnasio o cuando regresaba caminando a casa por la noche, como uno de los muchos cuerpos que iban de un lado para otro en Manhattan sin un contexto, pero igualmente lo entendí. No podía transmitir la

realidad en la que había vivido: los años de marimacho o los bares de ambiente que vinieron después. La testosterona me hacía reconocible y el precio a pagar conllevaba un efecto halagador.

«No tenía ni idea de que eras trans», me decían las mujeres con las que salía, o los compañeros, o un nuevo amigo, o una mujer en una conferencia. El tono que empleaban solía dejar en evidencia el significado que ocultaban sus palabras: la admiración, por una parte, daba a entender que había tenido éxito al librarme de algo. La incredulidad, por otra, significaba que se sentían engañados. En ocasiones, la gente ni siquiera tenía que decir nada: en sus valoraciones veía el esfuerzo que se tomaban por entrever un rostro diferente bajo mi barba, algún posible rastro de mi Yo anterior. Para muchas personas resulta difícil prescindir de la idea de que el género es una marca de nacimiento. Yo soy una desagradable prueba de que no es así. Pero si no es así, ¿en qué consiste exactamente?

Resultaba difícil desmontar todos los argumentos. Me miraba en los espejos empañados mientras los chicos se embadurnaban con colonia barata a mi lado. Me sentía íntegro y a salvo, pues cada uno de «ellos» era para mí como una bendición. Porque entendí que, finalmente, me veían.

Pero ¿cómo me veían? A pesar de que era un alivio no sentir rechazo al ver mi propia cara, me había desplazado por el mundo con mi Yo anterior y eso condicionaba mi cerebro. Comportarme como si no fuese así —como si esos condicionamientos proviniesen de los chasquidos de las toallas en los vestuarios y de los chistes de maricas— me resultaba tan contradictorio como si hubiese visto reflejada en el espejo a la persona que fui. No disponía de un lenguaje para decirle a mi yo actual que ya no estaba en peligro. Buscaba la aprobación al permitir a los otros creer que había salido de la nada, como un adulto totalmente formado, tal cual era el hombre que tenían frente a sus narices.

Buscar la aprobación, después de todo, es un fenómeno social. No buscaba la aprobación cuando me miraba en el espejo, pero sí lo hacía cuando les

hacía creer a los demás que había tenido una infancia que en realidad no había tenido. Buscaba la aprobación cuando los hombres me miraban y no les disuadía de la visión que se formaban de mí. Buscaba la aprobación, como lo hace todo el mundo, traduciéndome a mí mismo del modo más coherente. Me había colocado sobre los hombros una manta de familiaridad y eso me mantenía a salvo.

Me fijaba en cómo los demás también buscaban la aprobación. En Mendez, un anciano arrugado entrenaba a un jovencito delgadito de dieciséis años y todos podíamos oír las cosas que le decía, un reguero de clichés: «No se trata de lo bueno que eres, sino de lo malo que quieras ser» o «Puedes correr, pero no puedes esconderte» o «No se juega con el boxeo». Algunos decían en voz baja que al chico lo entrenaban en exceso, pero como estaba tan delgado y era tan nervioso los otros hombres alababan sus logros. Fue creciendo bajo todo ese furor y siempre te lo encontrabas allí, haciendo muecas mientras corría en la cinta, haciendo de *sparring* a tipos que no tenían nada que ver con él, asintiendo sin parar ante las incansables palabras de su entrenador. Tenía tanto miedo como yo, tanto miedo como los tipos que habían aprendido a esconderse mejor. Me incomodaba observar la manera en que su masculinidad crecía, como si se tratase de una segunda piel, cubriendo todo su cuerpo; un cuerpo que acabaría siendo arrogante y fuerte.

«Resulta muy confuso que te animen y te formen dentro de la masculinidad normativa», me dijo el sociólogo R. Tyson Smith, autor de un libro sobre la lucha profesional. «Escuchas cosas como: “Nunca empieces una pelea, pero, si te ves involucrado en una que seas tú el que la finaliza”. ¿Cómo se hace algo así?»

¿Cómo se hace algo así? Retomé aquel adagio que dicta que lo contrario a buscar la aprobación es fracasar. Traída por la idea del fracaso, surgió en mi cabeza la pregunta sobre qué significaba ser hombre. Pensaba en ello cuando mordía mi protector bucal y cuando me saltaba las reglas no escritas al cerrar la puerta del urinario en el vestuario. Pensaba en ello cuando no podía

encontrar las fuerzas necesarias para golpear a Errol, a pesar de que él me lo pedía. Después de todo, ¿qué me había hecho Errol?

En ningún otro lugar sentía tanto las desavenencias entre la parte de mí que buscaba la aprobación y el yo que ocupaba mi cuerpo en la actualidad como en el lugar húmedo donde estaba el dispensador de papel en el vestuario. Allí era más consciente que nunca de mis cicatrices y de mis partes privadas, allí hubiese fallado de mil maneras diferentes a la hora de buscar aprobación, si alguien me hubiese estado mirando. El vestuario, un desfile de partes frágiles totalmente a la vista, me dejaba fuera de juego: penes carnosos, costillas amoratadas, culos peludos.

*Que les jodan*, pensaba, haciéndome el gallito y dejando caer mi toalla durante unos segundos antes de ponerme el bóxer. Pero mis actos de rebeldía no podía apreciarlos nadie. Al fin y al cabo, un trágico golpe de suerte me mantenía a salvo: mi cuerpo resultaba inimaginable. La homofobia dictaba que ningún hombre iba a mirarme la polla ni tampoco admitiría haberlo hecho. Me ponía los bóxers y solo entonces los hombres cuya mirada había advertido volvían a mirarme. Algunos incluso asentían en mi dirección cuando agarraba mi bolsa para irme, un hombre visible que se mantenía invisible bajo aquel vello que nos igualaba a todos.

• • •

Aun así, Haymakers y yo seguíamos discutiendo sobre si notificarle o no a la Federación Norteamericana de Boxeo, la entidad que regulaba el boxeo amateur, que era trans. Yo podía suponer un problema en la relación entre Haymakers y la Federación, pues me daba la impresión de que les asustaban las posibles consecuencias de permitir combates entre boxeadores de cierta edad, en mala forma física o carentes de la profesionalidad que los boxeadores serios demostraban tras años de práctica.

Al igual que la mayoría de la gente que conozco, no tenía ningún interés en

hablarle de mis genitales a desconocidos. Por otra parte, la falta de imaginación de algunos a veces me causaba algunos problemas. Mi polla, la parte más sensible de mi anatomía, me distinguía físicamente del resto de los hombres, y eso mismo era precisamente lo que me podía sacar de la pelea.

Tras una noche especialmente larga y dolorosa en el gimnasio, mantuve un largo y doloroso intercambio de correos electrónicos con Chris (totalmente infructífero) para aclarar el punto conflictivo de las reglas: una norma hablaba de las personas transgénero que se habían «sometido a cambios anatómicos... incluidos cambios genitales externos o gonadectomía».

Habida cuenta de que no tenía gónadas, no podían habérmelas extirpado, le expliqué. Chris, obviamente confundido respecto a cuál era mi aspecto cuando estaba desnudo, me sugirió que hablásemos por teléfono. Aterrorizado, le di mi visto bueno.

¿Cómo demuestra uno cuál es su género? No era el único hombre que tenía que afrontar esa cuestión, pero mis circunstancias convertían el asunto en una discusión algo menos teórica. Contacté con abogados de reputadas organizaciones LGTB, que me enviaron cadenas de correos electrónicos mientras se consultaban entre ellos, debatiendo respecto a mis opciones. Finalmente, llegaron a la conclusión de que, si me presionaban, podía aportar una carta de mi médico, así como los documentos de mi cambio de nombre y de género, a modo de prueba irrefutable de mi derecho a existir como el hombre que era.

El nombre y el género que constaban en mi pasaporte me retrotrajeron a las cartas que me escribió el médico que llevó a cabo mi operación quirúrgica, que fue posible gracias a que mi terapeuta afirmó que yo, según su criterio profesional, era un hombre y estaba sumido en una depresión porque no parecía físicamente un hombre.

Mientras esperaba la llamada de Chris, entendí que mi valía dependía de que otra persona valiese menos que yo: un hombre, una mujer, un trans que no

«buscase aprobación». Para que yo pudiese ser «de verdad» un hombre, alguien, en alguna parte, tenía que no serlo.

Cuando por fin sonó el teléfono, decidí no pedir disculpas por ser quien era. Si mi cuerpo rompía las normas, entonces el problema estaba en las reglas.

«No tengo pene. No, al menos, en el sentido que tú crees», le dije a Chris. Mi exquisito sentido de la vulnerabilidad se había transformado, por arte de magia, en fuerza.

Lo imaginé haciendo búsquedas frenéticas en Google, intentando entender a qué me parecía, exactamente, sin mi bóxer. Guardaba silencio.

«¿Sabes una cosa? —me dijo—. Lamento que tengas que lidiar con esto. Yo me ocuparé.»

No sé si la gente de Haymakers llegó a notificarle a la Federación de Boxeo mi condición, pero Chris nunca volvió a hablar conmigo del tema.

• • •

El momento del día en el que el vestuario registraba un mayor número de hombres pringosos y malolientes era durante el cambio de turno, a las seis de la tarde, cuando estaban allí los boxeadores amateurs que se entrenaban para los Golden Gloves o para el circuito de combates. Mientras ellos se desataban las zapatillas, los que estábamos apuntados a combates benéficos nos las atábamos. Nuestros guantes brillaban absurdamente y nuestros pantalones fosforescentes parecían el uniforme de un equipo.

Intentaba ver el corazón de oro en el interior de los hombres que me rodeaban, pero estaban ensombrecidos por el afán de aparentar. Los tipos blancos de Queens hablaban básicamente de motos y construcción; los tipos negros de Brooklyn y del Bronx se intercambiaban consejos para entrenar; y los mulatos de lugares inconcretos no hablaban gran cosa. Los banqueros y los comerciales y los ejecutivos de marketing, casi todos ellos blancos, se

cambiaban a toda prisa en silencio. Solo los tipos ricos que entrenaban con los auténticos luchadores parecían relajados. Yo los estudiaba, preguntándome cómo se sentirían después de tomar el metro unas cuantas paradas por encima de Wall Street y de darse la mano, y también medio abrazarse, con tipos cuyas familias tenían que mudarse más y más lejos del gimnasio por culpa de los magnates saudíes del petróleo para los que trabajaban, que seguían comprando apartamentos en Manhattan, a modo de inversión, que dejaban vacíos como si les hubiesen lanzado una bomba amable, haciendo volar más y más lejos de allí a todos los que no eran millonarios.

En cuanto a mí, nunca llegué a ser realmente invisible. Lo tuve claro una noche en la que, vestido solo con ropa interior y empapado en sudor, intenté no prestarle atención al enorme tipo que no dejaba de mirarme mientras me quitaba la camisa. Quise creer que le interesaban mis tatuajes, así que no dije nada.

El tipo, un jovencito en realidad, me preguntó por lo que le parecieron dos cicatrices en forma de sonrisa que atravesaban mi pecho. Ocultas bajo el vello y cubiertas con un tatuaje, las cicatrices eran un áspero recordatorio de la cirugía a la que me había sometido para que mi cuerpo tuviese sentido.

Conocía de antes a ese chico. Estaba al corriente de su historia porque una noche, cuando éramos ya los últimos que quedábamos en el gimnasio, me la contó: se había metido en asuntos de drogas y casi había dejado el bachillerato, pero entonces encontró el boxeo. Ahora tenía diecinueve años, vivía con sus padres para ahorrar dinero y estudiaba en una escuela pública. Había dejado de beber y de fumar porque pretendía llegar a ser profesional. Había perdido unos cuarenta kilos, era un hombre nuevo, había mudado la piel, como yo. Era dulce y se mostraba abierto conmigo de un modo que me resultó familiar.

No sé. Pensé que cabía la posibilidad de que llegásemos a entendernos.

Las heridas y las lesiones son el principal tema de conversación en un vestuario: a quién le habían roto la nariz, cuánto tiempo se necesitaba para

recuperarse de un hombro dislocado, quién había tenido demasiadas conmociones cerebrales para seguir allí, quién tenía oreja de coliflor, quién había combatido con un dedo o la muñeca o el brazo roto. Así que cuando me preguntó, delante de todo el mundo, de aquel modo tontorrón propio de los diecinueve años: «¿Qué te pasó?», automáticamente un montón de cabezas se volvieron hacia mí.

Pensé en Emile Griffith, el reacio campeón de peso welter originario de las Islas Vírgenes, que era bisexual, pero de quien ningún periodista deportivo — por respeto o decoro— se atrevió nunca a escribir nada sobre sus tendencias sexuales. Griffith, en su famosa victoria de 1962 en el Madison Square Garden contra Benny Paret, el boxeador cubano, mató a su oponente y puso el boxeo en serio peligro. Paret había llamado a Griffith *maricón* mientras los pesaban y Griffith le pegó tan fuerte que le hizo entrar en coma. Su combate, que fue retransmitido en directo por la televisión nacional, avivó un debate no sobre la brutalidad o la homofobia o la masculinidad, sino sobre el propio boxeo.

A menudo pensaba en Griffith. Su combate había tenido lugar años antes de los disturbios del Stonewall de 1969. Griffith solía decir a sus amigos que el mundo no estaba preparado para alguien como él. Griffith buscaba aprobación. En ocasiones, cuando me niego a protegerme de los hombres que me rodean, me veo observando a Griffith, que en un principio no había querido ser boxeador, sino dedicarse a hacer sombreros para mujeres. A Griffith le atacaron a la salida de un bar gay en 1992 un grupo de hombres. Le pegaron con bates y cadenas. El mundo no estaba preparado para alguien como él. Tenía razón.

Si iba a ser un hombre, tenía que plantearme la posibilidad de enfocar la masculinidad desde un ángulo diferente, una visión más amplia en la que verme incluido. Pero ¿cómo iba a lograrlo?

Por otra parte, ¿qué se suponía que tenía que hacer? ¿Si te dijese que se me cayó la toalla y que todo el grupo se volvió hacia mí, incluso aunque pensases que eso estaba mal, te sorprendería?

No me daba vergüenza afrontarlo y, sin embargo, mascullé avergonzado: «Accidente de coche».

Y todo el mundo se dio la vuelta y volvió a lo suyo: ponerse o quitarse calcetines, o atarse las zapatillas, o recoger sus bolsas. Al tipo que me había hecho la pregunta, uno de sus amigos le golpeó con rudeza en el brazo y le dijo, en mi defensa: «¿No sabes que eso es una falta de respeto?».

Así pues, mientras las semanas iban avanzando, lo que en un principio me pareció una elección debido al artículo que estaba escribiendo (es decir, lo de mantener mi secreto) fue, poco a poco, convirtiéndose en el punto de tensión más significativo de mi vida: ¿cuándo dejaría de buscar la aprobación mostrándome como el hombre que los demás esperaban que fuese y empezaría a ser yo mismo?

• • •

Chris apareció por el Mendez con buenas noticias: finalmente habían encontrado un combate para mí. Aunque no había otro boxeador tan inexperto o tan ligero como yo en el listado de Haymakers, dio la casualidad de que el oponente que le habían asignado a Eric Cohen era demasiado bueno, así que decidieron emparejarlo con otro de los participantes de los combates de beneficencia, uno que también llevase allí poco tiempo. Eric era más o menos igual de rápido que yo, me dijo Chris, negociando el acuerdo. A pesar de que Eric pesaba más de sesenta y ocho kilos, él y yo teníamos que limitarnos a estar en una diferencia de unos cuatro kilos y medio, así que si ambos nos esforzábamos por llegar a los sesenta y tres y medio seguramente entraríamos en el margen de esos cuatro kilos y medio.

Sonreí a pesar del pánico que empecé a sentir de inmediato. Errol parecía intranquilo. El combate era dentro de cuatro meses.

«Bueno, pues vamos a hacer que este hombre pelee —dijo Chris con el mismo tono de advertencia que había empleado con Errol la última vez—.

Quiero decir, ahora mismo.»

Chris tenía su mano sobre mi hombro. Se miraron con evidente preocupación. Al fondo del gimnasio, los hombres sangraban y daban golpes y sudaban, expulsándose a sí mismos de sí mismos. Cada uno de ellos, lo supiese o no, estaba buscando algo que había perdido.

Ah, yo sí lo sabía.

Cuando Errol se fue, Chris me dijo que me acercase. «Escúchame —me dijo inclinándose hacia mí—, mientras estés conmigo, solo vamos a hacer un mano a mano. Le he dicho a Eric que eres trans. Espero que no te moleste. No me gustaría que al leer tu historia se llevase una sorpresa.»

«Oh.» Agucé la vista. Sentí que una punzada de rabia me hacía apretar los dientes.

«Nadie más lo sabe, y yo no voy a decírselo a nadie.»

«De acuerdo», respondí, fingiendo que no me importaba.

«A Errol le parecerá estupendo si se lo dices, ya lo sabes —Chris me miró con intensidad—. A nadie le importa una mierda.»

Tanto si Chris estaba en lo cierto como si no acerca de Errol, regresé caminando a casa pensando en los límites de mi caja de hombre, pues notaba que se iba estrechando.

• • •

No resulta sencillo afrontar la larga sombra de la asimilación en Estados Unidos, pues es tan antigua como la propia nación; de hecho, James Baldwin habla del rechazo a «cualquier otro vínculo» o «cualquier otra historia» como la esencial «formación de los norteamericanos». Hasta tal punto forma parte de nuestra historia nacional el hecho de fingir ser lo que somos sin esfuerzo que muchos de nosotros no somos capaces de ver lo que hemos perdido.

«La raza es una idea, no un hecho», escribió Nell Irvin Painter en *The History of White People*. En cualquier caso, el concepto de raza evolucionó

gracias a una complicidad colectiva en la que virtualmente cada oleada de inmigrantes «blancos» aprendió a dejar atrás sus viejas culturas. Esa «expansión de lo blanco», tal como indica Painter, fue incluyendo a más y más inmigrantes y etnias hasta que solo quedó fuera de esa definición la «gente de color». Mis propios antecedentes familiares, checos y polacos por parte de madre y (según las pruebas genéticas) judíos askenazis por parte de padre, sin duda se habían visto implicados a lo largo de múltiples generaciones en una feroz asimilación a lo «blanco»; se trataba de un linaje marcado por el abandono de las costumbres y las tradiciones con la esperanza de ser dignos de una mayor «tolerancia».

Aun así, «no todo el mundo busca la aprobación», me dijo Painter, una mujer tan solo dos años mayor que mi madre. «Es como lo que dice Simone de Beauvoir sobre ser mujer: no naces desempeñando ese papel, tienes que aprenderlo.»

Nadie nace viéndose a sí mismo como hombre o como estadounidense o como heterosexual o como blanco. Nos convertimos en los cuerpos que somos y el desarrollo de la historia nos atraviesa, a toda velocidad, como si se tratase de una enfermedad o de una revolución.

«¿Cuántos hombres hay en Estados Unidos? —me preguntó retóricamente—. No hay una única respuesta para todos ellos. Algunos se están curando de la misoginia y otros tantos no se van a curar nunca. No podemos meterlos a todos en el mismo saco y decir: “Oh, esto nunca va a salir bien” o “Oh, estamos empezando” o “Oh, ya está hecho” o “Oh, estamos mejorando”.»

«Hay que persistir», me dijo.

• • •

Y así lo hice. La noche en la que Chris me dijo que ya tenía el combate apalabrado, regresé a casa contrariado. Hasta que no me duché e ingerí la

segunda cena de los días de entrenamiento no estuve en condiciones de aclarar mis pensamientos.

Jess estaba en la cama, leyendo un libro sobre el tarot, esperándome. No estaba contenta (y yo lo sabía) con mi horario, pero también me dijo que le sorprendía comprobar que le gustaba que boxear me estuviese poniendo en forma. El duro trabajo que desempeñaba casi todos los días, además de los veinte kilómetros que tenía que correr todas las semanas, había domesticado el salvajismo que me dominaba desde antes de lo ocurrido en la calle Orchard, un hueco que empezó a crecer cuando murió mi madre.

«Estás aquí, presente», me dijo Jess.

Colgué las empapadas vendas de mis manos sobre la puerta de la ducha para que se secasen y ella las vio. Hacía muchas cosas que la sacaban de quicio, pero era lo bastante elegante como para tolerar mis obsesiones porque ella también tenía las suyas: los tintes de hierbas caseros y las cajoneras copiadas de IKEA, las limpiezas probióticas y los viajes en solitario a Bogotá. Podía limpiar el microondas sin restregar, hacer velas tan bonitas como esas por las que te cobran sesenta y cinco dólares en las tiendas de Brooklyn y curar holísticamente de cualquier clase de enfermedad a nuestras mascotas. Si le preguntaba si algo era posible, ella siempre respondía que sí.

«Quiero dejarlo», le anuncié.

«¿En serio?», me preguntó con curiosidad. Nos miramos. Estaba en la cama porque no podíamos sentarnos en ningún otro sitio en nuestro diminuto estudio. Me senté en la repisa de la única ventana accesible, haciendo balance de esta relación incipiente que estábamos construyendo juntos, sintiendo que estábamos colaborando en el inicio de algo mucho mayor. En ese momento supe que ella esperaba, sobre todo, que yo fuese sincero conmigo mismo.

«No», le respondí. Pensé en los reparos que tenía Errol, fuese cual fuese la razón, de subirme al ring, en la falta de fe en mí que ello evidenciaba. «Necesito un nuevo entrenador.»

Jess asintió como si hubiese estado pensando en lo mismo. «Pues

consíguelo.»

• • •

A la mañana siguiente llamé a Chris. Había adquirido un nuevo y diáfano punto de vista: la cálida necesidad de proteger mi cuerpo, este cuerpo, de cualquier daño innecesario. Era la misma sensación que había guiado mi transición, y el haberme apartado de mi padrastro, y el pensar que los hombres podían ser mejores de lo que aprendí durante aquel tiempo a solas con él, sintiendo su caliente aliento sobre mis muslos infantiles.

Podía notar las dudas de Chris. Habría sido más sencillo, y probablemente más inteligente, haberme dejado de lado en ese mismo momento. No iba a lograr que la organización ganase dinero conmigo. Además, no cabía duda de que iba a llegar al combate poco preparado, por duro que trabajase. ¿Y si me ocurría algo? Habría sido un desastre a nivel publicitario.

«Sé que puedo pelear», le dije, creyéndomelo por primera vez. Tal vez apreció algo en mi voz, porque me dijo que me prepararía con su antiguo entrenador, un alegre tipo de veintiséis años del Bronx, Danny Mangual, en el gimnasio de la calle Church, en el centro de Manhattan.

«Danny te gustará —me dijo Chris en confianza—. Te pondrá como un toro.»

Miré por la ventana hacia la acera y pude ver al hombre que alguna vez fui perseguido a lo largo de la calle por un chico con camiseta blanca. Parecía que había pasado una eternidad desde que pensé que podría aprender a boxear y que eso, de algún modo, iba a lograr que el hecho de ser hombre resultase para mí menos misterioso. Aunque lo que realmente deseaba era ser menos misterioso para mí mismo.

La clave del boxeo, por lo que dice todo el mundo, es que no puedes ocultar quién eres realmente cuando estás encima del ring. Pero lo que no te cuentan es que tampoco puedes ocultar cómo te sientes. Había perdido el rumbo y resultaba duro admitir que todo esto formaba parte de una oleada de

acontecimientos vitales que no podría manejar solo. No estaba seguro de qué era lo que más me había cambiado, si la testosterona o el terrible final de mi madre. Tanto la masculinidad como el luto me habían quitado las fuerzas y me habían cortado en trocitos, y todo ello con mi consentimiento.

«¿Thomas?», me dijo Chris, y recordé que estaba ahí. Me dijo que me llevaría personalmente a conocer a Danny. No era en absoluto ortodoxo lo de cambiar de entrenador con tan poca antelación. Sabía que Chris tendría muchas cosas que explicar. «¿Nos vemos mañana?»

«Gracias», le dije. Cuando colgamos, empecé a llorar en silencio, me puse las zapatillas de deporte y salí a correr por el reluciente East River. Finalmente había logrado correr una milla en seis minutos, como un hombre que cree en la posibilidad de volver a empezar.

II

Otoño

Dos meses para el combate

## ¿Estoy nervioso?

Mi nuevo gimnasio estaba ubicado en un callejón a un par de calles de distancia del nuevo World Trade Center, en una parte de Manhattan en la que nunca antes había estado. Para llegar allí desde mi apartamento, tenía que atravesar Chinatown, después dejar atrás la Secretaría Municipal de la calle Worth, donde se celebran las bodas civiles, lo que me obligaba a pasar entre novios y novias en traje o en *jeans*. Para mí aquella zona era otra Nueva York.

Pisaba el arroz que habían tirado en la calle, a la salida del edificio municipal. Pasaba junto al Monumento Nacional Cementerio Africano, el lugar donde yacen los restos de unos quince mil africanos «enterrados» en esta zona durante los siglos XVII y XVIII, cuando Nueva York era un centro de trata de esclavos. Dejaba atrás las oficinas de Hacienda y también un restaurante Chipotle y una tienda Duane Reade construidos sobre las antiguas tiendas de barrio erigidas sobre la antigua tierra de los Nativos Americanos. Pasaba por encima de las líneas de metro R, W, y 2 y 3, y me cruzaba con adolescentes calzados con zapatillas Nike recién estrenadas y mujeres de mediana edad fumando durante el descanso de sus trabajos y también con banqueros que les gritaban a sus teléfonos móviles vestidos con trajes que costaban tanto como el alquiler de mi apartamento.

El Church's se encontraba frente al hotel Four Seasons, pero al igual que ocurría con el Mendez, tenía una fachada de lo más modesta. Ni siquiera había una mesita en la entrada, sino un simple panel con instrucciones para que te abriesen la puerta. Logré solventar uno de esos típicos embrollos neoyorquinos y la puerta se abrió para mí. Lo prosaico de ese nuevo comienzo se vio interrumpido brevemente por quienes hacían ejercicios

cardiorrespiratorios bajando y subiendo las escaleras que llevaban al sótano. El sudoroso grupo, todos con cintas en la cabeza, formaban parte del exitoso negocio que el gimnasio había montado para aquellos que querían mantenerse en forma después del trabajo; más tarde entendí que ocupaban el gimnasio la mayor parte de las tardes para irritación de los que entrenaban para pelear. Pasé a toda prisa junto a aquella sudorosa caterva y también bajo el cartel de bienvenida, digno de un *selfie*, que decía «PELEAR LO RESUELVE TODO», y abrí la puerta.

Los tipos que estaban tras el mostrador, escondido junto a la puerta que llevaba al sótano, se mostraron simpáticos y acogedores. Me inscribieron y luego me indicaron dónde estaba Chris. Como siempre, estaba de pie junto al ring. El gimnasio era más pequeño y había gente más diversa que en el Mendez y, a pesar de la carencia de ventanas, había tanta luz que me sentí inmediatamente a gusto. A nuestro alrededor, las paredes estaban cubiertas de fotos y recortes de periódico y posters que anunciaban peleas de antiguos boxeadores y entrenadores que habían pasado por el gimnasio. Allí los hombres, por lo visto, abrazaban a otros hombres en toda ocasión: un tipo y su entrenador en el artículo de una revista, un amateur que había dado el salto a profesional y su equipo en un fotomatón, un hombre mayor que estaba justo delante de mí y que hablaba con un joven que parecía agotado pero atento, y finalmente Chris, que tiró de mí para darme un abrazo.

«¡Qué pasa, amigo!», me dijo Chris, ataviado con su habitual uniforme de pantalón deportivo Adidas y camiseta Haymaker, rodeándome con sus brazos; nada de esas tonterías de abrazar como de medio lado. Después estuvimos observando a dos tipos que saltaron al ring y empezaron a pelear sin demasiada intensidad, sin la seriedad que exigía el gimnasio Mendez. El más bajito era como un bulldog y obligaba a moverse al otro, ligeramente más alto, que se desplazaba con fluidez entre sus *swings*.

Ambos se lanzaban golpes y se detenían de vez en cuando para hablar. El tipo más grande le tocaba al pequeño el protector de cabeza con los guantes al

final de cada pausa, con cuidado, a pesar de que parecía ser el más joven de los dos. Tras un par de asaltos se detuvieron para tomar agua. «Lo has pillado», dijo el tipo más grande, sin duda el entrenador. Entonces me vio. «Eh, ¿eres Tommy?» Nunca nadie me había llamado así, pero asentí. Obviamente, yo era Tommy.

«Sube al ring, hermano», dijo tranquilamente pasándome su sudado protector de cabeza y un cubo para escupir. Era guapo, del estilo cara de niño, con un anuncio de barba que cubría lo que no tardé en descubrir que era una sonrisa casi permanente.

«No he peleado gran cosa», le dije preparándome para su reacción.

«De acuerdo, entonces vamos allá —dijo—. No hay mejor momento que el ahora.»

«Ese es Danny», me dijo Chris aunque ya no hiciese falta, al tiempo que me ajustaba el protector a la cabeza. Mientras tanto, Danny me ató los guantes y cuadró los nudos, después rebuscó el protector bucal en mi bolsa y, con mucho cuidado, me lo puso en la boca.

«A todo el mundo le da miedo la primera vez», dijo Chris inclinándose hacia mí. Me dijo que en su caso le temblaban las rodillas. «Estás sintiendo un subidón de adrenalina. Aprovéchalo.»

«Pelearás todas las noches para que vayas adquiriendo experiencia en el ring.» Danny me miró a los ojos para asegurarse de que lo había entendido. «Cada vez será más fácil, y así te acostumbrarás.» Alzó las manos como si llevase mitones. «Jab.»

Lo hice.

«Cruzado.»

Lo hice.

«Estupendo. ¿Te sientes bien?»

Asentí. Nunca en mi vida había tenido tanto miedo.

«Estamos entrenando», dijo Danny, como si quisiese decir «no es gran cosa», manteniendo abiertas las cuerdas para que pasase. No habían pasado ni

cinco minutos desde que había atravesado la puerta, pero ya confiaba en él, así que subí al ring.

• • •

«Thomas tiene cojones», oí que Danny le decía a Chris desde las cuerdas, tras golpear los guantes con el tipo pequeño, el bulldog, con quien Danny había estado entrenando minutos antes, otro de los aprendices de Haymakers: un inversor financiero, con un caro corte de pelo, llamado Stephen Cash. Cualquier clase de incomodidad que me hubiese producido el cumplido quedó eclipsada por mi atención, totalmente centrada en Stephen, que me mostró los dientes desde el otro lado del ring.

Mientras esperábamos a que sonase la campana de inicio, él daba saltos sobre sus pies y lanzaba algunas combinaciones de golpes hacia las cuerdas, respirando por la nariz como un toro. Aquella representación estaba pensada para intimidarme, y causó efecto. Enderecé la espalda, pero, de pronto, me quedé paralizado cuando sonó la campana y él se lanzó contra mí con una furia impersonal.

¿Quién era aquel tipo? No tenía compasión y parecía un tanto descerebrado, pues me presionaba de tal modo que apenas pude apartarme de las cuerdas. Se me acercaba y me golpeaba hasta que se cansaba y, entonces, para mi mal, intentaba varios *uppercuts*, preparándose a todas luces para una pelea en la que el objetivo consistiría en acorralar a su oponente para acabar noqueándolo. Debido a que estábamos entrenando y no combatiendo de verdad, podía sentir cómo se relajaba tras cada andanada de golpes, permitiéndome tomar aliento, pero yo estaba paralizado debido a la indecisión; tenía la mente en blanco.

«¡Golpéale, Tommy!», me dijo Danny intentando ayudarme. Así que le lancé algún jab, fuera de ritmo y predecible, mientras Stephen se desplazaba con facilidad tras cada intento. En algún momento del segundo asalto me

disocié y adopté la postura defensiva que Errol me había enseñado: guardia alta, con los codos muy cerca de las costillas.

No me había dado cuenta de que pelear consiste, principalmente, en aquello que haces cuando te están dominando. Ese hombre, de vuelta ahora en su rincón, estaba aprendiendo a pelear; era como entrever quién era yo bajo los restos del trauma y las expectativas y la pérdida. Iba a llevarme mucho tiempo entender que esa primera paliza no supuso el fracaso que yo creía que había sido; de hecho, ese iba a ser el aprendizaje principal.

El hecho de estar convencido de que había perdido, por lo tanto, iba a ser una de las rémoras más pesadas de la masculinidad de las que tendría que librarme: carecía de un aspecto esencial, proveniente de la infancia o de la biología, el cual iba a tener que aprender a abordar lo antes posible.

«Sí, señor. ¡Tienes cojones, Tommy!», dijo Danny de nuevo, un punto de vista difícil de argumentar, no solo porque Chris y yo supiésemos que no era cierto (lo de que no tenía cojones), sino también porque yo creía que estaba perdiendo. Stephen había vuelto a acorralarme y estaba golpeándome sin parar en la cabeza. «¡Muévete, Tommy!», dijo Danny con tranquilidad pero también con firmeza. Estaba paralizado, otra vez, y en esta ocasión había bajado la guardia y estaba permitiendo que Stephen me golpease en la cara. La voz de Danny me despertó y eso me llevó a apartarme de Stephen. «¡Eso es, pequeño! —dijo Danny—. Ahí está.»

Danny, al ver que estaba empezando a cansarme, nos permitió que rotásemos. Danny contra mí; Danny contra Stephen; Stephen contra Ricky, un chaval flacucho que se disponía a competir en los Juegos Olímpicos, que mantenía la guardia baja como si no necesitase cubrirse y que jugueteaba con nosotros tranquilamente, como si fuésemos sus presas. Yo era malo, pero algo en la comodidad que transmitía el grupo que se desplegaba alrededor de Danny me llevó a sentirme tranquilo: la amabilidad con la que Stephen golpeaba mis guantes después de cada asalto, la sonrisa fija en el rostro de Chris, incluso las reticentes sonrisas del serio Ricky, quien claramente estaba

sacudiendo a Stephen, al que ya le sangraba la nariz. Stephen, por su parte, se detuvo, sonrió y se tomó un *selfie*.

Nunca había conocido a nadie como él.

Stephen tenía más o menos mi edad y más tarde me enteré de que había sido triatleta e incluso, anteriormente, nadador en aguas abiertas. Un tipo honesto que sonreía mostrando una perfecta sonrisa de dientes blancos y llevaba botas de punta y pantalones ceñidos en un reputado gimnasio de boxeo. Su masculinidad era más del tipo pavo real que del tipo rudo, lo cual yo valoraba, pues al mirarlo resultaba difícil no pensar, de manera totalmente injusta, en Patrick Bateman, el protagonista de *American Psycho*. Es decir, di por hecho que yo no podía gustarle a Stephen, con su sonrisa de lobo y sus alegres pantalones cortos, pero al subir al ring para pelear con otros boxeadores aquella primera noche, me sorprendió ver que me dedicaba gritos de ánimo. No me conocía, pero aun así creía en mí.

Me fijé en que resultaba muy llamativo observarle entre asaltos. Cuando se quitaba el protector de cabeza era como si se sacase una máscara. Podía ver a la persona detrás del hombre que me había golpeado tan agresivamente escasos minutos antes. Si fuese capaz de ver a Stephen por quien era y no por quien fingía ser, me dije, no le tendría miedo a nadie.

Estuvimos peleando durante unos noventa minutos, hasta que los tipos de la recepción nos echaron.

«Tienes que conseguir que los otros te respeten», me dijo Danny en las escaleras, mientras todos nos miraban. Le pregunté si creía que tenía alguna posibilidad de combatir en el Madison Square Garden dentro de dos meses. Me miró con los ojos muy abiertos, lo cual me recordó un poco a Errol. Pero yo ya había dejado atrás eso de buscar la aprobación siendo una persona que no era, supuse que el decir eso me había llevado a componer una mueca, porque Danny se detuvo en las escaleras y dio la impresión de plantearse seriamente la cuestión.

«No voy a mentirte ;—me dijo—. No va a ser agradable. Tienes que

adquirir experiencia en el ring. Pero voy a hacerte pelear todos los días de esta semana y, en cualquier caso, lo que importa no es cómo hayas peleado contra este tipo sino dónde tienes la cabeza después de pelear con él.» No entendí qué quería decir exactamente, pero deduje que el hecho de pelear en los entrenamientos era algo diferente al tipo de prueba que yo pensaba que era.

«Tienes un mentón fuerte —me dijo. Fue mi primer verdadero halago boxístico—. Y eres bastante rápido. Pero sabré que estamos preparados cuando me demuestres que puedes ser agresivo.»

Me mostraba reacio. Tenía razón. No sabía cómo mirar a un hombre que no me había hecho nada y golpearlo en la cara. ¿Cómo se hace algo así?

«Tienes que creer en tus golpes —me dijo Danny sin más, con su enorme y radiante sonrisa—. Y cuando pelees la semana que viene vas a montar un buen espectáculo.»

• • •

Mientras nos preparábamos para la pelea de entrenamiento, estudié a Stephen y a todos aquellos luchadores en el gimnasio que parecían no tener problema alguno en golpear como posesos a cualquier hombre que se les pusiese delante. A mí todo aquello seguía pareciéndome algo perturbador: los implacables golpes a los riñones, la concreta voluntad de hacer que a otro le golpease el cerebro contra el cráneo. Sentir el impacto de mis puños contra las partes blandas de otro cuerpo, amoratando, hacer que alguien sangrase, contusionarlo, no me parecía algo alentador sino angustiante.

Si las agresiones eran algo inherente al hecho de ser hombre, ¿de dónde provenían? ¿Cómo podía aprenderlas? Y, si las aprendía, ¿en qué clase de hombre me convertiría eso?

Dar por hecho que ser hombre estaba vinculado a la determinación, por no decir a una evidente propensión a la violencia, no se limitaba exclusivamente a los entrenadores de boxeo. Se daba por descontado en todas las respuestas a

mis preguntas sobre el hecho de ser hombre. Poco importaba lo matizadas que fuesen dichas respuestas, si profundizaba lo suficiente, encontraba de manera inevitable la misma exasperante cantinela sobre por qué los hombres peleaban: los hombres son así.

El más evidente misticismo ligado al carácter innato de la masculinidad estaba relacionado con la hechicería propia de la sustancia que me inyectaba cada semana en los muslos: la hormona sintética que, de hecho, me había librado de la grasa infantil, había redistribuido mi masa muscular, había activado los genes de mi vello facial y me hacía tener el aspecto, de cara al exterior, de un hombre. Me refiero a la testosterona.

No podía oponerme a semejante poder. Durante los primeros meses del tratamiento mi cuerpo se ensanchó como si fuese el héroe de un cómic y encontré en mi interior un límite brillante, como el reflejo del sol en el agua. Resultaba sencillo atribuir todos y cada uno de los cambios a la aceitosa poción que me inyectaba semanalmente en los muslos: la claridad del color, mi irascibilidad, el incremento del deseo sexual, los calambres que notaba en los cuádriceps, la serenidad de mis nervios, la firmeza al caminar. Resultaba impresionante, aunque también me inquietaba, la posibilidad de convertirme en una caricatura de lo que era un hombre tan fácilmente.

Pero no era algo tan sencillo. Cuando inicié mi transición, ¿sentía una mayor energía debido a que veía cómo se evaporaba la larga depresión que me había acompañado durante décadas o porque recibía mi dosis semanal de hormonas en un solo chute o porque la testosterona tenía ese efecto en mí? ¿Me sentía más nervioso porque mis hormonas estaban desequilibradas o por las hormonas en sí? Mi cuerpo, tal como me explicó mi médico entonces, estaba intentando encontrar su homeostasis. Cuando, con el paso del tiempo, lo consiguió, no pudimos llegar a determinar si se trató de algo hormonal o social o se debió a una potente mezcla de ambas cosas.

Años después, en el gimnasio de la calle Church, seguía sin saberlo.

Fuera del gimnasio, sabía que el salto que provocó la testosterona hacia la

virilidad, la agresividad y la fuerza estaba ampliamente aceptado como un hecho evidente. En los años que precedieron a mi entrenamiento, se había producido un repunte en las campañas de marketing dirigidas a hombres con «baja testosterona» y un estudio publicado por el *Journal of the American Medical Association* aportaba pruebas de que los hombres que se adecuaban a esa definición se habían triplicado entre 2001 y 2011. En el mercado negro creció la oferta específica de testosterona para hombres por encima de los cincuenta, atendiendo a sus propiedades «*antiaging*», a pesar de la peligrosa ironía que algo así entraña, pues tomar testosterona cuando el cuerpo no la necesita puede provocar que el propio cuerpo deje de producirla. Los culturistas habían sido perseguidos por inyectársela y las atletas habían sido acusadas de tomar una «injunta ventaja» por producir de manera natural demasiada testosterona, y prácticamente nunca nadie cuestiona que la testosterona sea la inamovible fuerza biológica que condiciona desde la violencia la hipersexualidad.

Pensé en lo que mi médico me dijo sobre la homeostasis todas las noches de aquella primera semana de peleas de entrenamiento. Además de aprender a lanzar mi chapucero gancho de izquierda y unas pocas y sencillas combinaciones de golpes, trabajé en una habilidad mucho más difícil de adquirir, aquella que Danny había identificado de inmediato como el núcleo de mi debilidad: mis dificultades para «dar un paso al frente».

Cuando Danny me pidió que fuese agresivo, me dijo que ese impulso tenía que salir de mí de forma natural. «Choca los guantes como si lo creyeses —me dijo cuando practicábamos el saludo de rigor antes de empezar un combate—. Golpéalos con fuerza, empújalo.»

Pero no me resultaba sencillo. Así que si Stephen se centraba en la intimidación, yo tenía que encontrar una alternativa. ¿Qué quería hacer cuando regresaba a mi esquina, mientras esperábamos a que sonase la campana de inicio? ¿Miraría directamente a mi oponente o me mostraría relajado y tranquilo, apoyado contra las cuerdas? ¿Practicaría varias combinaciones para

soltarme? Hiciera lo que hiciese, según me dijo Danny, no tenía que guardar relación ninguna con lo que hacía ahora: parecer aterrorizado de pies a cabeza.

Decidí dar saltos sobre las puntas de mis pies, convertirme en una bola de energía. Si bien no resultaría intimidante, como era obvio, me liberaría de parte de la ansiedad y me haría parecer «ocupado», como Danny me aconsejaba sin descanso.

«Eso está bien —me dijo Danny con condescendencia—. Da la impresión de que no te vas a cansar.»

Una vez que me dispuse a aprender lo que no sabía, descubrí que los hombres junto con los que entrenaba eran generosos profesores. Cuando peleaba con Stephen, practicaba cómo evitar su tormenta de golpes y también cómo contraatacar. Cuando lo hacía con Ricky, que era rápido como una pantera, que boxeaba con la guardia baja y con una bolsa de basura cubriéndole el torso, practicaba cómo lanzar ofensivas y prepararme para su rápida respuesta, intentando no permitirle que me llevase a las cuerdas. Con Chris, que me empujaba de un lado para otro, pero lanzaba sus golpes despacio y sin intensidad, practicaba cómo intentar entender qué era lo que estaba haciendo. Y cuando peleaba con Danny, él se centraba siempre en algún aspecto que necesitaba aprender, la mayoría de ellos de carácter psicológico: a no desesperarme, a devolver los golpes y, en todo momento, a dar un paso adelante.

Reconocí el proceso gracias a mis tiempos de profesor de escritura. Estaba construyendo el andamiaje, condensando un año de entrenamiento en una semana. Los combates benéficos no tenían que ver con llegar a ser espléndidos boxeadores, me dijo. Tenían que ver con preparar a tipos sin experiencia, tanto emocional como físicamente, para pelearse entre ellos durante tres asaltos de dos minutos. La defensa, que era lo único en lo que se centraba Errol, era algo secundario. No era el momento de mostrarse tímido. Arriesgarte a colocar el cuerpo en la línea, ese era el asunto, aunque te machacasen. Fuera lo que fuese

lo que me estaba bloqueando en ese sentido, según la opinión de Danny, era un problema que había que solucionar.

«No eres tan malo —me dijo Danny la tercera noche, lo cual venía a ser un cumplido—. Hazme preguntas —me dijo espoleándome—. Puedes preguntarme cualquier cosa.»

Estaba chocando los mitones con él mientras Stephen calentaba, preparándome para pelear con un rival nuevo que Danny había elegido para mí, un amateur con combate a la vista que quería trabajar su defensa.

«No sé cómo dejar de sentir que estoy perdiendo cuando Stephen me lanza su andanada de golpes», mascullé.

«Es una pelea. Es una pelea contra alguien; nunca se sabe. Te está golpeando, te tiene contra las cuerdas y, entonces, ¡bam! —Danny me golpeó suavemente en un lado de la cabeza—. Contraatacas, usas su energía contra él.» Danny me mostró cómo esquivar un golpe y servirse del movimiento para responder. «En estos combates benéficos, en realidad, no se noquea a nadie. Se gana por puntos. Número de golpes. Tienes que golpearlo más de lo que él te golpee a ti. No pienses en ganar o perder, piensa en golpear.» Danny me miró como diciendo: «¿Lo pillas?». Asentí.

Lo que no dije fue lo siguiente: que me asustaba golpear a Stephen o a cualquier otro. El mayor de mis miedos (al pensar en mi padrastro, que quería aniquilarme de un modo peor que la muerte) era no saber cómo detenerme.

• • •

Mucho antes de aprender a boxear, mientras me preparaba para iniciar mi transición, no quise investigar gran cosa sobre cuáles eran los efectos de la testosterona, pues temía lo que podía encontrar al respecto. El calor que sentí en mis puños cuando estuve a punto de pelearme en la calle Orchard, junto con mi fracaso inicial a la hora de ser realmente agresivo durante los combates de preparación, solo había logrado confundirme un poco más. ¿Acaso quería

creer que la intervención médica que me ayudó a no perder la cabeza también había desatado en mi cuerpo una violencia reactiva y primigenia? Si no era así, por qué el hecho de que los hombres se mostraran desproporcionadamente propensos a la violencia se había convertido en una pregunta incluso más incómoda.

«Todo el mundo cree que los machos tienen testosterona y las hembras estrógenos, y por eso los machos son más agresivos que las hembras», me dijo Barry Starr, un genetista de Stanford. Pero semejante argumento, si bien muy popular, era reduccionista. En última instancia, me dijo, «se pone demasiado énfasis en la biología y apenas se presta atención a la educación».

De hecho, el neurocientífico Robert Sapolsky, también de Stanford, me dijo que el mayor error de juicio de la gente respecto a la testosterona era que «provoca ser agresivo».

El clásico punto de vista, me dijo, tiende a unificar elevados niveles de testosterona y dominio social. Pero, tal como demuestran sus estudios con primates, no siempre es cierto que elevados niveles de testosterona y una posición social preeminente vayan de la mano. De hecho, «encontramos los más elevados niveles de testosterona en erráticos machos adolescentes que empiezan peleas que no pueden acabar».

En el caso de los seres humanos, si elevamos artificialmente el nivel de testosterona, como pasa cuando se abusa de los esteroides, los niveles de agresividad ascienden. Pero para los hombres que tienen un nivel normal, según me dijo Sapolsky, «no encontramos pruebas destacables» de que podamos predecir una mayor agresividad teniendo en cuenta quiénes tienen un mayor nivel de testosterona.

«La testosterona no “provoca” que las neuronas encargadas de la agresividad empiecen de repente a disparar a todo lo que se mueve —me dijo—. Lo que provoca es que sean más sensibles a los impulsos que la estimulan.»

Entonces ¿por qué la mayoría de nosotros confunde la relación entre

testosterona y agresividad? Sapolsky señaló un matiz del trabajo del investigador norteamericano John Wingfield que a menudo se pasa por alto. Wingfield demostró que la testosterona no incrementa la agresividad exactamente, pero sí las probabilidades de que los hombres *hagan todo lo que tengan que hacer para mantener su estatus* si se sienten desafiados.

Sapolsky me dijo que la mayoría de especies jerárquicas responden con agresividad a los desafíos de estatus, «pero en los humanos puedes comprobar hasta qué punto ese “lo que tengan que hacer” del “lo que tengan que hacer para mantener el estatus” puede dissociarse de la agresividad». Podía apreciarse en estudios centrados en juegos económicos donde ganar requiere cooperar y ser prosocial. «En ese terreno, la testosterona hace que la gente sea más generosa.»

Pero los estudios demuestran que los mitos sobre la testosterona también tienen un impacto en esos juegos. Aquellos hombres a los que se les había proporcionado más testosterona se comportaron con mayor generosidad, pero los hombres que simplemente *creían* que estaban operando según un elevado nivel de testosterona fueron menos efectivos y más competitivos.

«Si nuestro mundo está dominado por la violencia masculina, el problema no radica en si la testosterona puede incrementar en algunas ocasiones los niveles de agresividad —añadió Sapolsky—. El problema consiste en la frecuencia con la que premiamos la agresividad.»

• • •

Danny era muy fan del boxeo de sombra. Que yo nunca llegase a entender el sentido de dicha práctica supone una metáfora casi demasiado evidente. Stephen, por otra parte, era fantástico. Cuando peleábamos, tenía la sorprendente sensación de que si alguien era mi sombra, en el sentido junguiano del término, en el sentido de aquello que rechazaba de mí mismo, ese era él. Era una persona desenfrenada, tanto dentro como fuera del ring.

«Siempre he sido una persona bastante agresiva —me dijo Stephen una noche; y no presumía de ello, precisamente—. Siendo niño me metía en peleas, y después en peleas de bar. No diría que soy violento, pero lo que está claro es que no me repele verme inmiscuido en esos asuntos.»

Acabaría entendiéndolo, y no me sorprendería, que las razones de Stephen para optar por el boxeo, al menos a nivel consciente, eran menos complejas que las mías. «He encontrado muchos paralelismos entre lo que ha sido mi vida y el ring —me dijo Stephen—. La vida en Nueva York es dura. Quiero decir, todo es como una lucha, desde sentarte en el metro hasta tomar una copa en un bar o encontrar apartamento. Y controlar un fondo de inversión también puede ser como una auténtica pelea de perros.»

Si prestaba atención a esa explicación tan ramplona, el estilo autodidacta y salvaje de Stephen, que era objeto de conversación entre algunas de las personas que iban al gimnasio, me parecía demasiado vulnerable. Grababa y revisaba sus peleas con la entrega de un deportista de primera clase y no como haría un tipo rico que pelea en combates benéficos.

Le fascinaba Mike Tyson, cuyo elevado tono de voz y sus leves problemas de dicción se contraponían a una forma de boxear brutal y a un llamativo y macabro nivel de autoconsciencia. Tyson sigue siendo un poderoso representante de cierto tipo de masculinidad norteamericana; una figura shakesperiana, cuya épica caída en desgracia —condenado por violación, con un «regreso» fallido marcado por el famoso mordisco en la oreja a Evander Holyfield y por una cada vez más patética serie de combates que finalizaron con excesos con cocaína, la bancarrota y un «tour de exhibición» para ganar dinero— hace hincapié en nuestras expectativas colectivas respecto a la masculinidad más visceral y primaria, reflejadas en la suya. «Soy una persona violenta, casi un animal —gritó histéricamente en una rueda de prensa en el año 2000—. Y ellos solo quieren que sea un animal en el ring.»

Stephen, al igual que Tyson, hermanaba violencia y victoria, y victoria con pelear. A medida que conocía a Stephen, su historia me resultaba más

complicada, mucho menos clara. Por ejemplo, había dado por supuesto que venía de una familia con dinero, pero más adelante me dijo que su madre se había criado en un «pueblo de cabañas en el que no había nada», en Filipinas, y que su padre había escapado de un pueblo rural del oeste de Kentucky del que nadie «lograba escapar».

Era fácil confundirse con él debido a su grandilocuencia, pero no debido a su amabilidad, que era incansable como todo en él. Allí donde yo estuviese durante aquella primera semana, él estaba justo detrás de mí, diciéndome que tenía todo para vencerlo, incluso cuando me machacaba. Después de nuestro tercer encuentro en el ring, me sentí lo bastante a salvo como para bombardearlo y cuando le clavé la mirada me abrazó. Si un extraterrestre hubiese aterrizado en aquel gimnasio de boxeo y hubiese tenido que describir el comportamiento de aquellos miembros masculinos de la especie humana, sin duda hubiese llegado a la conclusión de que nos tocábamos tanto llevados por el amor como por la violencia a partes iguales; de hecho, podría haber dicho que la última estaba inspirada por la primera. Si había algo «innato» allí era el afecto entre nosotros.

*Agresividad* viene del latín *ad* («hacia») y *gradi* («caminar»). Su significado original no es «atacar» sino, tal como Danny seguía animándome a que hiciese, «dar un paso al frente». «Yo nunca voy a parar —me dijo Stephen un día hablándome de su estilo—. Así es también como he afrontado mi carrera, nunca voy a rendirme. Me han tumbado un montón de veces y la he jodido un montón de veces en el ring. Soy una fuerza en movimiento constante, siempre hacia delante.»

Eso podía entenderlo. En casa, a menudo me sentía inerte y solo. Pero en el gimnasio, Danny y Stephen y el resto de los chicos hacían que saliese la fuerza que atesoraba en mi interior, como si fuesen magos, y yo permitía que así fuese; no porque fuese una cuestión de género, como no tardé en entender, sino porque era lo necesario. «Dar un paso al frente.»

En el ring, dar un paso hacia alguien que pretendía pegarme no era una

cuestión relacionada con la infancia o con la testosterona o con los músculos. Cada vez era más capaz de adelantarme a un jab inminente; no por vergüenza, sino con la voluntad de protegerme. Después de todo, también esto tenía que ver con el contexto: estos hombres no querían hacerme daño. Me estaban enseñando cómo vivir.

## ¿Y si fracaso?

El combate de clasificación tuvo lugar a principios del invierno. Si no podía ganar, me dije a mí mismo mientras caminaba hacia Chinatown muy temprano aquella mañana de domingo, al menos no moriría en el intento.

Sabía que estaba totalmente concentrado: había empezado tarde, había entrenado poco y apenas había peleado, había cambiado de entrenador la semana anterior y había quedado emparejado en el último minuto con un tipo que pesaba cuatro kilos y medio más que yo, como mínimo. Danny me recordaba, todos los días, que mi único objetivo era ofrecer «un buen espectáculo». Pero ambos sabíamos que si no podía mantenerme en pie, no me dejarían combatir.

Cuando llegué, los de Haymakers habían cerrado el gimnasio, así que los clientes habituales no estaban. Solo estábamos quienes íbamos a pelear en los combates benéficos, con nuestros llamativos atuendos, medio dormidos, hombres en su mayoría. Tipos saltando sobre sus talones. Un montón de luchadores charlaban alegremente con sus oponentes y los entrenadores hablaban de cualquier cosa junto a las paredes, manteniéndose a distancia y observando.

Eric llegó y lo estudié durante un instante: no había duda de que pesaba más que yo, pero era más bajo, lo cual significaba que yo podía alcanzarle más fácilmente; una ventaja. Ambos lucíamos barba recortada y él llevaba puesta una gorra de béisbol al revés. En contraste con el ambiente jovial, se sentó sumido en un rocoso silencio. Por mi parte, intenté no parecer tan atemorizado como estaba.

La atmósfera era extraña, pues la mayoría de los luchadores parecían

esforzarse por evitar las imprescindibles expectativas masculinas y a un tiempo no tomarse las cosas demasiado en serio (el punto de vista «civilizado»: «¡Es un combate benéfico!»), aunque demostrándole a los demás lo serios que realmente eran.

Errol también estaba allí, con un aspecto más sombrío que el resto, acompañando a Larissa. Cuando me envió un mensaje para preguntarme qué había hecho mal, con un lamentable desinterés le dije que había encontrado un nuevo entrenador. No se me ocurrió pensar que, en realidad, le estaba despidiendo, y no tuve ni siquiera la decencia de explicarle por qué.

Me sorprendió mi desconsideración y el presentimiento que tuve al verlo. Di por supuesto, tal como me habían enseñado, que él no se lo tomaría a pecho. Era un tío, ¿no?

Pero pude apreciar, dado su esfuerzo y perfeccionismo, que él tampoco era el típico entrenador. Había sido duro conmigo, pero no desagradable: me llamaba «campeón» y se preocupaba por mí cuando estaba enfermo. Cuando lo dejé, estaba preparando una sesión de *sparring* con un entrenador en otro gimnasio, un objetivo nada sencillo. Para mí resultaba fácil contarme el cuento de que lo había dejado porque no supo verme, pero no era del todo cierto.

Verle acurrucado junto a Larissa me recordó el momento posterior a la parte central de nuestro entrenamiento, una semana antes de nuestra última sesión, cuando Errol me detuvo de camino al vestuario.

«Si he sido un poco imbécil hoy, lo siento —me dijo—. He tenido un día difícil.»

Me quedé tan aturdido que no respondí. Podía contar con los dedos de una mano las ocasiones en las que un hombre me había pedido disculpas por algo. En ese momento, cuando me ofreció un aspecto diferente de sí mismo, no quise acercarme a él. No le pregunté, aunque me habría gustado hacerlo, a qué se refería.

Ahora nos mirábamos incómodos el uno al otro desde rincones diferentes del gimnasio, como si nos hubiésemos divorciado. Era su segundo año como

entrenador, y solo conseguía nuevos clientes si sus antiguos alumnos en la organización quedaban satisfechos. No sabía cuáles eran sus planes o si mi actuación le había colocado en una situación comprometida.

Se me ocurrió pensar que quizá todos esos silenciosos momentos de película entre padres e hijos son el subproducto natural de cuerpos que crecen marcados por el honor y su antecedente: la vergüenza. Contarle a otro hombre cómo te sientes es demasiado arriesgado: si no sale bien, quedarás expuesto. Me sorprende, y me entristece mucho, descubrir que muy a menudo el silencio es el único testimonio que un hombre puede aportarle a otro sin sentirse controlado. ¿Por qué no he llegado a conocer a un hombre junto al que he pasado docenas de horas? ¿Por qué no me conoce?

Nos miramos a los ojos y me habría gustado poder decir que caminé hasta donde se encontraba, que encontré las palabras adecuadas, que me comporté como el hombre que quería ser. Pero no lo hice.

Finalmente, fue él quien se acercó a mí. «Qué tal, campeón.» Fue una frase con gracia, adecuada... Valiente. Pude ver quién era con repentina claridad: Errol, el tipo que aprendió por su cuenta a boxear mucho más tarde que los demás y que acabó combatiendo por los Golden Gloves. Ambos éramos *outsiders*, ambos peleábamos para estar aquí y me enseñó muchas más cosas sobre cómo desarrollarme en este mundo de lo que creía. Ojalá hubiese podido decírselo.

• • •

A todo esto, mientras esperábamos el inicio de las peleas, la organización nos grababa para unos vídeos promocionales en una sala que había detrás; unos vídeos que pasarían por el JumboTron la noche del combate. Todos golpeábamos contra los sacos y practicábamos boxeo de sombra en el ring y hacíamos sentadillas mientras dos tipos con cámaras de vídeo nos seguían, grabando unas imágenes a las que después añadirían música dramática, más

bien tonta, con una voz en *off* anunciando quiénes éramos y nuestros motivos para pelear. Cuando hacía la cola para grabar mi mensaje, consciente de mi posición, me esforcé por mantenerme serio mientras imaginaba al tipo que llevaba la cámara recorriendo a mi lado el oscuro pasillo desde el vestuario hasta el ring en el Madison Square Garden.

Realmente no sabía cómo justificar mi presencia allí. Me preocupaba la «lucha contra el cáncer», como había oído decir a alguien con sinceridad, pero no podía imaginar una explicación que sintetizase lo que me había llevado a sumergirme en ese mundo surreal. Eric iba delante de mí y, cuando los tipos que estaban tras las cámaras en la sala de atrás, le preguntaron «¿Cuál es tu motivo para pelear?», le oí responder: «Peleo por mi padre, a quien le diagnosticaron cáncer de garganta y de boca hace un año, y por todas las improbables victorias que tienen lugar ahí fuera».

Me pregunté si su padre acudiría al combate y sobre cómo sería ver morir al hombre que te había enseñado a afeitarte, al hombre que te había cuidado. Pensé en mi padrastro, el único padre que había conocido, y sentí la punzada de la tristeza propia de los huérfanos que tantos hombres a mi alrededor, entendí, también sentían: hombres con padres moribundos, con malos padres, con padres desaparecidos.

No estaba seguro de si el hecho de que me pegasen era una de las «improbables victorias» a las que se refería Eric, pero no tuve oportunidad de comentarlo con él: cuando pasó a mi lado no me miró. De repente, me sentí incómodo.

«Cuando los hombres pelean, tienen que creer que el objetivo de su agresividad es legítimo», me explicó Michael Kimmel, un experto en estudios sobre la masculinidad. De la impenetrable hosquedad de Eric no pude extraer qué significaba para él el hecho de saber que yo era trans.

«¿Alguna vez te has preguntado por qué tantos hombres que creen que la testosterona genera violencia no se preguntan por qué los hombres pegan a sus esposas y no a sus jefes? Tu jefe te hace sentir como una mierda, tu jefe es un

cabrón. ¿Por qué no le pegas entonces? Porque tiene poder sobre ti, por eso precisamente. No es un objetivo legítimo.»

Un «objetivo legítimo», me dijo Kimmel, es alguien a qui;;en los hombres se creen con derecho a dominar; alguien a qui;;en ven más débil, alguien que tiene menos poder que ellos. Teniendo en cuenta el peor aspecto de la masculinidad, los «hombres de verdad» demuestran su poder definiendo como objetivo a aquellos a quienes pueden pegar. Los hombres de verdad ganan. ¿Y qué pasa con los que pierden?

Intenté librarme de ese pensamiento.

«Lucho para acabar con el cáncer», dije de un modo abstracto cuando me llegó el turno. El tipo que iba detrás de mí me palmeó amablemente el hombro. Aprecié el gesto, a pesar de que entendí que mi incomodidad podía parecer la reacción nerviosa típica, a pesar de que, en realidad, era más bien fruto de una compleja ansiedad. Yo no pertenecía a ese lugar, no tenía sitio entre gestores de fondos de inversión y ganadores del Golden Gloves. ¿Cómo era posible que alguien lo creyese?

Cuando Eric se colocó de nuevo la gorra, me fijé en los pósters de Ali y en los recortes de periódicos que cubrían las paredes. Me preocupaba la idea de que a Eric le contrariase la posibilidad de ser golpeado en público por mí, de que algo así estuviese más allá de lo que esta gente podía asimilar. Ese era el subtexto, consciente o no, de por qué le habían puesto al corriente. No lo conocía en absoluto, pero sabía que para cualquier hombre cuya masculinidad estuviese basada en la vergüenza, yo suponía una potencial humillación.

«Tommy —me dijo Danny, mientras se colocaba a mi lado y me apretaba los guantes—. Tómalo como otro día de entrenamiento, ¿de acuerdo?», y golpeó suavemente mi protector de cabeza con el puño.

«Mantén la perspectiva», me decía mi madre, y casi pude escuchar su voz mientras un subidón de adrenalina corría por mis venas.

Danny, evaluándome como lo hizo la primera noche, levantó sus manos de nuevo. «Jab.»

Lo hice.

«Cruzado.»

Lo hice.

«Estupendo. ¿Estás bien?»

Asentí. No lo tenía claro, pero tuve que hacerlo. Danny separó las cuerdas para que pasase y, a pesar de que no pude evitar preguntarme si todo era un error, me puse en movimiento y seguí moviéndome, un principio de la física que había aprendido siendo niño. Era un principiante agarrando las cuerdas, era un cuerpo empujado hacia delante.

• • •

Nos emparejaron con nuestros futuros rivales para hacer dos asaltos, cuatro largos minutos. Los directivos de Haymakers rodeaban el ring, enviando mensajes sobre los combates. Danny, Larissa, Stephen y Errol no me quitaban los ojos de encima mientras yo daba saltos. Eric me miró inexpresivamente cuando sonó la campana.

Como era de esperar, fue un desastre.

A los diez segundos, Eric me golpeó con tal fuerza que vi un destello de luz. Estaba nervioso, saltaba de un lado para otro gastando energía, mientras él se dedicaba a controlar los asaltos de principio a fin, persiguiéndome alrededor del ring. En un par de ocasiones me tuvo contra las cuerdas empujándome con un guante y me golpeó sin descanso, directamente a la cara.

Contando a los entrenadores y a los luchadores y a la gente de Haymakers, debía de haber unas cincuenta personas en el gimnasio, pero yo no podía oír nada: ni gritos ni ánimos ni a nadie saltando a la cuerda. El silencio era casi completo mientras Eric se lanzaba contra mí. Me di cuenta de que no solo estaba perdiendo.

Me estaba dando una tunda.

La cara de Errol, demostrando preocupación, apareció fugazmente en mi

visión periférica. Pero segundos después, casi al final del primer asalto, Danny me miró a los ojos y sonrió.

«Solo es un entrenamiento», pude leer en sus labios, y asentí a modo de respuesta.

«Puedo hacerlo», pensé al tiempo que Eric arremetía contra mí y yo, tras tropezar con mis propios pies, caía dramáticamente al suelo.

Resultó humillante porque, además, según las reglas de los combates benéficos, eso significaba que me había noqueado. Me revolví y me levanté de la lona apoyándome en los guantes y me sacudí como si fuese un perro. Me habían golpeado físicamente, tenía que responder con el cuerpo a esa amenaza: ahora quería pelear.

Pude oír a Danny gritando desde mi esquina del ring: «¿Estás bien?».

Le hice un gesto con la mano. Tenía mi poderoso jab, mi tembloroso directo, un *sparring* débil y toda la confianza. Lo peor ya había pasado. Me balanceé salvajemente hacia él cuando, de repente, sonó la campana.

Danny me dijo que siguiese adelante, vertiendo agua en mi boca. Me sorprendió comprobar que los otros luchadores se habían colocado alrededor del ring y pude ver varias caras conocidas, tipos que trabajaban o entrenaban en el Church's, que habían acudido allí a primera hora del domingo no para trabajar sino para mirar. Cuando volvió a sonar la campana, varios de los hombres que conocía me dijeron cosas: «Arriba» o «Tiene las costillas completamente descubiertas». Me sentí ligero. No me sentía un fracasado. Lancé golpes y más golpes, y la mayoría de ellos erraron el blanco. Pero los tipos que estaban viendo el combate no se avergonzaron de mí. Me animaban.

Miraba a los ojos a Eric incluso cuando me golpeaba. A pesar de que yo era malo, mis manos volaban, como una caótica bandada de pájaros; en términos generales en dirección a Eric. No lo odiaba y no iba a ganar. Pero tampoco me iba a rendir.

Al finalizar, bajé del ring medio gateando, y los más viejos del lugar y los entrenadores me chocaron la mano. Estaba sobrepasado por la adrenalina y

eso me hacía sentir mal, tal como Chris me había dicho que pasaría. «No ha sido el momento del que estoy más orgulloso», dije, a pesar de que me di cuenta de que sí lo era.

Por su parte, Danny miró a Eric en tono de burla, y sentí tal corriente de afecto por él que quise llorar.

«Lo has hecho muy bien —me dijo—. Ese tío, Eric, no es nada hábil. Telegrafía cada uno de sus movimientos.»

Guardamos silencio durante un rato, ensimismados. Estaba empapado en sudor, todavía sentía la rabia provocada por el miedo, pero también estaba más contento de lo que lo había estado desde la última semana de vida de mi madre. La sentía a mi lado, preguntándome de aquel modo en que ella solía hacerlo, alzando las cejas, qué demonios estaba haciendo, pero siempre estaba de mi parte. Me había enseñado cómo soñar lo que quería ser.

«No estoy preocupado —concluyó Danny—. Has caído, pero te has levantado. —Me miró con aprobación—. Esa es la historia de lo que ha pasado. Con eso podemos trabajar.»

• • •

El pelear todos los días suavizó la violencia porque la desmitificó. Para mí fue un alivio entender a tiempo real que invocar la «agresividad» tenía menos que ver con mi oponente que con el hecho de extraer la voluntad de pelear de mi interior, apoyarme en el deseo humano de vivir.

A pesar de todo, mi cuerpo de hombre no siempre transmitía esa voluntad del modo en que yo lo deseaba.

«¡Mira mi jab!», le dije un día a Jess, muy orgulloso, mientras practicaba frente al espejo del baño.

«Un hombre me ha seguido dos calles diciendo “Quiero follarte y matarte”», me dijo con intensidad, pero sin llegar a ser ruda. Bajé mis puños. No le gustaba que practicase boxeo de sombra en casa, ni siquiera como un

juego. No quería que le recordase que era un hombre del que podría llegar a tener miedo.

Lo entendía. Una noche, mientras recorría la Segunda Avenida, me puse tenso al notar las fuertes pisadas de un hombre a mi espalda. Estaba solo en mi acera y, a pesar de mi entrenamiento de boxeo, no preví ninguna clase de plan para esquivarlo. En lugar de eso, sentí que mi cuerpo se paralizaba, como aquella noche de 2009 en Oakland, cuando un hombre me tiró al suelo en la Calle 41 y me apuntó con una pistola durante diez largos minutos. Más adelante, ese mismo verano, ese tipo disparó a otros dos hombres en dos robos diferentes y mató a uno de ellos. Me dejó con vida, quiero creer, porque cuando hablé, mi agudo tono de voz evidenció que todavía no era un hombre. Ahora, al notar que aquel hombre se acercaba en la acera, me quedé quieto, esperando a que se hiciese evidente cualquier clase de terror. Cerré los ojos y cuando volví a abrirlos, estaba frente a mí. Se alejó con grandes zancadas, con sus Nike y su sudadera. Tenía el aspecto de uno de los chicos con los que entrenaba. Se parecía a mí durante una de mis carreras semanales.

El comentario de Jess me recordó ese momento y también otros. Mientras corría solo por el East River al anochecer, ataviado con mi uniforme de deportista, estaba demasiado absorto intentando cumplir mis tiempos como para fijarme en que la mujer que tenía delante era la única persona a mi alrededor. Reduje el espacio entre nosotros, pensando que tenía opciones de cubrir la milla en seis minutos, pensando en la ducha que me iba a dar al llegar a casa, pensando en la puesta de sol sobre el agua, los botes bajo los puentes, cualquier cosa excepto en cómo debía de sentirse ella al oír acercarse a alguien en la parte más aislada del sendero, hasta que a escasos metros de distancia ella miró hacia atrás, con una mirada muy rápida, y aprecié un dejo de pánico en su rostro y eso me resultó tan reconocible que me conmovió. Entonces ralenticé el ritmo casi hasta detenerme, para que ella volviese a alejarse. Me quedé en el punto en el que, en una ocasión, tiré al East River una

carta que le había escrito a mi madre, observando el agua y preguntándome si era posible romperse a uno mismo el corazón.

En la siguiente ocasión en la que vaya detrás de una mujer que corre sola, me dije, haré lo que me hubiese gustado que un hombre hiciese por mí: anunciaré mi presencia. «¡Te adelanto por la derecha!», diré. Tendré cuidado de dejar un espacio amplio entre los dos. Tendré muy en cuenta que mi cuerpo es, para la mayor parte de la gente, un arma, al menos hasta que se demuestre lo contrario.

La gente a veces piensa que ser trans significa vivir «entre» dos mundos, pero no es exactamente así. En todo caso, en mi interior se ha generado un potencial para empatizar que tengo que desarrollar cada día, como si fuera un músculo, para hacerlo crecer.

• • •

Me compré una bolsa de deporte más grande para acarrear todas las cosas que tenía que llevar conmigo: los guantes de boxeo de dieciséis onzas para peleas de entrenamiento, los guantes de doce onzas para golpear las almohadillas, vendajes, calcetines, pantalones cortos, camisetas, zapatillas para correr, zapatillas para boxear, pantalones deportivos, botella de agua, sudadera, protector bucal, protector de cabeza y cuerda para saltar. Era como cargar con otra vida en mi bolsa. Además, llevaba también el ordenador portátil, la comida y los cuadernos.

En el trabajo seguí calculando con quién hablaba y por qué. Les pedí a mis compañeros que me hiciesen comentarios. En el gimnasio pasaba un montón de horas cada día aprendiendo cómo esquivar golpes y valerme de la energía latente para contraatacar. En el trabajo me centraba en la colaboración. Cuando llevaba alguna reunión, la iniciaba con una pregunta para que todo el mundo en la sala se sintiese en disposición de hablar. En el gimnasio aprendí que podía evitar mis inhibiciones, ya fuese levantando cinco kilos más o

conservando la energía para una andanada de golpes al final de un largo asalto.

Estaba más tranquilo, con los pies en el suelo, y me mostraba menos impulsivo a la hora de dar un espectáculo. Corría cinco millas en cuarenta y cinco minutos y comprobé que me había subestimado. No me cansaba en el *punching ball*. Entendía mis defectos como detalles que podía cambiar, como sombras que desaparecían con la luz.

Cuando no estaba en el gimnasio, veía en YouTube los bailes de hombres golpeando a otros hombres. Podía apreciar la belleza trascendental de todo el asunto: Muhammad Ali moviendo su enorme cuerpo con gracejo febril; la energía alocada y contagiosa de Manny Pacquiao; la inteligencia táctica y la precaución de Floyd Mayweather; las bravatas de Mike Tyson, su locura, su insistencia en sí mismo. Cada uno de esos hombres tenía alguna debilidad que había convertido en una ventaja: la incapacidad de Ali para cumplir con las formas «adecuadas» le había llevado a reinventar el lenguaje del boxeo; ser pequeño le había servido a Pacquiao para ser más rápido y más enérgico; y Tyson... bueno, él lo expresó mejor que nadie: «No pueden derrotarme, a menos que lo haga yo mismo». Su brutalidad compensaba su corta envergadura, pero él era su peor enemigo y su mayor fan al mismo tiempo.

¿Y yo?

En una ocasión en la que Danny llegaba tarde a una cita conmigo, un tipo de barba cana, un tipo más bien flojucho al que no había visto nunca, se acercó bamboleándose hasta donde estaba trabajando con el saco, se sacó uno de sus guantes y alzó mi codo varios centímetros. «Tu gancho está torcido», me dijo. Había muchos tipos como él en el gimnasio, tipos con sombrero de fieltro y pantalón deportivo, tipos que habían estado en suites de Las Vegas con campeones; o, como mínimo, eso era lo que querías creer.

«Te he estado observando —me dijo—. Tienes mucho corazón.» Se trataba del mayor cliché del mundo del boxeo y el más dulce de los cumplidos. No supe qué decir. Me palmeó el hombro y regresó hasta su saco. Durante los

siguientes minutos pude oír sus sonoras exhalaciones cuando lanzaba un golpe y otro y otro, confiando en sus puños, intentando contar una nueva historia frente a lo que era su evidente decadencia. Él también tenía corazón.

Mi debilidad —y mi ventaja— era que estaba empezando, que era un principiante y por eso estaba mejor posicionado para ver los puntos débiles de todo el mundo, incluidos los míos. No me avergonzaba aquello que me convertía en quien era, pero estaba aprendiendo a protegerme. Recordé la ocasión en la que vi a un coyote, en San Francisco, atravesar un estacionamiento a plena luz del día. A mí me dio la impresión de que era un perro. Pero no era un perro, ese era el asunto: él sí sabía que era un coyote. Era yo el que estaba equivocado.

En el folclore de los nativos americanos, un coyote puede ser tanto un mentiroso como un héroe. Algo parecido a lo que pasa con el Loco, mi carta favorita del tarot. Lo tenía tatuado en mi pecho, cayendo alegremente por un barranco.

«Decir que un hombre está loco no es necesariamente un insulto —dijo el filósofo San Keen—, porque la vida auténtica ha sido retratada a menudo según la metáfora del loco. En personajes como Sócrates, Cristo o el Idiota de Dostoievski, vemos que la locura y la sabiduría no siempre son lo que parecen.»

Era un loco, esa era mi ventaja. El loco, según el proverbio romano, siempre está empezando de nuevo.

## ¿Por qué nadie me toca?

Llegaba tarde a casa con los ojos y las costillas amoratadas, dispuesto a darme un baño de sales Epsom. Llegaba tarde a casa, mascullando, y colgaba los vendajes húmedos encima de la ducha y dejaba mis camisetas empapadas de sudor y mis pantalones cortos y mis calcetines e incluso mi ropa interior por todo el apartamento. Llegaba tarde a casa y me preparaba batidos de proteínas y sándwiches de huevo y me regocijaba en la dulzura del momento presente: el verde vibrante de las plantas, la sensación del colchón bajo mi espalda, el incienso de sándalo que impregnaba las sábanas.

Convertí el boxeo en mi iglesia y eso me calmaba.

Jess me dijo que boxear hacía que fuese menos inestable, lo cual me sorprendió porque no me había detenido a pensar que ella había sido testigo de mi rabia anterior. Pensé con cierto remordimiento en lo que ocurrió aquella tarde en la calle Orchard y también en las discusiones que habíamos tenido ella y yo desde que mi madre murió; el tipo de detalles sombríos en los que mi masculinidad se había manifestado de un modo que no podía comprender.

Las reglas habían cambiado y yo también. Antes era un debilucho, dispuesto siempre a pedir disculpas, habitualmente más preocupado por hacer que todo estuviese en calma que por hacer valer mi punto de vista. Ahora tenía que esforzarme para no tomarme las cosas a nivel personal, en gran medida porque la manifestación del dolor, del miedo o de la rabia a través de mi nuevo cuerpo generaba una impresión que, a menudo, me desconcertaba.

Donde más evidentes se me presentaban los límites de mi masculinidad era en mis relaciones íntimas. Durante años, después de empezar a inyectarme

testosterona, tuve miedo de convertirme en un extraño y que esa extrañeza provocase que no me quisiesen.

A pesar de haber recibido el apoyo de mis amigos y de mi familia, algo en mí se había atenuado. Prácticamente todo el mundo trataba mi cuerpo como si fuese radioactivo. Resultaba sencillo culpar a la homofobia masculina, tanto reprimida como explícita, o al miedo de las mujeres heterosexuales a transmitir una señal equivocada, habida cuenta de que nuestra amistad se había visto repentinamente alterada por cuestiones de género. Pero eso no alcanzaba para explicar por qué algunos miembros de mi familia no me abrazaron tras la muerte de mi madre, o por qué, al boxear, tipos a los que apenas conocía me palmeaban el trasero, o por qué me pasaban el brazo por encima del hombro, en ocasiones durante varios minutos. El código según el cual me tocaban o no me tocaban era un misterio para mí.

Mi interés por ser abrazado no había disminuido. No podía entender qué clase de relación se establecía entre la carencia de roce y el género. A mí me parecía una necesidad básica de todo ser humano.

• • •

Como es lógico, esa necesidad no radicaba exactamente en lo físico; al menos para mí no era en lo único que moraba. Pero todavía me sorprendía descubrir que los chicos no siempre deseaban esa clase de contacto.

En el libro *Deep Secrets: Boy's Friendships and the Crisis of Connection*, un ensayo de la investigadora Niobe Way basado en sus décadas de trabajo con muchachos adolescentes, un joven de quince años describe a su mejor amigo con el lenguaje florido que habitualmente asociamos a las chicas adolescentes: «Tienes algo profundo, tan profundo, que está dentro de ti, y no lo puedes explicar. Supongo que en la vida a veces dos personas pueden entenderse de verdad entre sí, pueden confiar de verdad, respetarse y quererse. A veces pasa, es propio de los humanos».

El hecho de que me sorprendiese también me confundía. ¿Acaso no había tenido yo relaciones similares a su edad? ¿Por qué no tenía ni idea de la intimidad que los chicos compartían? ¿Cuáles eran las películas generacionales y las novelas que reflejaban la auténtica profundidad de sus relaciones? En una época en la que las autoridades sanitarias de Estados Unidos declaraban que la soledad era una «epidemia», debido a sus vínculos con la mala salud, algo que incluso incrementaba el riesgo de una muerte prematura, ¿por qué tantos hombres que antaño habían sido niños, niños que habían entendido el amor por sus amigos más cercanos como algo propio de la «naturaleza humana», tenían tantas dificultades para mantener alguna clase de amistad siendo adultos?

Según Way, profesora de Psicología en la Universidad de Nueva York, todo cambia entre los dieciséis y los diecinueve años (esa franja temporal coincide también con el aumento en el porcentaje de suicidios masculinos). Es en esa época, indica ella, cuando los chicos aprenden que estar demasiado cerca de tus amigos se etiqueta, de manera abrupta, como algo propio de «chicas» o de «homosexuales».

Dentro de este limitado contexto, los chicos aprenden que la violencia es el único modo disponible de mantener los vínculos. «En una sociedad tan confundida que no ofrece oportunidades para conexiones sanas, ellos se decantan por conexiones insanas», me dijo.

No era una coincidencia que los extremos, a menudo incompatibles, que salían a la luz en el gimnasio de boxeo —amabilidad y violencia— le otorgasen al hecho de pelear, curiosamente, las características propias de un refugio. Dado que allí a nadie le preocupaba ser percibido como afeminado, o directamente gay, rara vez sentí que los otros luchadores pusiesen en cuestión mi masculinidad. Esa clase de intercambio me entristecía.

«Si educas a las personas para que actúen contra su naturaleza, que es mostrarse afectuosas, conectar con otros seres humanos ;—me dijo Way—, si las educas para que crean que hay algo malo en esa parte de su humanidad,

¿por qué debería sorprendernos que, al crecer, tantos de esos seres humanos se comporten de un modo desquiciado?»

He ahí la pregunta. Las palabras de Way proporcionan un inquietante contexto para uno de esos extraños momentos de la historia del boxeo, una rueda de prensa del año 2002 en la que Mike Tyson empezó a gritarle frenéticamente a un periodista que había dado a entender que Tyson necesitaba una «camisa de fuerza»: «Voy a follarte hasta que me ames, maricón».

Si buscan el vídeo en YouTube y lo detienen en ese momento, apreciarán el sobresalto en los hombres que lo rodean, los promotores y los acólitos, impactados por Tyson —el niño de Brownsville con un leve defecto del habla y gafas que aprendió a pelear el día en que un matón mayor que él le partió el cuello a una de las palomas que Tyson había criado con tanto cariño; el adolescente sin padres al que un entrenador fracasado, Cus D'Amato, sacó del reformatorio, lo llevó a vivir con él a su mansión al norte del estado y lo transformó en el boxeador más feroz que ha existido («Era como su perro», declaró Tyson); el luchador que lanzaba cada uno de sus puñetazos «con malas intenciones», que dijo que D'Amato le había entrenado para ser «totalmente fiero, en el ring y fuera de él»—, los hombres a su alrededor parecen conmocionados al ver en lo que se había convertido, como si se tratase de una anomalía y no de un hombre construido, al igual que el monstruo de *Frankenstein*, siguiendo una larga historia de expectativas masculinas, como si no se comportase exactamente como habían diseñado que lo hiciese.

«Ya no soy un animal —declaró en 2005 tras acortar su último combate—. Esto ya no me gusta.»

En el documental de 2008, dijo: «Solo quiero ser un ser humano decente. Sé que puedo serlo».

Pero en 2013, Tyson declaró que había estado «a punto de morir» debido al alcoholismo y que había mentido cuando declaraba estar sobrio. «Me odio a mí mismo —dijo en una sala en silencio, sin bravuconería alguna—. A veces soy una mala persona y hago cosas malas. Quiero que me perdonen.»

En 2014, declaró a *The Guardian*: «Me rendí». Llevaba cinco meses sobrio y habló abiertamente sobre la tristeza que había sentido en 2009, tras la muerte de su hija de cuatro años, Exodus. Se puso a llorar.

«Tal vez estoy progresando», le dijo al periodista. Pero para entonces tenía ya cuarenta y siete años. Mike Tyson, cuya manera de definirse y su condicionamiento se habían desarrollado enteramente, para nuestro regocijo, alrededor de un concepto que era justo lo opuesto al verbo *rendirse*.

¿Había cambiado? En 2015, formaba parte de la exigua minoría negra de famosos que apoyaban a Donald Trump en su campaña presidencial. Declaró en *The Daily Beast* que se había sentido atraído por la voluntad de Trump de ganar y que había descubierto —con gran tino— que compartían algo fundamental en su manera de enfrentarse al mundo.

«Somos iguales —dijo definiendo la masculinidad tóxica mejor que cualquier sociólogo de los que habían hablado conmigo—. Un ansia de poder, un impulso hacia el poder. En cualquier terreno que estemos, tenemos que tener poder. Así es como somos.»

«Quiero que me perdonen» refleja un sentimiento bastante distinto de la resignación que implica el «Así es como somos». El cómico y brutal proceso de autoconocimiento de Tyson supone un inconveniente y complicado recordatorio de las profundidades que atesora la peor cara de la masculinidad.

No es la historia de un regreso. Es un relato que sirve de advertencia.

• • •

*Estar contra las cuerdas* se ha convertido en una metáfora para explicar casi cualquier derrota, desde las del amor hasta las del mundo de los negocios, pero en el boxeo, como en la vida, los luchadores con una buena defensa pueden asumir golpe tras golpe, reuniendo fuerzas en sus cuerpos incluso cuando están al descubierto, manteniéndola hasta que se revuelven y atacan con una combinación letal. *Estar contra las cuerdas* es el cruce de caminos

que entraña la crisis, y los mejores combates se ganan desafiando las probabilidades.

Contra las cuerdas, como cuando murió mi madre. Jess y yo estábamos empezando a salir y ella me vio relacionarme con toda mi familia, lidiar con las cuestiones legales, las indicaciones médicas, el amoníaco en el cerebro de mi madre. Jess respondía al teléfono cuando la llamaba desde la cafetería del hospital, se reía de las historias que le contaba sobre cómo le llevaba queso a hurtadillas a mi madre. Se vieron una vez, en aquella horrorosa residencia de ancianos de Pennsylvania, y Jess la escuchó contar hermosas historias sobre la carrera como jugador de hockey de mi hermano y de su carrera artística, porque creía que yo era Brett. No la corregí, y recordé las historias para él, todo lo que nunca le había dicho, encerradas en su interior. Cuando nos fuimos aquel día, mi madre emergió de la confusión mental en la que se encontraba para decirle a Jess que la quería. Jess, sin pensárselo dos veces, le respondió: «Yo también te quiero».

Jess me dijo que sabía que se casaría conmigo por el hombre que yo era entonces. Nunca había deseado tanto darme por vencido, ni después de una infancia de abusos sexuales, ni después de que me apuntasen con una pistola, ni durante mi transición, cuando casi todo el mundo sabía que me estaba cayendo a pedazos como si estuviese mudando la piel. Me quedaría en mi tejado, fumando cigarrillos a escondidas y hablando conmigo mismo o con mi madre, pensando que tal vez debería saltar desde allí. Estar contra las cuerdas: llamé a mi mejor amiga de la infancia, a mis nuevos amigos de Nueva York, a mi terapeuta. Pedí ayuda una y otra vez con mi cuerpo de hombre, y mi rabia se diluyó contra los cuerpos que me abrazaron.

«Un paso al frente», me decía Danny sin descanso, pero lo que yo oía era que tenía que pelear.

Él me empujaba contra las cuerdas, siempre, hasta que vi una grieta y me sorprendí a mí mismo haciendo lo que me había enseñado: me volteé, pivoté y le golpeé directamente y con fuerza en la cabeza. Desperté.

«¡Eso es! —gritó—. ¡Allá vamos, maldita sea!»

En las peleas de entrenamiento yo era «Tommy»; acepté la violencia diseñada para mantenerme a salvo; pedí ayuda para pelear por mi cuerpo y otros hombres accedieron a prestármela sin demora.

La vulnerabilidad era una elección, un riesgo, algo íntimo, tanto en el ring como fuera de él. Como decirle a Danny que cuando me ponía nervioso me paralizaba o como cuando Jess sostuvo mi cabeza con sus manos para estudiar el tono púrpura de mi primer verdadero ojo morado y me preguntó: «¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?». Tuve que contenerme para no pavonearme o encogerme de hombros, pero lo logré.

¿Me quedaría paralizado? ¿Fracasaría ante cientos de personas? Danny me había pasado el brazo por encima del hombro y me había dicho: «No lo harás».

Yo también le pasé el brazo por encima del hombro a Jess, sin fingir valentía. «Tengo miedo —le dije con sinceridad—. Pero estoy bien.» Temía que reconocer mi miedo provocase que se sintiese menos atraída por mí.

Pero me quería, así lo creía yo, y ahora todavía un poco más.

• • •

El deseo supone una paradoja para todo el mundo, pero durante la mayor parte de mi vida mi cuerpo solo resultaba deseable cuando fingía ser algo que no era.

«Eres como un tío, pero mejor», me dijo una chica en el bachillerato —su novio era el capitán del equipo de fútbol— justo antes de enrollarnos. Al año siguiente, salí a escondidas con la reina de nuestro baile de vuelta a casa. Esa cantinela —lo de ser como un tío, pero mejor— me acompañó durante la universidad, encontré mi propia manera de pavonearme, vendándome el pecho y pasando todo un verano como mozo en el legendario bar de lesbianas, ya

cerrado, Meow Mix. Mi tipo de mujeres eran las que no solo salían con hombres, sino las que no eran del todo felices con ellos.

Y había un montón de ellas.

Por aquel entonces, mi masculinidad me resultaba más evidente y más clara; era una solución, no un problema. Ser un intruso me permitía ser reconocible («como un tío»), pero me evitaba tener que lidiar con todo el bagaje que entrañaban las cuestiones de género («pero mejor»).

Al ir creciendo me di cuenta de que sentía poca empatía por los hombres. Sus problemas eran triviales comparados con los que tenían que afrontar las mujeres de mi vida, quienes, al igual que yo, habían sido abusadas por sus padres o violadas o forzadas a tener relaciones sexuales. Todas las mujeres que conocía se habían sentido acosadas sexualmente con una obscena frecuencia. *No cabía duda de que querían quedar conmigo*, pensaba. No resultaba tan difícil ser una persona cariñosa y decente, y tampoco cabía duda de que uno podía pasar toda su vida sin violar o acosar a nadie. Los «tipos amables» de los que era amigo se burlaban de mí diciéndome que era un quejica y un sensiblero. Yo era «amable», me decía, y no tenía problemas para conseguir citas.

Cuando mi transición dio comienzo, pensé que podía seguir siendo «mejor». Incluso a pesar de cambiar el ser «como un tío» por el serlo realmente. Para lo que no estaba preparado, cuando empecé a inyectarme testosterona, fue para ver cómo el filtro que suponía mi cuerpo iba a cambiarlo todo.

«¿Eres feminista?», me preguntaban mis citas con las cejas alzadas. Sabía a qué sonaba exactamente.

De ese modo se inició el peor año de citas de mi vida. Al intentar darles a entender que yo no suponía una amenaza, torpedeaba mis primeras citas y arruinaba el flirteo. Antes de eso, amplificaba mi masculinidad con una actuación irónica. Pero entonces empecé a empequeñecerme, temeroso de espantar a mis citas de Tinder, equivocándome siempre, incapaz de moverme

del modo adecuado, desconcertado por unas normas que no había llegado a aprender; todo me parecía un campo de minas. «¿Quién paga en la primera cita? Ya nadie lo sabe», leí en un titular de *The Wall Street Journal* que parecía haber captado mis temores. Le daba demasiadas vueltas a todo. El tema del dinero, desde la perspectiva de género, hacía que pagar a medias pareciese injusto, pero yo tampoco quería verme asociado a la antifeminista presunción de que iba a pagar por ser hombre. «El que pregunta es el que paga», me dijo simplemente un amigo gay intentando ayudarme. Pero eso me pareció una reliquia del pasado.

Después estaba la rareza de quedar a través de aplicaciones del móvil y la extraña vergüenza de mi polla y de cómo explicar la cuestión. Intenté decírselo a las mujeres en la primera cita. Antes de la primera cita. En la tercera cita. «Todo el mundo es rechazado, ¡en eso consiste salir con gente!», me decían los demás, lo cual no me ayudaba gran cosa. Quedaba con mujeres que habían salido con hombres trans, pero esa clase de encuentros me parecían desconcertantes. Antes había usado mi cuerpo para romper las reglas de un lenguaje que yo no tenía por qué hablar («pero mejor»). Mi nueva manera de salir con mujeres se parecía más bien al juego del teléfono. Probaba diferentes personalidades, copiadas de películas y de series de televisión, alejándome un poco más de la verdad con cada nuevo intento.

Cuando ya llevaba unos meses practicando esa nueva manera de salir, una amiga bien intencionada que conocía desde hacía mucho tiempo me advirtió que estaba mostrándome «demasiado vulnerable» con las mujeres con las que quedaba. Estábamos en un bar gay y la conciencia que tenía de mí mismo en este nuevo cuerpo había borrado claramente la confianza en los primeros besos y los flirteos directos de las chicas que pasaban por mi antigua vida.

«No es sexy», se limitó a decir. Mi Yo anterior de las primeras citas — directo, confiado, romántico— ahora se mostraba como un depredador. Esa vulnerabilidad que mi amiga había detectado en mí era mi deseo de conectar, de despojarme de pretensiones.

Así pues, dejé las aplicaciones de citas y de intentar impresionar a las mujeres heterosexuales a las que temía acabar asustando debido a mis tonterías. Asumí que si no era capaz de encontrar a alguien que quisiese tocarme, tocarme de verdad, nadie volvería a tocarme nunca.

• • •

Recientemente intervine en unas jornadas sobre masculinidad ;y feminismo. Hacia el final de una larga charla con intervenciones de los asistentes, una mujer alzó la mano y comentó: «Durante todo el rato de la charla, he estado pensando en el tipo de hombres que suelen atraerme: motociclistas musculosos a los que les encanta discutir conmigo sobre todo aquello en lo que creo. — Tras un molesto silencio, retomó su intervención—: No entiendo cómo va a cambiar nada si sigo quedando exactamente con el mismo tipo de hombres que no quiero ni ver».

Varias personas asintieron. Yo le dije que la entendía perfectamente.

Sarah DiMuccio, una investigadora norteamericana que se estaba doctorando en la Universidad de Nueva York, había publicado un artículo en *Psychology of Men & Masculinity* que ofrecía una sencilla definición cultural del tipo de hombría que se casaba conmigo. Al comparar la idea de masculinidad que se tiene en Dinamarca con la que se tiene en Estados Unidos, descubrió que la principal diferencia radicaba en que los hombres daneses decían «ser un hombre» en relación con no ser un niño.

Los hombres norteamericanos decían «ser un hombre» como lo opuesto a ser una mujer.

Ahí es donde empiezan todos los problemas, según Niobe Way. Si ser «femenino» es lo opuesto a ser un hombre, entonces muchas de las cualidades que los norteamericanos asocian a las mujeres (como la empatía, que es propia tanto de niños como de niñas) no solo se ponen en cuestión durante la infancia, sino que se destruyen. «Se aprende a ser un hombre dejando de ser

una mujer —me dijo Way—. Eso supone basar tu humanidad en la deshumanización de otra persona.» Pensé en los hombres de verdad y en la búsqueda de aprobación. Conocía esa Norteamérica a un nivel muy íntimo.

Ni siquiera quienes estudian la masculinidad son inmunes a las mismas explicaciones tóxicas que ellos se esfuerzan por eliminar. DiMuccio, que nació en Estados Unidos, tiene un prometido danés y dice que tuvo que luchar durante un tiempo con la indiferencia de su prometido respecto al machismo norteamericano. Aun así, y al igual que muchos de nosotros, ella no imaginaba que reaccionaría de ese modo: «Si alguien me hubiese preguntado: “¿Un hombre sensible te resultaría excitante?”, nunca habría respondido que sí. Me llevó mucho tiempo desactivar un tipo de socialización que ni siquiera sabía que tenía en mi interior».

Pensé en la mujer que me dijo que me mostraba demasiado vulnerable, en el fracaso que eso implicaba, y en el largo y seco periodo que vino después. Era un cálculo terrible, pero una vida en soledad me parecía mejor que vivir de forma deshonesto. No salí con nadie durante mucho tiempo.

• • •

La noche en la que Jess y yo nos conocimos, cuando llevaba mucho tiempo ya sometido a mi autoimpuesto parón romántico, no se pareció en nada a mis desastrosos falsos inicios con otras mujeres. Nos presentó una amiga y estuvimos hablando animadamente durante dos horas en la pista de baile de una fiesta que habían montado en un almacén en Bushwick. Fui trayendo ronda tras ronda de Jack Daniel's con Coca-Cola, intentando disimular lo nervioso que estaba y manteniendo la boca cerrada mientras ella me explicaba divertidas historias sobre lo que había supuesto para ella crecer en Connecticut. Era encantadora y me hablaba con un tono de voz muy familiar, como si me hubiese conocido en la época de mi Yo anterior. Así que volvimos

a quedar otro día. No sabía qué hacer con mis manos mientras la noche avanzaba e iba notando el peso de su interés.

«Mientras hablábamos en aquella pista de baile, me confundiste un poco», me confesó años después. Una confusión que, para mi suerte, también le resultó «un poco intrigante».

Pero recuerdo lo cómoda que se sintió a mi lado aquella noche, por eso finalmente reuní la valentía suficiente como para pedirle una cita de verdad. En estos años hemos tenido que afrontar ciertas expectativas, y también echarlas abajo, en relación con el género, como cuando me dijo que a menudo yo intentaba calmar sus preocupaciones relativas al trabajo dándole consejos, en lugar de limitarme a escucharla. Tener una cita con una mujer siendo hombre generaba toda una serie de capas entre nosotros que nunca antes había experimentado, y nos llevó algo de tiempo acostumbrarnos.

«Cuando yo comento algo sobre el hecho de ser mujer, casi siempre se trata de un asunto político —me explicó Jess en una ocasión—. Para mí, el género no es lo único que quiero que la gente conozca de mí, porque más o menos coincide con cómo me siento. Pero cuando siento una mayor rigidez en la visión de género respecto a mis expectativas, en realidad no se trata nunca de una cuestión de género. Se trata más bien de sentirme fuera de control. A todos nos han criado para creer que el género es algo fijo en la vida, pero no es así.»

Cuando nos conocimos, Jess me dijo que le atraían las personas, no los cuerpos. Pero cuando le pregunté qué le había atraído de mí, y si tenía algo que ver con mi masculinidad, me vi reflejado en su respuesta.

«Tu sensibilidad y tu ternura me resultaron muy masculinas —me dijo, llevándome a recordar la conversación que mantuve con aquella amiga tiempo atrás—. Al ver que te mostrabas tranquilizador, que suavizabas las situaciones, entendí que eras fuerte.»

Incluso a esas alturas, Jess no creía que fuese «como un tío, pero mejor», lo cual casi me resultaba inconcebible. Ella creía que yo era el hombre que quería ser. Punto.

• • •

Mi particular «crisis de masculinidad» empezó a resolverse cuando empecé a hacer aquello que se suponía que los hombres no hacían: preguntar, arriesgarme a exponerme, buscar ayuda, ponerme de acuerdo con las mujeres, comprometerme con una versión flexible de mí mismo.

Curiosamente, eso hacía que me sintiese más cómodo con el hecho de ser hombre. *Duro y blando*, pensaba todo el tiempo. Sabía que ese mantra me ayudaba a explicarme quién era. Pero no fue hasta que Chris se pasó por mi oficina en Union Square cuando descubrí que, gracias a mi actitud, también era capaz de apreciar un mayor número de matices en los hombres.

Llegó en su moto y hablamos de hacer rutas a campo traviesa, y de que era un adicto a la adrenalina, y de cómo había empezado a boxear. Al igual que me ocurría con Stephen, había dado por hecho que su familia era rica, debido a su centelleante dentadura y a lo sencillo que le resultaba hablar de cuestiones económicas, pero me dijo que había crecido en una vivienda de protección oficial en las afueras de Toronto y que se había mudado muchas veces esos años. Había trabajado como portero de discoteca y a veces incluso había sido él quien buscaba pelea. «Permitía que pasasen cosas que no tenían por qué pasar porque quería meterme en las peleas», me dijo.

Boxear cambió su manera de entender dichas peleas, me explicó. «El caos está controlado y te ves obligado a afrontar lo que tienes delante, porque el ring no es tan grande.» Al contrario de lo que ocurría en las confusas peleas callejeras, todo se ralentizaba. «Tienes tiempo para preguntarte: “¿Quién soy yo?”. Y para decir: “Noto mi adrenalina, y a qué responde eso, y por qué estoy reaccionando de esta manera”.»

Poco a poco yo iba sintiéndome del mismo modo: como si esa olla a presión que tenía en mi interior pudiese enfriarse sin perder su fuerza y en el proceso pudiese verme a mí mismo. Sabía que se debía al modo en el que

pelear en los entrenamientos había transformado una amenaza en un juego; algo íntimo, como cuando los cachorros juegan.

Pero seguía siendo peligroso y a veces me olvidaba de hasta qué punto asumía riesgos cada vez que me subía al ring. Una noche, un mes antes del combate, Stephen me estaba acosando a golpes y yo apenas encontraba oportunidad para lanzar alguno de los míos: una derecha aquí, un jab a los riñones allá. Seguía siendo muy malo, pero estaba aprendiendo a esquivar, a esquivar los puñetazos. A mí me parecía que estaba progresando.

Escuché el desagradable chillido de Stephen antes de darme cuenta de que había caído a la lona. Danny saltó al ring y se arrodilló a su lado. Stephen tenía agarrada su propia rodilla contra el pecho, tumbado sobre la espalda, haciendo toda clase de ruidos que yo jamás había oído de boca de un hombre. No era exactamente como si llorase, pero sonaba a algo parecido. Era el sonido que hace un hombre que quiere llorar pero que no puede.

Danny le ayudó a ponerse en pie y Stephen se apoyó en él para salir del ring mientras yo miraba. «¿Estás bien?», le pregunté y pude ver que Stephen se encogía a modo de respuesta.

«Estaba en recuperación por este tobillo, me lo rompí hace unos meses», dijo doblándose de dolor. Nunca antes lo había visto expresar una emoción que no fuese alguna clase de variación de su jocosos orgullo. Pude apreciar, cuando le tendí la mano, que eso era lo que todos sus gestos y su voluntad de aparentar pretendían esconder.

Pedí un coche para irnos a casa: él vivía a escasas calles de mi apartamento. Durante el trayecto, para distraerlo, le hice un millón de preguntas sobre su trabajo, que por lo visto tenía algo que ver con crear algoritmos para la gestión del dinero; yo no entendí nada de lo que me contó.

Cuando llegamos a su apartamento, cargué con su bolsa y él me pasó el brazo por encima de los hombros. Era un dúplex, a tiro de piedra de mi diminuto estudio, en un edificio en el límite de Chinatown. Tenía tarima, mobiliario de cuero, un perro enorme y un desgarrado compañero de piso

llamado Ed, que también estaba aprendiendo a boxear. Dejé a Stephen sobre el sofá y le pregunté si necesitaba algo, tal vez algo de hielo del congelador, pero me ignoró.

Iba a pelear, dijo; no sé si a mí o solo para sí mismo. Aunque tal vez necesitase algunos días de reposo. Intenté no sentirme agradecido por verme privado de tener que pelear con él en los entrenamientos. Le eché un vistazo a aquel enorme apartamento y me pregunté si su compañero se ocuparía de él.

«Gracias, Thomas.» Stephen me hizo su característico gesto jovial con la mano para despedirse. Así que me fui, dejándolo allí tirado en el sofá de aquel oscuro apartamento, solo con sus impronunciables y urgentes sueños.

«Nos vemos mañana», dije con una ternura que él podría entender.

«Seguro», me respondió, y después cerré la puerta.

• • •

El tiempo empeoró. Me ponía una chaqueta para la larga caminata que suponía ir y volver del gimnasio. Mis músculos se endurecían con el frío. Stephen no iba a poder entrenar durante al menos una semana, y Elvis y Kenny no andaban por allí aquel sábado cuando me encontré con Danny en el gimnasio. El compañero de piso de Stephen, Ed, se colocó a mi lado y Danny nos explicó que íbamos a pelear uno contra el otro. Mientras nos vendábamos las manos y cerrábamos las tiras del velcro para ataviarnos, podía oler su nerviosismo; yo lo inhalaba como un estimulante.

Cuando sonó la campana, se mostró asustadizo. Yo hice lo que Danny me había enseñado: dentro y fuera, golpear y moverse. Esquivé los duros golpes de Ed y le golpeé sin excesiva fuerza en la cabeza. «¡Al cuerpo, Tommy!», gritó Danny. Ed miró a Danny sintiéndose traicionado, pero es que él no era el único al que estaba entrenando. Lancé mis golpes, pero recibí también algunos en las costillas. A pesar de sus centímetros de más, me sentí como si yo fuese

más grande. *Así es cómo te sientes cuando vas ganando*, pensé, exultante, hasta que me fijé en la mirada abatida de Ed.

Un objetivo legítimo.

Intenté calmarme, pues me sentía avergonzado. Del mismo modo en que mejores boxeadores que yo me habían aconsejado, le dije, mientras nos sacábamos los protectores de cabeza y bebíamos agua: «No subes las manos para cubrirte la cara». Las críticas después de una pelea se consideraban una especie de regalo, un gesto amable que no siempre se producía pero que siempre era bien recibido. «Y estás quieto mucho rato. Asegúrate de moverte después de lanzar un golpe que no ha dado en el blanco. Y si ha dado en el blanco, sigue golpeando hasta que ya no puedas más.»

Ed asintió y chocamos los guantes. «Tienes una envergadura alucinante —añadí—. Un directo de derecha y podrías noquearme al instante.» No le dije que creyese en sus golpes. No lo conocía lo suficiente como para eso.

«Estoy trabajando en ello», me dijo, y entonces Danny nos indicó que volviésemos al tajo. Ed lanzó un hermoso y limpio rechazazo que impactó en el centro de mi frente y que me hizo retroceder y, justo después, lanzó una dulce combinación a mi vientre.

«¡Muy bien, Ed!», gritó Danny y yo asentí a modo de reconocimiento. Sabía qué estaba sintiendo Ed. Tras nuestro último asalto, abracé brevemente su cuerpo huesudo y después volví al ring con Danny.

«Vamos allá», dijo Danny a través de sus guantes pidiéndome que avanzase.

Más tarde, esa misma noche, estuve golpeando las almohadillas que Danny sujetaba con sus manos, también golpeé el protector de su torso y él respondió dramáticamente, como si le hubiese hecho daño de verdad. Me sorprendió que los hombres tuviesen que volver a aprender a dejarse tocar y también a tocar a los demás. Lo observé rotando y pensé que era muy generoso por parte de un campeón de boxeo, altruista incluso, mostrarse tan poco egocéntrico como para devolverle la dignidad a un tipo.

• • •

Poco a poco fue creciendo mi esperanza de crear un puente entre quien yo había sido *antes* y quien era *después*, como si se tratase de una relación binaria. No es que hubiese cruzado una línea mágica, sino más bien que mi vida había explotado, generando cambios del mismo modo confuso en el que la mayoría de la gente lo hacía. Esa era la cruda verdad. Había cambiado, pero también seguía siendo el mismo, y de mí dependía aprender a construir un nuevo yo con el material que tenía a mi disposición. «Hemos sido criados del mismo modo —le dije a Jess—. No soy tan diferente a ti.» Ambos sabíamos que era cierto y, sin embargo, ya no era verdad, o no era exactamente así.

A veces me daba la impresión de que ella me conocía mejor de lo que nadie lo había hecho nunca, como si me conociese de toda la vida, pero no había compartido esa vida conmigo y no podía entenderla. Cuando me vio, tan solo vio a Thomas. Cuando nos enfadábamos, ver mis músculos y mi barba eran para ella una pesada carga.

Jess estuvo conmigo cuando la muerte apartó a mi madre de mi lado, a mi madre y a la niña que ella dio a luz, ese yo que ella había tratado durante treinta años antes de morir.

Jess soñaba con mi madre justo después de su muerte y en los sueños le daba mensajes para mí. Jess se volvía hacia mí y apoyaba su cabeza en mi pecho, me escuchaba y me tocaba. Jess, con la que me habría casado esa primera noche, cuando sacó la carta de los Amantes de mi baraja del tarot y dijo, con mucha calma, casi como para sí misma: «Maldita sea». Jess, que también lo sabía. Jess, que veía cómo me libraba de mis cosas húmedas y animalescas, ante quien podía mostrarme desnudo.

Jess, que me encontraba hermoso.

Me llevó tanto tiempo darme cuenta de que, para ella, durante el resto de su vida, ese Thomas le bastaba.

• • •

Mi madre, física de formación, me enseñó que el tiempo era una dimensión. A medida que se aproximaba el combate, golpeaba el saco y lo golpeaba y lo volvía a golpear hasta que entraba en trance. Sentía mi cuerpo presente para todos los cuerpos que me rodeaban y para todos los cuerpos que había conocido, y finalmente encontré una perfecta y extraña paz en todo ello.

Ese sentimiento se manifestaba en situaciones inesperadas, como cuando los chicos que regentaban el gimnasio de la calle Church hacían sonar a todo volumen esa horrible canción de los noventa, *Closing Time*, a las nueve y media, cada noche. Ese tema me retrotraía a mi último año en la universidad, cuando iba de aquí para allá en mi Dodge Intrepid junto con mi mejor amiga lesbiana. Íbamos al club gay donde bailábamos casi todos los viernes. El Pegasus finalizaba la noche con *Last Dance*, de Donna Summer. En el gimnasio, al escuchar aquella música, podía sentirme como un hombre agotado, mientras golpeaba el saco, pero también como un adolescente sudando fervorosamente, mezclado con la masa, entre relucientes drag queens y machos en pantalones caqui y jovencitos vestidos de Diesel y maduritos ataviados con cuero.

«Pum, pum, pum.» El olor del sudor. Los programas nocturnos de radio en el largo camino hasta casa. El gorgoteo del estómago de mi madre cuando la rodeaba con mis pequeños brazos. «Tienes un corazón de oro», la oía decir una y otra vez. Danny desató mis guantes y me sonrió; teníamos las caras húmedas de sudor. Tanta gente me tocaba, haciendo que me sintiese humano otra vez. A veces lloraba sin saber por qué. *Quién sabe*, pensaba. *Tal vez Danny también lllore.*

La mayor parte de las noches, cuando empezaba a sonar la canción, los únicos que quedábamos en el Church's éramos Danny, Stephen y yo. Los otros tipos se habían quitado sus sudaderas y se habían ido a casa, y yo entraba en el vestuario y estaba solo, a excepción del tipo que esperaba fuera para limpiar y

me gritaba desde el otro lado de la puerta: «¡Cinco minutos!». Entonces me desnudaba y me volvía hacia el espejo que había encima de los lavamanos, fijándome en el aspecto de mi cuerpo sin añadidos o sustracciones, una mezcla de tatuajes y piel y vello, y pensaba que realmente era un hombre hermoso, debido a las vidas que había vivido, no a pesar de ellas.

## ¿Qué tiene de malo perder?

«Pareces un genio con los mitones», me dijo Danny a inicios de noviembre. Aunque no era cierto, a medida que el combate se aproximaba resultaba más sencillo comprobar que estaba mejorando, incluso cuando perdía. No se trataba tanto de lanzar más golpes o de saber cómo esquivarlos, sino de la toma de decisiones a la hora de retroceder sin dejar de moverme, aunque siguiesen arrinconándome. Se trataba de aprender un lenguaje que iba más allá de ganar o perder. Pensaba con frecuencia en el día en que tuve que pelear contra Eric. Sentirme apoyado de ese modo fue mi iniciación a una masculinidad diferente, bastante más compleja, menos frágil y con mucho más sentido del que podría haber imaginado.

Tres semanas antes del combate, Stephen casi estaba en forma para pelear y, a pesar de que seguía poniéndome muy nervioso subir al ring con él, me sentía preparado para hacerlo en cuanto Danny decidiese que era el momento adecuado. Entretanto, Danny le hacía entrenar con Kenny, que daba vueltas bajo sus golpes amistosamente mientras yo observaba con admiración. Estaba tan fascinado por su baile que no me di cuenta de que había llegado Chris, con su habitual vestimenta, hasta que nos pidió a Danny y a mí que fuésemos junto a las banquetas donde los boxeadores dejaban sus bolsas y sus guantes y sus vendajes. Aquel día hacía un frío brutal, era el primer anuncio del invierno, a pesar de que en el gimnasio seguía imperando la humedad tropical y el sudor se condensaba en los sacos y pendía del extremo de nuestros guantes. Hacía que todo estuviese resbaladizo.

«Eric todavía no está en su peso —nos dijo Chris tranquilamente a Danny y a mí con un tono de voz solemne y un tanto suplicante—. ¿Crees que puedes

subir tú de peso?»

Miré a Danny y este negó enfáticamente con la cabeza. Adquirir peso antes de un combate te hacía más lento, y mi mayor ventaja era la rapidez. No iba a ganar peso.

«Ni hablar —dijo convencido—. Eso no va a pasar.»

«¿Cuánto pesas ahora?», me preguntó Chris.

Me ruboricé. «Sesenta kilos.»

«Mierda.» Estuvimos un rato sumidos en un incómodo silencio. Esperé, observando a Stephen y a Kenny entrenar; Kenny esquivaba con gracia las brutales arremetidas. El chirriar de sus zapatillas creaban un eco que se convirtió en una especie de sinfonía para mis oídos.

«Haremos que llegue a los sesenta y uno y medio el día del combate, tal como prometimos», dijo finalmente Danny. Ese había sido nuestro compromiso, y Danny se puso manos a la obra con el asunto en cuanto se convirtió en mi entrenador. Había perdido algo más de dos kilos de líquido en los últimos meses, así que recuperarlos era cosa mía. Eric también tenía que cumplir con lo suyo. «Beberá agua, no te preocupes por eso.» Nunca había visto a Danny así, ensanchando los hombros, sin parar.

Eric había accedido meses atrás a perder cuatro kilos y medio para pelear conmigo. Chris tenía que estar desesperado para haber venido a preguntarme. Cuando se fue expresé abiertamente mi preocupación acerca de la posibilidad de que suspendiesen nuestro combate.

Danny, imperturbable, tenía en la mano mi protector bucal. Lo limpió con un chorro de agua de la botella y me lo pasó para que lo sostuviese sobre mi guante. Quiso ver en la situación una ventaja: «Dejemos que pierda peso justo antes del combate. —Danny sonrió—. Veremos cuánta energía le queda.»

Asentí, pero me resultaba difícil pensar en mi peso teniendo en cuenta que se aproximaba rápidamente la fecha en la que iba a salir de cuentas la mujer de mi hermano menor. Resultaba un tanto incongruente que fuera a ser Brett el primero de nosotros en ser padre y, además, justo en la otra punta del país.

Cuando me trasladé al oeste, hacía ya una década, mi madre había quedado devastada por la distancia. Ahora había vuelto, pero ella ya no estaba, y los hermanos todavía estábamos dispersos por ahí, sin centro alrededor del cual orbitar.

Danny me palmeó el culo y saltó al ring con Stephen. «Tommy, observa», me dijo Danny.

Entendí que estaba imitando mi estilo o, en cualquier caso, el estilo con el que él me había enseñado a pelear: rápido, entrar y salir. Cuando Stephen atacaba agresivamente, Danny se hacía a un lado y lo golpeaba. Pude apreciar el mundo que habíamos creado, el sudor y las gomas, pero yo no dejaba de pensar en Oakland y en el hombre que me asaltó hacía ya muchos años. Estaba pensando en mi Yo anterior y en todas aquellas cosas que nos quitan y que no podemos recuperar. A veces Danny mantenía la guardia alta y me hablaba a través de los guantes mientras Stephen le lanzaba golpes: «Fíjate, Tommy, no me está haciendo daño. Estoy observándolo. Espero mi oportunidad».

Me gustaba ver cómo Danny se sentía a gusto incluso cuando lo estaban golpeando. Podía ver el blanco de sus ojos. Parecía muy muy tranquilo y eso sacaba de sus casillas a Stephen. Danny se protegía de cada uno de los golpes, esquivó incluso un gancho, entonces Stephen se lanzó a golpear sin descanso, llevándolo hasta las cuerdas antes de parar, justo cuando sonó la campana.

Danny se me acercó recuperando ligeramente el aliento. Stephen lanzó un grito animalesco, medio en broma, sonriendo como siempre. Estaba totalmente sudado.

«¿Lo has pillado? —me preguntó Danny—. Con tipos como este tienes que usar su energía en su contra. Te presionan hasta que aprenden a temerte. Deja que arremeta con todas sus fuerzas, deja que te lleve hasta las cuerdas. Una vez que lo tengas, devuélvele los golpes con el doble de fuerza.» Sabía que se estaba refiriendo a Stephen, que no dejaba de dar saltos en su esquina, pero me hizo pensar en muchos otros hombres, hombres que usaban sus cuerpos como armas fuera del ring; hombres que antes me daban miedo, pero ya no.

Miré a Stephen, preparándose mentalmente con su estilo animalesco, intentando dar la impresión de que no le afectaba el preciso análisis psicológico que Danny había llevado a cabo sobre él. Tal vez también acabase siendo una lección para Stephen. No podía engañarnos a ninguno de nosotros.

*Closing Time* sonó como un canto de sirena. Entendí al sacarme los vendajes que mi ventaja no radicaba en ser novato, sino en el hecho de ver, de ver realmente, que no era el único.

«Has recibido mucho y no has reaccionado», me dijo Danny; se trataba de un cumplido.

¿Había perdido? ¿Quién sabe? Si el boxeo me había enseñado algo era que ganar y perder quedaba en manos de los jueces, de decisiones tomadas en un segundo, de momentos puntuales, y de sistemas pensados a favor o en contra de nosotros antes de que naciósemos. La suerte no era suerte. Y tan solo rara vez dependía del momento oportuno.

«Un luchador pelea contra sí mismo», decía Danny una y otra vez, como un martillo pilón. Eso me llevaba a recordar los tres conflictos principales en cualquier narración, los que había aprendido en la clase de inglés en el bachillerato: hombre contra hombre, hombre contra la naturaleza y hombre contra sí mismo.

Los dos primeros tenían sentido únicamente en el contexto del tercero. Danny estaba en lo cierto, pensaba a menudo, y muy especialmente cuando practicaba combate de sombra. Me colocaba frente al espejo o esquivaba conos naranjas en el suelo imaginando otra versión de mí mismo, el hombre que yo creía que tenía que ser, el hombre con el que peleaba, el hombre que era. No intentaba golpearlo; intentaba salvarlo.

• • •

A menos de dos semanas para mi combate me subí a un avión camino de San Francisco. No hizo falta que Danny me dijera que ese plan no le iba nada bien

a mis perspectivas como boxeador. Pero mi pequeña familia y yo habíamos tenido que afrontar, tras la muerte de mi madre, una pelea mucho mayor que a la que yo me iba a enfrentar en el Madison Square Garden. Por ese motivo, mi hermana, mi cuñado, Jess y yo volamos a San Francisco para estar cerca de mi hermano, cuyo hijo estaba a punto de nacer, porque iba a ser el nieto de mi madre y porque ella no estaría allí para verlo.

Sabía perfectamente que ni los *sprints* ni los abdominales ni los diez kilómetros que tendría que correr compensarían los seis días de entrenamiento que me iba a perder. Antes de eso había tenido que pedir disculpas y centrarme en mi objetivo. Pero la esencia de aquello en lo que se había convertido el experimento boxístico me llevó a hacerme toda una serie de preguntas en el avión: ¿Qué tipo de hombre era? ¿Por quién estaba peleando?

La inquietante parábola que se suponía que era la autobiografía de Mike Tyson, *Toda la verdad*, resultó ser una lectura extrañamente profética durante el vuelo. Es un texto trágico, un repugnante alegato contra lo peor de la masculinidad y de las maquinaciones del deporte. Ofrece un montón de detalles sobre los inicios de su carrera como boxeador: una pelea callejera a los diez años con el abusón que había matado a su paloma. Ese momento de crueldad, sobre el trasfondo de una vida familiar marcada por los abusos, borró en él sus primeros instintos, que lo llevaban hacia la ternura, y lo empujó a una vida definida enteramente por la violencia.

Fui subrayando con un lápiz los momentos en los que se perdió a sí mismo para formar una cartografía de la que yo deseaba apartarme. «Quería ser malo —escribió en un pasaje particularmente triste—. Al malo siempre lo recuerdan, incluso aunque no logre eclipsar al héroe. A pesar de que el héroe lo mate. El malo hace que el héroe sea el héroe.»

A pesar de todo lo que aparenta, lo que hace que el malo sea el malo es que él es el héroe de su propia historia. El interés que yo sentía por Tyson radicaba en su compulsiva franqueza. Era un auténtico experto en masculinidad tóxica y tenía razón: un ganador necesita de un perdedor, y la

violencia, tanto en la guerra como en el racismo como en la violación, requiere de una historia que justifique por qué el enemigo merece ser sometido.

«Si tu humanidad implica que alguien deje de ser visto como humano, entonces no hay humanidad posible», dijo Niobe Way, la psicóloga del desarrollo. Es hacer visible una sombra. Una vez que puedes verla, la ves en todas partes. Es la historia de la violencia.

Y resulta difícil sobrevalorar el impacto de semejante lógica distorsionada en la masculinidad. Way me contó una historia que me conmocionó: en 2012 se encontró con los chicos de doce años con los que iba a trabajar en Manhattan. Fue la misma semana en la que Adam Lanza, de veinte años, había matado a su madre, después había acudido a una escuela primaria en Newtown, Connecticut, y había asesinado allí a veinte niños y seis adultos, para acabar suicidándose. Yo cubrí el tiroteo para el periódico en el que trabajaba cuando estaba en Boston. Llevaba menos de un año como hombre.

«Díganme —preguntó Way a los chicos—, ¿por qué ese muchacho ha matado a todas esas personas?»

Unos cuantos dijeron que estaba «loco».

«Pero díganme por qué está loco», insistió.

Los estudiantes reflexionaron durante unos segundos.

«Estaba solo», le respondieron al unísono tres niños de doce años con mente de principiante.

• • •

Al igual que mi camino a la masculinidad se vio oscurecido por la sombra de mi padrastro, a mi hermano le tocó afrontar el peor modelo posible a la hora de traer un hijo al mundo. Su padre era un sociópata encantador con un rítmico acento sureño y una especial afición por dispararle a los perros con escopetas de aire comprimido.

Cuando llegamos a la puerta de la casa de la familia de Brett en Oakland pudimos ver que estaba asustado. También estaba nervioso, pues agarró las maletas de todo el mundo y las subió al piso de arriba, lo cual me llevó a recordar que era mi hermano pequeño, algo que no me ocurría desde el bachillerato.

Cuando Brett y su mujer, Cristina, nos llevaron hasta la guardería de Berkeley en la que querían matricular a su hijo y mientras Brett nos hablaba de las clases prenatales y nos enseñaba los libros sobre crianza que guardaba en la que sería la habitación del bebé, entendí que mi hermano y yo saldríamos adelante; de hecho, ya éramos mejores personas que el hombre que nos crio. Pero es que ese era el tema central de la historia. Porque estaba escribiendo un libro sobre padres e hijos.

«Me siento cada vez más avergonzado —me dijo Brett en una ocasión, años atrás—. Recuerdo que estábamos sentados en la furgoneta cuando nos contaste lo que papá te había hecho, y yo me sentí sucio. Sentí, por una parte, “Ese es mi padre”, y por otra, “Soy su hijo”. He tenido que sobreponerme al hecho de ser un chico. Supongo que es la lucha de toda una vida.»

Pensé mucho en esa lucha cuando Brett se unió a mí en mis largas carreras por Oakland previas al combate, mientras hablábamos de su moderno sistema de seguridad para la casa y de cuánto le asustaba ser padre sin tener padres a los que remitirse. Tenía presente que yo era el hermano mayor, lo más cercano a un progenitor, así que le dije que iba a ser un padre excelente, que estaba seguro de ello.

Recordé la ocasión en la que fui a Napa para su cumpleaños, muchos años atrás, antes de comenzar a inyectarme testosterona y antes de que él empezase a salir con Cristina, cuando los dos éramos jóvenes y vivíamos en San Francisco. Había consultado su carta astral mientras recorríamos los viñedos. Le dije que era ascendente Cáncer y empecé a leer la descripción en mi teléfono móvil cuando fuimos a tomar un café cerca del restaurante French Laundry, rodeados por turistas a pesar de la llovizna.

«¿Y eso qué significa?», me preguntó. Podía verme reflejado en los cristales de sus gafas de sol.

«Quiere decir que eres imaginativo, y sensible, y que sabes educar bien.» Estaba en forma y era joven, y todavía daba la impresión de no tener claro cuál era su lugar en el mundo, a pesar de que ahora vivía en una ciudad después de pasar muchos años en fríos pueblos industriales. Pude apreciar, en los meses que habían transcurrido desde su llegada, que estaba empezando a encontrarse a sí mismo.

«¡Que sé educar bien! —repitió cruzando sus gruesos brazos sobre el pecho—. Sé educar bien.»

Desde mi transición he rememorado varias veces ese momento: mi sorpresa ante su entusiasmo, el orgullo en su tono de voz. Menuda recompensa debió de sentir al verse reconocido por ser el hombre que era y no por aquel en el que temía convertirse. Ahí estaba, la persona que iba a ser a partir de entonces.

Al tiempo que dejábamos atrás mis antiguos temores y sus nuevos miedos, podía ver nuestras sombras en el gimnasio y en la librería y en la cafetería de la avenida Rockridge que frecuentaba en el pasado. Mi Yo anterior ya no estaba en ninguna parte y, sin embargo, podía encontrarlo en todos lados; una paradoja. Como las cuestiones de género. Como la vida misma.

«Soy bueno educando —dijo Brett sacudiendo la cabeza—. ¿Sabías eso de mí?»

Estábamos apoyados en un coche, los dos hombres más auténticos que podrías llegar a conocer, y obviamente le dije que sí.

• • •

Yo también seguía fallando de vez en cuando en eso de ser el hombre que quería ser. Como lo que ocurrió cuando estaba fuera del supermercado y Brett me preguntó sobre la mecánica para lanzar un gancho después de un directo de

derecha y Clare —que había recibido clases de boxeo durante años— intentó meterse, pero nosotros seguimos hablando como si ella no estuviese allí.

Clare, una trabajadora social con tatuajes que con cierta frecuencia tenía que enfrentarse a usuarios que amenazaban con matarla, tenía una presencia muy fuerte, pero quedó silenciada por nuestra simpática camaradería con tal rapidez que ni siquiera nos dimos cuenta de lo que había ocurrido.

Jess me lo comentó, con mucho tacto, esa misma noche. En cuanto lo dijo, me transporté a la acera de la calle cubierta de hojas de árboles y pude oír la voz de Clare a nuestra espalda: «Se trata de pivotar...», empezó a decir. No nos veíamos desde hacía diez meses, pero habíamos tenido una relación cercana toda nuestra vida. Pensé en Larissa. No podía creer que hubiese cometido el mismo error sexista otra vez.

«Solo tienes que reconocerlo», me dijo Jess antes de quedarse dormida. Yo permanecí despierto, rememorando la voz de Clare: ese pequeño momento como la cresta de una ola, interrumpido. ¿Cómo es posible que ni siquiera hubiese escuchado la voz de mi hermana, clara y segura, anulada al instante por nuestras voces más graves? Mi hermana, cuyo carácter siendo niña no tenía parangón, por la que habría apostado en cualquier pelea, a la que siempre había admirado por su pasión y por el modo en que, con total facilidad, era capaz de canalizarla en ataques de ira poderosos y justificados.

Mientras me planteaba cómo pedirle disculpas, entendí que la distancia que nos separaba había ido creciendo, sin prisa pero sin pausa, desde la muerte de mi madre. Era consciente de que mi madre solo le había permitido a ella verla desnuda para ayudarla a ir al baño o para ducharse. Cuando murió, Clare se convirtió, de la noche a la mañana, en la única mujer de nuestra pequeña familia. Durante el desayuno, a la mañana siguiente, comprobé, por el modo en que se comportaba y por las preguntas que hacía, que estaba intentando hacer por Brett lo que mi madre habría hecho por él si hubiese estado allí, y le sonreí esperando que se diese cuenta de que lo había captado.

A todas estas, mi sobrino se resistía a llegar. Dimos grandes paseos y

tomamos vitaminas y procuramos que Cristina estuviese entretenida y no pensase mucho en su incomodidad. Teníamos comprado el viaje de vuelta, pero me planteé la posibilidad de quedarnos unos días más, atrapados entre dos mundos. Finalmente, Danny me envió un mensaje: tenía que volver a entrenar. Faltaba una semana para el combate. ¿Acaso pretendía que me matasen?

Sabía que tenía razón. Tal vez había sido una estupidez haber volado a la otra punta del país, haber permitido que mis músculos se debilitasen y mi ritmo cardiaco descendiese estando tan cerca de la noche del combate. Tal vez estaba intentando subsanar la culpa que sentía por todas las Navidades y las comidas de Acción de Gracias en las que no había ido a casa, hasta que me di cuenta en las últimas vacaciones juntos de que mi madre estaba realmente enferma, a pesar de que no tenía ni idea de que moriría meses después. Estar en Oakland era algo así como un recordatorio, como sucede siempre cuando se está con la familia, de la peor y la mejor versión de mí mismo, de las cuestiones físicas de mi presente y de mi pasado, reunidas en un único instante.

Mis hermanos y yo siempre nos habíamos protegido los unos a los otros lo mejor que habíamos podido, pero no habíamos podido librar las batallas del otro. Sabía que eso lo entenderían.

A la mañana siguiente, Jess y yo regresamos a casa, por lo que nos perdimos el nacimiento de Ronin por un día. Le di un abrazo extra fuerte a mi hermana, convirtiendo mi cuerpo en un marcapáginas, porque todavía no disponía de las palabras necesarias para contener nuestra historia y nuestro futuro, ni tampoco para trazar una disculpa que reconociese que la fuerza de gravedad entre nosotros se había visto alterada de un modo sutil pero implacable.

En el avión de vuelta a casa pensé en ella mientras subí y bajaba un consejo sorprendentemente conmovedor que Cus D'Amato le había dado a Tyson cuando tenía dieciséis años, tras salir derrotado de su primer combate oficial:

«Tienes que afrontar tus demonios, Mike, o te seguirán hasta la eternidad. Recuerda que siempre tienes que tener cuidado de cómo peleas en tus combates, porque el modo en que peleas será el modo en que vivirás tu vida».

Sabía que Clare y yo habíamos perdido algo con mi transformación, que el haberme convertido en hombre lo había cambiado todo, incluso aquellas cosas que yo más deseaba conservar tal como estaban.

Mi hermana había sido mi mejor amiga desde que tenía uso de razón, y me dolió comprobar que en ese aspecto de la vida también era un principiante. Porque también iba a tener que aprender cómo ser su hermano.

• • •

Tras regresar de Oakland, en la semana previa al combate, recordé con mucha claridad cómo era mi vida en mi otro cuerpo. No «merecía» esta sensación tipo ábrete sésamo, propia de esta vida nueva, como no «había merecido» en el pasado el problema de los «sanitarios equivocados» o el padrastro que abusó de mí.

Nadie en el gimnasio hablaba de política, a pesar de la creciente turbulencia al otro lado de aquellas puertas. Nadie hablaba de los correos electrónicos de Clinton ni de la cuenta de Twitter de Trump.

Danny solía decir que no le importaba si los tipos a los que entrenaba eran ricos, pues boxeaban por pura emoción. Tampoco le importaba que yo no tuviese ni idea de lo que estaba haciendo, que fuese una especie de turista, o que fuese blanco. «No pienso en ello —me decía, incluso cuando le presionaba al respecto—. Para mí tú eres como los otros luchadores.»

Pero yo pensaba en nuestras diferentes visiones de Nueva York a medida que se aproximaba el combate y en cómo una estaba por encima de la otra, y en cómo Danny trabajó más duro que yo durante más tiempo, y en que su recompensa era ser mi entrenador y mi recompensa era llevarme un reconocimiento que apenas era capaz de apreciar. Pensé en lo que suponía ser

un hombre blanco en Estados Unidos. Pensé en mis aumentos de sueldo, en el dar por hecho mi competencia, en la repentina libertad que entrañaba caminar solo por la noche, el modo en que mi cuerpo había pasado de sentirse amenazado a ser una amenaza. Pensé en las ventajas que entrañaba una cuestión estética que daba la impresión de ser un derecho de nacimiento. Pensé en buscar la aprobación y en cómo al hacerlo borraba una parte de mi ser, y en cómo las hormonas respondían al contexto, y en cómo la raza y la masculinidad eran inventos que me beneficiaban, y en cómo tendría que hacerlo para sobrellevarlo.

«Lo llevas dentro —me dijo Danny como si pudiese leer mis pensamientos, a pesar de que estaba hablando del combate—. Yo solo he hecho que lo saques.» Me trataba de un modo diferente desde mi regreso de San Francisco: me seguía en las redes sociales y había dado varios «likes» a diferentes fotos e historias que había compartido. Me abrazaba durante más rato al final de cada asalto y me lanzaba miradas significativas por encima de sus mitones.

«Lo veo todo —me decía—. Venga, otra vez.»

• • •

Un golpe duro: Chris apareció pocos días antes del combate para decir que Eric había dejado de asistir a los entrenamientos y que nadie sabía nada de él, ni siquiera su entrenador. Para ser sincero, a una pequeña parte de mí —la parte atemorizada— le pareció bien.

«No importa —dijo Danny—. Tenemos trabajo que hacer.»

Dos días antes de la noche del combate, aparecí por el gimnasio y me cambié justo antes de que Danny anunciase el reto definitivo al que había de enfrentarme: una jornada brutal de «duro entrenamiento» con Stephen, cuyo tobillo finalmente estaba en condiciones. El día siguiente, según me dijo Danny, sería sencillo: comer, pasar el rato, ver peleas por YouTube. Pero ese día no escatimaríamos en golpes. No había espacio para el cansancio.

Asentí. Stephen me miró con lo que a mí me pareció la desesperación propia de un hombre que tenía algo que demostrar. Pero en los segundos que transcurrieron desde que subimos al ring hasta el diáfano sonido de la campana, sentí una tranquila calma, como si yo fuese un pez grande en el fondo del océano. Supuse que era la adrenalina recorriendo mi cuerpo, pero me equivocaba: lo que sentía era alivio.

El tiempo se ralentizó. Me encontré con él en el centro del ring, chocamos los guantes y nos separamos. Me mantuve firme, no me obligó a retroceder, no bajé el ritmo. Me ajusté el protector bucal como un niño que mordisqueaba su biberón. Me fijé en todos los detalles: el sonido de mis guantes entrando en contacto contra su protector de cabeza. La punzada de dolor en las tripas cuando me golpeó el estómago. El arrítmico sonido de los demás, golpeando contra los sacos o los *punching balls*, todos deteniéndose al sonido de la campana que señalaba el fin del primer asalto, cada uno de nosotros solo en nuestra búsqueda de gloria, pero formando parte también de un organismo mayor, reducido por el tiempo, aunque poniéndose en marcha de nuevo una y otra vez. Stephen fue brutal, incluso un tanto malvado, pero no logró intimidarme. Podía ver quién era, ver el niño que había sido, podía ver la necesidad y el miedo y la belleza de su cuerpo, parecido al mío.

Stephen me abrazó al final del último asalto. «¡Crees en tus golpes!», me dijo con una sonrisa.

Pero la prueba final todavía estaba por llegar. Pensaba que no me llamaría la atención, pero me sorprendí al ver a Danny saltar al ring y venir hacia mí con una fuerza desconocida hasta ese momento. No telegrafió su potente derecha, no imitó a Eric descaradamente. Me sentí cómodo moviéndome con él, pero no tenía nada que ver con nuestros entrenamientos habituales. Me persiguió por todo el ring, una antigua sensación de traición me mantenía alerta.

«¡Mantén alta la guardia! —gritó Danny—. ¡Apártate de las cuerdas!»

Obedecí, un tanto asombrado por los duros ganchos de Danny. Iba a tener

moretones en la cara. No mostraba compasión, y pude sentir cómo se agotaba la energía de mi cuerpo cuando me miraba directamente, sin salirse del personaje. Aflojó un poco y regresó a su lado del ring, clavándome su mirada al tiempo que las agujas del reloj avanzaban.

«Vamos, Tommy —me dijo con su tono de voz habitual—. ¡No bajes el ritmo!»

Pensé en todos los modos de vida que había escogido, incluso cuando creía imposible vivir en mi cuerpo, y golpeé con fuerza a Danny en el estómago.

Soltó aire y asintió. Golpeamos los guantes y entendí que quería que le hiciese daño. «No te detengas», dijo.

Stephen volvió al ring. Le permití que lanzase su andanada de golpes, tal como Danny me había enseñado, y mantuve la calma, respirando hondo, sintiéndome protegido en lo más profundo de mi pecho. Avivé la llama que crecía en mi interior. Giré para un lado y para otro, una y otra vez. Me fijé en que Stephen se estaba cansando y fue entonces cuando lo golpeé: era demasiado lento para esquivar mis golpes y lo impacté varias veces en la cabeza. Vi cómo se movía su cabeza como en cámara lenta, aprecié sus errores, y lo pillé con un gancho y un golpe cruzado.

Danny gritó entusiasmado desde la esquina. Stephen lanzó un alarido cuando lo golpeé con tanta fuerza que su cabeza giró, y aprecié que su siguiente aproximación fue más cautelosa.

Vi cómo Stephen se transformaba en el boxeador que quería ser, vi cómo embestía con más fuerza. Comprendí que su única intención era hacerme daño, porque yo se lo había pedido.

Sentí magulladas las mejillas y alcé los brazos, igual que hice cuando peleé con Eric aquel día, hacía ya dos meses. Ahora sabía cómo devolver los golpes. No quería, pero tenía que hacerlo. Stephen me miró como si estuviese poseído y yo mantuve los guantes arriba. Contragolpeé, me serví de su energía y de su físico, y lo golpeé al mismo tiempo que él, pero no olvidé en ningún momento que su cuerpo era blando y maleable como el mío.

«Estás preparado», dijo Danny cuando sonó la campana. Estaba extasiado. «¿Te has fijado? Has ganado los tres asaltos.»

«Dejaste de pensar», dijo Stephen a modo de aprobación mientras se sacaba los guantes.

Estaba en lo cierto, a su manera. Siempre había mantenido las distancias con los hombres, como un animal que se aleja ligeramente de la manada. Al sacarme los guantes y guardar mis cosas, me dije que lo que más había deseado, por encima de todas las cosas, había sido poder experimentar los ritos y los rituales de la masculinidad donde la violencia puede gestionarse, para poder finalmente pasar a otra cosa.

Y eso era lo que había ocurrido: allí estaba yo, intacto, queriendo a aquellos hombres a pesar de golpearlos en la cara y sabiendo que ellos también me querían.

• • •

Llamé por teléfono a mi hermana aquella misma noche. «Lo siento», empecé diciéndole, y hablamos de aquel día en Oakland, cuando no la dejé hablar, de cómo no me había dado cuenta de que había sido una discriminación de género, y de cómo ahora lo entendía. En mi nueva vida, no había sido consciente de mi torpeza a la hora trasladar a mi presente las cualidades positivas que me habían definido en el pasado.

«A veces, cuando estoy contigo y con Brett, soy la única voz femenina en la conversación —me dijo Clare—, y no parece que eso se tenga en cuenta; y ninguno de los dos sois conscientes de ello en absoluto.»

Le comenté de lo que había sido testigo: que cuando nuestra madre se estaba muriendo Clare había sido la que se había hecho cargo de la familia, tomándose unos días de permiso en el trabajo, y que era ella quien había cepillado el cabello de nuestra madre y le había pintado las uñas para que pudiese seguir sintiéndose a gusto en su cuerpo, a pesar de que eso no le

hiciera bien. Clare había hecho todo el trabajo sucio estando cerca de mi madre, que solo se había mostrado de ese modo en presencia de su hija. Mientras yo me entrevistaba con abogados y con el director de la funeraria, mi hermana había ejercido el rol de hija entregada, tal como mi madre había hecho por su propia madre. Por ese motivo, más que cualquier otra cosa, quería pedirle disculpas.

Lo que no le dije fue que no me arrepentí hasta que nuestra madre estaba en su última fase. Por encima de todo, me habría gustado encontrar la ternura suficiente para tenerla cerca, para decirle quién era, para convertirme, con tanta valentía como Clare, en testigo de su muerte. Dejé que el género fuese una excusa porque nuestra madre parecía quererlo también, porque era lo que se esperaba que hiciese, porque es lo que suelen hacer los hombres. Ojalá no lo hubiese hecho.

Clare me perdonó; incluso entendió mis motivos.

«A veces me preocupa no haber conservado nada de mi antiguo yo», le dije temiendo su reacción.

«Has crecido y has cambiado. Te has esforzado mucho en estar más presente a nivel emocional, escuchar más y mostrarte más abierto ante los consejos. Pero la persona que eras no se ha perdido.»

Seguí hablando con ella por teléfono. No habría imaginado nunca que las mujeres de mi vida pudiesen pensar que era mejor persona por haberme convertido en el hombre que era.

«Te echo de menos», le dije. Tenía fotos con ella recién nacida en brazos, con el pelo corto, vestida con pantalones. Siendo niños, a ella le compraron el castillo de She-Ra y a mí el de He-man, y jugábamos a nuestra manera, más allá de los géneros, con todos nuestros muñecos. Ella entendió mi cuerpo, mi lugar en el mundo, antes de que ninguno de los dos tuviese las palabras adecuadas para definirlo.

El amor que sentía por mí mismo me permitió pincharme con una aguja en el muslo todas las semanas. No siempre me acordaba de la gente que todavía,

todos los días, me enseñaba cómo creer en un mundo marcado por la bondad, y cómo perdonar, y cómo apreciar la belleza, y cómo entender que me necesitaban tanto como yo los necesitaba a ellos.

Clare me dijo que estaba agradecida de que fuese su hermano, en todas mis encarnaciones. «He tenido el privilegio de crecer en una familia en la que el género no había que darlo por supuesto en todos los casos —dijo Clare—. Eso me obligó a preguntarme cosas como “¿Quién soy yo?”.»

Entre todas las posibles respuestas había una que ambos conocíamos a la perfección: ella era mi hermana y yo era su hermano mayor, el único.

• • •

«La definición de la masculinidad, estés “a favor” o “en contra”, da la impresión de ser de talla única, y eso es malo: violencia, el impulso de la testosterona, el sentido depredador —me dijo en una ocasión Michael Kimmel, el profesor especializado en Estudios sobre Masculinidad—. No creo que sea cierto. El mayor malentendido es pensar que existe una única definición de masculinidad y que todo el mundo está de acuerdo con ella.»

Para desmontar la caja de hombre y el daño que ella provoca en todos los cuerpos, ya sean masculinos, femeninos o de cualquier tipo, hay que empezar por cuestionar esa idea y ofrecer en su lugar la realidad de nuestros cuerpos reales. Para construir relaciones y sociedades igualitarias, para crear un mundo carente de violencia indeseada, para afrontar la crisis de la masculinidad tenemos que reconocer, en primer lugar, que no estamos siendo capaces, en este mismo instante, de apreciar por completo el espectro de lo humano en nosotros mismos y en los demás.

Al día siguiente me puse a pensar en los diferentes modos en los que me habían conformado las ideas de otras personas sobre la masculinidad: creía que avergonzaría a los demás si lloraba delante de ellos, asentían y mostraban aprobación cuando decía «Sí, boxeo», sentían admiración cuando tenía un ojo

morado o el cuerpo magullado, y ese silencio durante el año posterior a la muerte de mi madre, ese «estás siendo muy valiente», ese «lo estás haciendo bien» al «mostrarte tan fuerte».

Mientras comía, junto con los chicos, unos bocadillos *bánh mì* en un establecimiento vietnamita en el que sonaba música punk-rock, le oí decir a Stephen algo relativo a fumarnos juntos unos puros en una playa de por ahí cuando todo esto acabase, y me fijé en cómo a Danny se le dulcificaba el semblante. «Les aseguro que voy a echarlos de menos, chicos —dijo—. Somos como una familia.»

La familia, como el género, es una cuestión de contexto. Boxear no había hecho que fuese más hombre. Pero sentado junto a Danny entendí que haberlo conocido sí me había convertido en un mejor hombre.

Esos hombres me habían enseñado a amar, con una mirada clara, las hermosas paradojas con las que me había topado al intentar definir la masculinidad, el modo en que pueden combinarse una nariz ensangrentada y un abrazo, una afilada cuchilla en el mentón bajo el atento cuidado de un barbero, el músculo al que hay que tratar con cuidado para extraer de él todo su potencial, el cuerpo que puede hacer que un cachorro o un niño se sientan protegidos, resguardados.

Stephen no tardaría en volver a Wall Street, Danny complementarían sus ingresos entrenando a mujeres del Upper East Side que buscasen completar sus ejercicios para ponerse en forma y yo seguiría siendo el tipo al que llaman de la radio pública para que hable sobre temas transgénero y les dé visibilidad en los medios. Pero ahí, durante esos últimos días, poco importaba lo insignificante que pudiesen llegar a ser nuestros éxitos o hasta qué punto nos moviésemos en ámbitos diferentes en nuestra vida diaria, habíamos conseguido trascender todo eso, aunque solo fuese en busca de aprobación.

«Aquello que da prueba de una inteligencia de primera clase —tal como dice la famosa cita de F. Scott Fitzgerald— es la capacidad de pensar en dos ideas opuestas al mismo tiempo y aun así seguir siendo funcional.»

Boxear era el inicio de un camino, no un medio para lograr un fin. Eso lo tenía claro.

Danny interrumpió mi reflexión. «Hay que tener cojones para hacer esto, lo sabes, ¿verdad?» Se sentó frente a mí y lo repitió, mirándome a los ojos. Por encima del plato de fideos, con el estómago lleno de moretones, asentí a modo de agradecimiento, dando por hecho que no tener cojones, en mi caso, no le importaba a nadie, y mucho menos a mí.

• • •

En las entrañas del Madison Square Garden, los entrenadores habían cambiado sus sudaderas con capucha y sus zapatillas Nike por brillantes zapatos, camisas y jerséis. Se mostraban reverentes, cuidándonos como si fuesen enfermeras al pie de la cama comprobando el color de la cara del paciente, intentando descubrir algo fuera de lo normal: un tipo tranquilo que se mostrase demasiado excitado, quejas somáticas, tics nerviosos que aportasen información indeseada, hombros caídos. Todos los boxeadores íbamos ataviados con pantalones cortos y las protecciones reglamentarias, y aquellos de nosotros a los que nos preocupaba pesar poco nos aprovechábamos de la bandeja con comida mientras esperábamos a que nos pesasen.

«No pasa ni un segundo sin que esté comiendo algo», le dijo Chris a Danny, que no parecía del todo cómodo con aquellos pantalones de traje y su jersey gris ajustado. La mareante energía que transmitía el grupo de personas allí reunido provocaba que no pudiese dejar de dar saltitos, así que Danny y yo nos fuimos a un pasillo apartado, parecido a los de los búnkeres militares, lejos de los demás. Tanto los boxeadores como sus entrenadores nos saludaban cuando iban de la sala de pesaje a los vestuarios. Cumplí al pie de la letra lo que Chris me había dicho y en treinta minutos bebí dos litros de agua, comí dos sándwiches de crema de cacahuete y dos plátanos.

Cuando iban a pesarme únicamente me dejé puestos los amplios

calzoncillos que había comprado solo para la ocasión.

«Sesenta y un kilos y cuatrocientos veinte gramos», dijo el viejo delegado de la Federación de Boxeo.

«Lo conseguí», me dije. El objetivo era llegar lo más cerca posible de los sesenta y tres kilos y medio, y como mínimo superar los sesenta y uno. De algún modo, había logrado cumplir todas las promesas imposibles con las que me había comprometido.

«Estás preparado mentalmente», me dijo Danny mientras el médico me auscultaba y me daba después un bolígrafo para que firmase el permiso. Me fijé en las palabras pero no necesité leerlas, las conocía, las entendía, hablaban de *traumatismos* y *muerte*. Esas palabras eran las que me habían llevado hasta ahí, y ese era el ámbito en el que, finalmente, podía afrontarlas.

Chris tiró de Danny y de mí hacia el pasillo y les dijo a los árbitros que estaba de acuerdo en que Eric y yo peleásemos, a pesar de la diferencia de peso, siempre y cuando él apareciese. Llegaba con una hora de retraso. Danny se había ofrecido a pelear conmigo en su lugar, «en plan exhibición», pero los delegados se negaron.

«No importa la diferencia de peso» era una decisión poco habitual. A los boxeadores profesionales los pesan un día antes del combate y se sabe que pasan hambre y sudan para perder todo el peso que pueden, y luego recuperan el peso en las horas previas a la pelea. El asunto es que resulta fácil perder peso en líquido y después recuperarlo, en tanto que subir de categoría debido al peso implica añadir fuerza a los kilos que se ganan.

El hecho de aceptar que Eric pesase más implicaba un peligro mayor: podría noquearme. Pero ese no sería el peor fracaso, como tampoco lo sería perder. Lo peor sería, llegados a ese punto, no pelear.

Esperé a Eric en el vestuario con Kenny, Stephen y otros hombres. El ambiente era un tanto sombrío. Stephen parecía especialmente apagado, como ensimismado, mirando vídeos de peleas en su teléfono móvil.

Para mantenerme entretenido, Danny le pidió a un viejo que había por allí

que me vendase las manos con las almohadillas y las vendas homologadas. Esa técnica especial está pensada para proteger lo mejor posible las manos del boxeador ante la posibilidad de una rotura. Completar el proceso lleva unos quince minutos.

La mayoría de la gente no sabe que los guantes de boxeo son armas. Se suele entrenar con guantes de dieciséis onzas que parecen y se sienten como nubes de algodón y evitan prácticamente cualquier daño en las manos y en el rostro del tipo con el que estés entrenando. Pero las noches de combate requieren guantes mucho más ligeros, de doce onzas, lo que garantiza ojos morados, labios sangrantes y huesos rotos porque es como si llevases unos calcetines en los puños, y de ese modo tus puños se convierten en los misiles precisos que has entrenado para hacer brotar sangre y romper cosas.

Pero en ese momento no estaba pensando en armas de ninguna clase. Estaba pensando que toda una serie de hombres se habían ocupado, durante todo el día, de mí. Había pasado la tarde en la barbería, haciendo que me cortase el pelo un chico nuevo, que supo interpretar correctamente mi estado de ánimo y que usó sus tijeras en completo silencio. Me relajé en la silla y cuando colocó la toalla caliente alrededor de mis ojos, los cerré.

«¿A qué te dedicas?», me preguntó el viejo mientras me vendaba las manos. Me tocaba con un cuidado tan especial que casi me hizo llorar. «Los escritores son grandes luchadores», me dijo cuando le respondí, sorprendiéndome.

«¿En serio?»

Pero no tuvo oportunidad de aclarármelo. «Está aquí», me dijo Danny tras ser testigo de cómo pesaban a Eric. Llegaba una hora y media tarde. Todos los que estaban en el vestuario celebraron su llegada. «¡Así que va a pasar!», dije. El sudor ya dejaba marcas por toda mi espalda. Stephen, con el batín abierto, se me acercó y me dio un abrazo.

«¿Cuánto ha pesado?», le pregunté a Danny.

«No lo sé —me dijo, lo cual obviamente era mentira—, pero te lo diré en cuanto lo averigüe.»

Eric, como supe más tarde, había pesado sesenta y nueve kilos con cien gramos.

• • •

Sobre el ring, el boxeador está completamente solo: no tiene a los miembros de su equipo, las reglas las marca un único árbitro y el tanteo lo deciden subjetivamente tres extraños. El boxeador está expuesto durante esos tres asaltos: la sangre gotea de sus labios, tiene los ojos medio cerrados, los brazos empiezan a resultarle pesados, faltos de fuerza. Yo estaba allí, ahora lo sabía, porque quería que todo lo que yo era quedase a la vista.

Pero también estaba ahí porque muchas personas me habían ayudado a llegar ahí: los tipos de mi esquina, mi entrenador, mi compañera, mi hermana, mi hermano, mi madre, mis amigos. Había necesitado un montón de ayuda, y mi vida había cambiado precisamente cuando aprendí a pedirla.

«El principal motivo de vergüenza para los hombres es que los perciban como débiles», había declarado Brené Brown, especializada en el tema de la vergüenza, en una entrevista de 2012 en *Redbook*. Hablaba de hombres que les dan a sus parejas «lo suficiente» como para que los perciban como personas abiertas, pero que prescinden de mostrarse totalmente sinceros por miedo a ser juzgados.

Obviamente, los hombres son débiles, y tristes y se sienten solos. Nos sentimos perdidos, e inseguros, y asustados. Y cuanto más nos cuesta expresarlo, más nos acosan esas sensaciones.

Me coloqué el protector bucal, encajando perfectamente la mordida de mis dientes. Boxeé con mi sombra, que también era yo. Stephen, tal vez incómodo con la calma del momento, se subió de golpe sobre una silla y leyó una cita de Tyson en su teléfono móvil.

«Me da miedo perder —dijo Stephen con voz fuerte y segura—. Me da miedo que me humillen.»

Miré durante un segundo a Danny a los ojos, después ambos miramos a Stephen porque necesitaba que lo hiciésemos.

«Pero me siento totalmente confiado», prosiguió con su batín al viento, abierto y mostrando su torso desnudo. Él también podía ser más de una persona a la vez. «Cuanto más me acerco al ring, más confiado me siento. Cuanto más cerca, mayor confianza.» Por el modo en que lo dijo Stephen, parecía una plegaria o un conjuro. Pensé en las memorias de Tyson. Su mayor triunfo, el momento en el que se mostró más valiente, no fue sobre el ring, sino cuando decidió dejar el boxeo. Esa es una parte de la historia de Mike Tyson que nunca se ha explicado. Él peleaba porque lo que realmente deseaba era que le quisiesen. Las plantas siempre crecen buscando la luz del sol.

«Durante todo mi entrenamiento tuve miedo de ese hombre», siguió leyendo Stephen, ganando fuerza, alzando los brazos. Podía imaginármelo de niño, reuniendo a los otros muchachos a su alrededor. «Pensaba que ese hombre sería capaz de golpearme. Soñaba que me golpeaba. Siempre le tuve miedo.»

Entonces Stephen se detuvo. «Cuanto más cerca del ring, más confiado me sentía.»

Al otro lado de la puerta, llamaron a los tipos del sexto combate.

«Cuando llegaba al ring —dijo Stephen mirándome a los ojos—, ¡yo era un dios! Nadie podía golpearme.» Alzó los pulgares hacia mí, lo que en ese momento fue como un regalo al estilo de los que él hacía; entonces me froté los ojos con los guantes, la pequeña mancha de humedad era la prueba de una vida que iba más allá pero que también estaba incluida en esta.

Entonces dijeron mi nombre.

## ¿Por qué pelean los hombres?

Danny me miró y alzó las cejas mientras los haces de luz iban de un lado para otro entre la multitud. «¿Estás listo?» En realidad, no era una pregunta.

Al igual que me pasó durante la última noche de entrenamiento, sentí mi propia respiración, los músculos de mi pecho, la tensión de mis puños dentro de los guantes. Estaba aterrorizado, y era tonto, y estaba preparado. Así que salté. Esos movimientos acelerados volvían loco a Errol cuando empezamos a entrenar juntos, esa «ligereza de pies», un gesto nervioso que nunca llegó a desaparecer por completo. Fui dando saltitos hasta el ring, con el puño alzado, con la intención de demostrarme a mí mismo la evidente fuerza de mi voluntad, la voluntad que me había llevado a pelear tras unos pocos meses de entrenamiento, la misma voluntad que me había mantenido con vida ante los hombres que habían tratado de destruirme.

Podía oír el estruendo de la multitud, que se había percatado del gesto. Danny se echó a reír cuando los gritos se hicieron más sonoros. Saltaba como si me hubiese vuelto loco, arriba y abajo, con las manos alzadas, dándole a la gente lo que quería. Miles de personas gritaron animándome cuando subí al ring, una oleada de ruido.

Cuando iba a salir de mi apartamento, Jess no me dijo que tuviese cuidado sino que me deseó suerte. Fue el gesto propio de un adulto, me dio la impresión, cargar con mi bolsa por las escaleras, porque ya no había nadie a mi alrededor que se preocupase por mi cuerpo como lo habría hecho una madre. Qué carga, pero también qué liberación, ser la única persona a cargo de mi seguridad, la única en disposición de arriesgar, la única en la que confiar mi supervivencia.

Creo que nunca antes me había sentido tan tranquilo como cuando saltaba al ritmo de aquella canción, mientras me aproximaba al ring en el centro del Madison Square Garden. Si algo horrible llegaba a ocurrirme, pensé mirando hacia la camilla, no iba a lamentarlo.

Justo antes de que sonase la campana, miré hacia la multitud buscando a Jess y a mi hermana y a mi cuñado, que habían llegado en el último minuto desde Boston para verme. Los vi, y también a mis compañeros de trabajo y a algunos amigos que habían comprado entradas, como a media distancia, lejos de las caras hileras de asientos que rodeaban el ring. Les hice un gesto con el brazo, escuché mi nombre y sentí cómo un escalofrío atravesaba todo mi cuerpo, toda mi vida. Ahí estaba yo, el hombre que era desde que dejé de tenerle miedo al hombre en que me estaba convirtiendo.

• • •

El combate sería a tres asaltos de tres minutos, con un minuto de descanso entre cada uno de ellos.

Once minutos puede ser una franja de tiempo muy larga. Hay gente en el mundo que, en este preciso instante, hará uso de los próximos once minutos para tener sexo, para preparar la cena, para poner fin a una relación sentimental o para iniciarla. Once minutos es tiempo suficiente para despedir a alguien, celebrar un matrimonio civil, y para correr una milla sin apuros. Ser testigo de una muerte que dure once minutos tiene que resultar insoportable. Mi primera inyección de testosterona, aplicada por una enfermera de Boston, me llevó aproximadamente once minutos, incluidos los minutos de la explicación. Ese fue el tiempo total que transcurrió entre el momento en el que el atracador me tiró al suelo en Oakland, me puso la pistola en la cabeza y me dejó con vida. En 2009, el buceador francés Stéphane Mifsud, en una inmersión a pulmón, mantuvo la respiración bajo el agua durante unos

interminables once minutos y treinta y cinco segundos. Once minutos pueden acabar con una civilización.

En cuanto sonó la campana, me lancé hacia Eric y le golpeé con un jab al tiempo que él me lanzaba un golpe. Logré impactar varios desagradables golpes más en su cabeza antes de apartarme de su radio de acción, por lo que ese primer y crucial intercambio fue mío. Ese era el plan, pillarle en el primer asalto, hacerle comprender que yo ya no era el hombre contra el que había luchado hacía dos meses y presentarle a quien ahora tenía enfrente.

Eric, por su parte, permaneció básicamente quieto, observándome con curiosidad mientras lo atacaba, golpeando y apartándome. Para seguir adelante entendí que tendría que reunir todas las posibles razones que se me ocurriesen para golpearlo en la cara: el modo ilegal en que me sujetó cuando entrenábamos, el gesto que hacía cuando me miraba, que hubiera llegado tarde, su peso, y sus ventajas y su desdén y su nulo espíritu deportivo.

Se desplazaba despacio, sin subir apenas sus guantes cuando lo golpeaba aprovechando que los tenía separados. Los gritos del público se hicieron más intensos, de ese modo primario en que la gente grita cuando huele la sangre. Lo estaba golpeando, pero en realidad no lo estaba golpeando a él. Golpeaba a mi padrastro, y a los médicos que no me hablaron de la gravedad del estado de mi madre, y al cirujano que me dijo sin tacto alguno que mi madre no entraba dentro del rango de personas con posibilidades para un trasplante de hígado, y a las enfermeras que ignoraron sus gritos de dolor en la residencia Medicaid hasta que las obligamos a enviarla a la Unidad de Cuidados Intensivos, porque estaba en lo cierto cuando decía que se moría, porque se estaba muriendo. Lo golpeaba por los meses posteriores a su muerte, por el silencio, por el modo en que había evitado ver sus fotos porque recordar que había muerto, de hecho, me hacía sentir como si me golpeasen en la cara.

Lo golpeé cuatro veces por cada golpe directo que él intentaba dar. Lo golpeé porque quería demostrarle que no me intimidaba su peso, o su fuerza, o su infancia, o el modo en que casi me arrancó la cabeza cuando

entrenábamos. Lo golpeé porque quería demostrarle algo a la peor parte de mi persona, a mi sombra.

Y, durante un breve instante, me sentí eclipsado por todo eso.

Pude sentir cómo a Eric le dolía en el orgullo no poder presionarme por mucho que lo intentase, o aprovecharse de mis golpes, o hacerme retroceder. Yo era como una tormenta, alcanzándolo con docenas de golpes y haciéndolo retroceder hacia atrás, cada vez más, hasta que lo único que pudo hacer fue cubrir su rostro, arrinconarse, y fue el árbitro calvo el que tuvo que separarnos. Se volvió hacia Eric, levantó la mano y empezó a contar: «Uno, dos, tres, cuatro...».

Alcé los guantes y bailé alrededor de Eric, como un auténtico idiota. Yo era el sudor que me caía por los brazos, las protuberancias de mis piernas, la tensión de los músculos de mi mandíbula, la luz sobre mi rostro, la hinchazón de mis labios, la fuerza de mi voluntad, el hecho de no estar muerto.

El árbitro dejó de contar y desplazó a Eric hasta el centro del ring e hizo un gesto que quería dar a entender: «Vuelvan a pelear o esto se habrá acabado». Eric obedeció, y salió de su esquina y traspasó mi guardia varias veces con su despiadada derecha, pero seguí golpeando y golpeando. Yo sudaba y jadeaba debido al esfuerzo que me suponía superarlo con todas las de la ley. Cuando el encargado de la campana hizo sonar el martillo que indicaba que quedaban diez segundos, Eric se lanzó hacia mí y yo lo golpeé con otra combinación que lo hizo retroceder hasta las cuerdas.

Sonó la campana, alta y clara, yo regresé a mi esquina y casi me dejé caer en brazos de Danny.

«Sí, señor —dijo Danny—. Eso ha sido hermoso. Nos hemos metido en su jodida cabeza.» Danny me empujó por los hombros y me obligó a sentarme en el taburete sobre el ring y vertió la botella de agua sobre mí. «Tenemos que seguir dentro de su cabeza. ¿Te has dado cuenta de lo cansado que está mentalmente? Este combate es nuestro. —Danny me estudió—. No muestres tu cansancio.»

Debido al dolor sentía como si mi cabeza fuese un globo, tenía los ojos medio cerrados, mi rabia se estaba disipando.

Los hombres me habían hecho daño durante toda mi vida. No tenía nada de noble, pero la peor parte de mi ser quería aprender a devolverles el golpe.

Si bien había empezado a boxear para afrontar la sombra del hombre que podría llegar a ser, era ahora cuando realmente le estaba haciendo frente: sabía que era capaz de ejercer violencia, como cualquier otra persona. Pero ¿qué quería hacer con ella?

• • •

Los ojos de Eric, apagados desde el primer asalto, volvían a brillar. Fuera lo que fuese lo que le había dicho su entrenador, fuese la vergüenza o la honradez lo que le había avivado durante los sesenta segundos entre asaltos, parecía un hombre diferente. Ya no parecía aletargado, o vencido, ni siquiera desafiante.

Parecía cabreado.

Cuando me disponía a ir hacia él, bajó su guante derecho e hizo un gesto que daba a entender: «Ven y agárralo si puedes». La multitud explotó.

Intenté obligarlo a reaccionar, pero no permitió que mis puños le alcanzasen. Estaba tranquilo. Su cuerpo era más fuerte que el mío. Oscilaba. Me golpeó con tal fuerza que mi protector de cabeza se desplazó hacia un lado.

No iba a permitir que siguiese atosigándolo. Vi que su pecho se ensanchaba al tiempo que los golpes que impactaban en mi cabeza me iban ralentizando. Bajé la guardia un par de veces, y él lo aprovechó.

A todas estas, pude oír el creciente griterío: «¡Eric! ¡Eric! ¡Eric!». El improbable vencedor, tal como él había deseado. Yo era el malo de su historia.

Me llevó hasta la esquina. Me escabullí, pero me estaba presionando. Me persiguió por todo el ring, lanzándome golpes mientras se movía, y yo olvidé

detenerme y responder. Me tenía contra las cuerdas, me cubrí la cara y el árbitro lo apartó de mi lado. Tenía los ojos inyectados de rabia.

Aguanté una cuenta de ocho. Pude oler la acidez de mi sudor en los guantes cuando me ajusté el protector de cabeza, y le hice un gesto con la mano al árbitro, igual que el día en que peleamos en el entrenamiento: *Estoy bien, estoy bien, estoy bien.*

• • •

En el último asalto, ambos jadeamos y nos tambaleamos, mirándonos a los ojos. La multitud empezaba a aburrirse. En once minutos los dos habíamos perdido y ganado.

Yo no lo odiaba, ese era el problema.

Me invadió una sensación de paz. El combate estaba a punto de finalizar. Me pregunté si sería esto lo que uno sentía cuando iba a morir, el laborioso sonido de su propia respiración. Esperaba que así fuera, porque no tenía miedo, ni tampoco sentía resignación. *Presente*, me dije.

Eric me llevó hasta la esquina, golpeándome con fuerza en la cabeza hasta que el árbitro lo apartó. La multitud dejó escapar un «Oh», sin parar de reír y de gritar con sus cervezas en la mano. No estaba enfadado con ellos, mientras pensaba en nuestros anhelos compartidos y el mal aliento y los ojos morados y las oportunidades perdidas y los resentimientos y los batines de seda.

Ví a mi madre, animándome como animaba a mi hermano cuando iba a verlo jugar al hockey sobre hielo. En ese momento entendí sus alucinaciones cuando estaba a punto de morir. La perdoné por creer que mi hermano era yo, por no haber sabido cómo despedirse, por haber muerto. También me perdoné a mí mismo.

Eric me acosaba en el ring, observando, ansioso por noquearme.

«¡Eric! ¡Eric! ¡Eric!», gritaba la gente.

Me dio con mucha fuerza y mi cabeza se volvió formando un ángulo

extraño.

«Devuélvele siempre el golpe con el doble de fuerza», habría dicho Danny, así que le lancé un directo de derecha. Lo esquivó, pero le alcancé con un jab que le atontó. Estaba mareado, apenas podía mantenerme en pie, pero intenté seguir golpeando de todos modos. Me alcanzó en el mentón y maldije cuando noté que la cabeza se me iba hacia atrás. Dimos vueltas uno alrededor del otro, lanzándonos jabs salvajes. *Vamos*, le dije a mi cuerpo, pero no antes de que me alcanzase con un directo de derecha, y después con otro. Le respondí con un jab. *Vamos*. Volvió a golpearme.

Al menos seguía en pie.

Podía sentir el ring bajo mis zapatillas y el sudor en mi pelo cuando sonó la campana. Me di la vuelta y regresé a mi rincón con los ojos morados. Choqué la mano con Danny y compuse una enorme sonrisa para el JumboTron.

Había ganado.

• • •

Aunque en realidad no había ganado.

En el centro del ring, el presentador agarró nuestros guantes mirando hacia el público y dijo: «Los tres jueces han otorgado idéntica puntuación. El ganador, peleando desde la esquina azul...».

Al levantar el guante de Eric, vi que en su cara se dibujaba un gesto de alivio que me ablandó.

Me volví para abrazarlo. Nuestros brazos rodearon durante un breve instante nuestros cuerpos magullados, y sentí, a la luz de la violencia que había desplegado y que había sufrido, que no estaba abrazándolo a él, sino a una parte de mí mismo que había perdido.

## Una semana después

«¿Por qué no me lo dijiste?», me preguntó Danny con un tono de voz en plan «déjate de cuentos». Estábamos en una anónima cafetería, muy cerca del Church's. Lo había llamado para quedar con él cuando se me curaron los ojos morados, diciéndome que quería entrevistarme con él, o tal vez darle las gracias. Podía notar cómo la tensión me anudaba el estómago, enrollado en mi interior.

El día después del combate, me desperté con una foto que Danny había colgado en Instagram de nosotros dos. Estábamos en el ring, un par de horas antes de la pelea, con los brazos por encima de los hombros del otro, mientras preparaban la camilla. Había escrito: «Con todo en nuestra contra, Thomas me ha demostrado que son necesarios algo más de nueve kilos de diferencia para tumbarnos. Su corazón está fuera de toda duda. Un hombre cualquiera no habría logrado hacer lo que él ha hecho».

Estaba conmovido, y afectado, por su lenguaje: «un hombre cualquiera».

Empecé la entrevista de manera profesional, haciéndole las preguntas básicas para el trasfondo, y él me siguió la corriente: me contó que había sufrido sobrepeso desde que era niño, y me habló de la hermana mayor que le había encaminado hacia el boxeo. Mantuve el café en la mano, que se enfriaba rápidamente, y Danny eligió su bocadillo, y nuestra conversación se fue transformando en una charla insustancial y detuve la grabadora y me puse en pie dispuesto a marcharme.

Danny me miró durante un buen rato, todavía sonriendo.

Volví a sentarme. «¿Qué pasa?»

«¿Por qué no me lo dijiste?»

Estudié la cara de Danny. Me recordaba a Jess, aquella noche en la pista de baile. Ella sabía cuál iba a ser nuestro futuro antes que yo, y no le daba miedo haberse encontrado conmigo en el punto exacto en el que me encontraba.

«Supuse que ese era el principal motivo por el que querías entrevistarme.» Se encogió de hombros, y se puso a darle vueltas al envoltorio del bocadillo. Mantuve la respiración mientras me contaba que había supuesto que era trans la semana de mi combate, debido a lo que escribí en Instagram. «Sé qué significa, pero no sé qué *significa*.»

Nos miramos a los ojos durante un buen rato.

«¿Puedo grabar esto?»

Él asintió.

• • •

La testosterona activa los genes, creando una especie de gemelo de ti mismo. Cuando clavé por primera vez aquella aguja en mi muslo, no sabía si me quedaría calvo, o si mi voz se haría más grave, o cuánto pelo me saldría en el cuerpo. Sabía que nunca sería alto y que nunca tendría esperma, pero no tenía claro si podría tener barba o no. A la gente le resulta sencillo ver a un hombre como yo y pensar: *Los trans también son hombres*. Pero no todos los trans masculinos tienen el mismo aspecto que yo.

Bajo la pálida luz de la monotonía posterior al combate, al ver la foto que Danny había colgado me sentí contrariado. Quería escribir sobre el entorno más brutalmente masculino que cabía imaginar sin correr el riesgo de que los chicos se censurasen a sí mismos al hablar conmigo o me tratarasen de un modo diferente.

¿Qué habría cambiado si los chicos hubiesen sabido desde el principio que era trans?

Sentí lo que Brené Brown, la estudiosa de la vergüenza, denomina «el miedo de la desconexión».

Me di cuenta de que esa era precisamente la esencia de mi particular crisis de masculinidad. Una parte de mí seguía temiendo, a pesar de saber que era algo estúpido y tóxico, no ser lo bastante «de verdad». Dijera lo que dijese, pensé, no iba a permitir que las palabras de Danny me definiesen.

Aun así, me preparé para lo peor, porque temía que su reacción pudiese dolerme. La fe que había depositado en mí, al poco tiempo de morir mi madre, yo la había sentido como algo propio de un padre.

«Entiendo la razón por la cual no quisiste que lo supiera, porque estábamos en un gimnasio de boxeo y no querías que te prestasen esa clase de atención», me dijo. Todavía se notaba que estaba molesto. «Me enfadé. No tenía ni idea, nadie lo sabía, nadie lo habría sabido. Nadie lo sabe hoy en día. No me gusta pensar que no quisiste compartirlo.»

Asentí. Fue impactante, tenía razón. Del mismo modo en que no había creído, creído de verdad, que pudiese ser un hombre y ser amado fuera del ring, tampoco pensé que podría ser yo mismo y que me quisiesen por ello.

«Te aseguro que lo tuve presente durante el combate», me dijo.

Hice pedacitos mi servilleta de papel bajo la mesa. No estaba seguro de adónde quería llegar.

«Fue como decir: “Oh, tío, esto va a ser lo mejor del mundo”», dijo finalmente. «Estaba pensando: “Si este tío gana, ¡madre de Dios!”.»

Los dos sonreímos.

«Esperaba que me lo contases», dijo.

• • •

En el libro *The Professional*, de W. C. Heinz, un periodista le dice a un boxeador: «Nosotros tenemos que demostrar nuestra hombría, o algo parecido, enfrentándonos a otros hombres. Un boxeador nunca tiene que cumplir con esa necesidad porque ese es su trabajo. Por eso digo que, en igualdad de condiciones, los boxeadores son los machos mejor adaptados del mundo».

A lo que el boxeador responde algo dubitativo: «No lo sé».

Yo tampoco lo sé. Es una paradoja.

El boxeo elimina muchas de las dualidades que condicionan lo que los hombres pensamos sobre nuestros cuerpos, nuestro género, o sobre nosotros mismos. Gracias a su «realidad» y a la violencia que entraña, les proporciona a muchos hombres aquello de lo que carecen: ternura y tacto, y vulnerabilidad. Las historias que solemos ver en relación con los combates de boxeo empiezan por el final: dos tipos sobre el ring, poniéndose en guardia. La violencia oscurece la parte más profunda de esas historias, la que habla de luchadores que saben ver tus mayores debilidades y te enseñan a convertirlas en una ventaja. En los gimnasios de todo el mundo, los hombres comparten sus peores miedos, los hombres piden ayuda, los hombres luchan unos contra otros con extremo cuidado.

En mis cinco meses de boxeo, vi a hombres llorar sin darse cuenta. Una y otra vez, hombres me anudaban y me desanudaban el protector de cabeza o los guantes o el suspensorio. Un día, un boxeador amateur que no conocía se pasó una hora motivándome en el gimnasio, hablando también de sus propios defectos, después de ver cómo me golpeaba Stephen, a quien seguí viendo de vez en cuando por el barrio paseando a su perro de caza, cómicamente grande, y se mostró conmigo en la calle tan amable como lo había sido en el ring o después de saber que yo era trans.

«Yo soy el tipo que se sienta en un rincón con los perros fumando puros con los trabajadores del Departamento de Transportes, que se supone que tienen que estar en la planta de abajo, trabajando, pero que en realidad están allí, fumando —me dijo en una ocasión sobre su lugar en el mundo—. Mañana seré el que sale por ahí con algún artista muerto de hambre, y a la semana siguiente con algún artista de éxito, y al día siguiente con alguna celebridad de Wall Street, y después con el portero de mi edificio. Tengo un montón de modelos de masculinidad. Intento prestar atención y tomar lo mejor de cada uno de esos tipos y combinarlo.»

No era el hombre que yo había creído que era, pero yo tampoco era el hombre que él había creído que era yo.

«Tuvimos la mala suerte de que el combate acabase como acabó —dijo Danny por encima de su marchito bocadillo—. Pero tú lo hiciste realmente bien. No me arrepiento de nada.»

«Fue un buen combate, y lo perdí», dije, rompiendo una de las reglas básicas del boxeo.

Danny me miró como si estuviese dispuesto a discutir, pero no lo hizo. Él tampoco era un hombre cualquiera, y ambos sabíamos que tenía razón.

«Jamás te habría tratado de un modo diferente —me dijo Danny—. No tienes nada de diferente, como no lo tiene nadie que sea trans. Nada diferente», dijo del mismo modo en que había dicho aquella noche, antes del combate, que tenía cojones, a pesar de que sabía que, de hecho, no los tenía. «Los géneros no existen: todo está en la cabeza. Te comportaste del mismo modo en que lo habría hecho cualquier otro hombre.»

«Tenía que demostrármelo a mí mismo.» Al decirlo supe que era verdad.

«Bueno.» Tiró su basura y abrió la puerta de la cafetería. El sol, extrañamente brillante para un frágil día de noviembre, creó un halo de luz a su alrededor. «Me lo demostraste a mí.»

Se dio la vuelta y de nuevo lo miré a la cara: mi amigo, Danny. Me aguantó la puerta, en plan «¿Vienes?»

Yo quería que esta fuese una historia sobre hombres y violencia que no acabase con el típico «Así son los hombres», pero hasta que la viví no creí que fuera posible.

Danny volvió a hacerme un gesto: «Vamos». Me coloqué a su sombra durante un instante y después eché a andar tras él, adentrándome en la luz.

## Epílogo

### 2017

Cuando mi propia crisis de masculinidad se estabilizó, la de Estados Unidos dio un giro radical. La estruendosa energía que había notado aquel día en la calle Orchard ahora campaba por la superficie, a plena vista, y el país entero tuvo que afrontar los violentos efectos colaterales.

Por lo que a mí respecta, seguía equivocándome cada dos por tres: interrumpía, no daba lo suficiente de mí mismo cuando ;alguien lo necesitaba, no atendía adecuadamente los comentarios y las valoraciones, no atendía adecuadamente en general. Aunque recordaba a la perfección que el cambio empieza, precisamente, prestando atención. No he dejado de beneficiarme del espacio que ocupa mi cuerpo: el silencio cuando hablo sigue ahí, como mi habilidad para recorrer calles oscuras en mitad de la noche sin miedo. Incluso me ha resultado más sencillo rechazar las partes de la masculinidad que me incomodaban. Podría haber dejado caer la toalla en los vestuarios consciente de que bastaba con afirmar la masculinidad de mi cuerpo, con toda su historia.

Había luchado por ello.

Danny me había enseñado a dar un paso adelante, pero dejé de boxear tras aquella noche en el Madison Square Garden. Empecé a luchar en otros sentidos, como en la reunión de negocios ordinaria, que por lo general eran insustanciales, celebrada después de que saliese a la luz el caso del productor de Hollywood Harvey Weinstein, pues una de mis colegas, bastante tosca, me contó que había tenido que defenderse de los hombres durante años en el trabajo ;y que en cada una de las ocasiones había informado de ello. Estábamos solos, y cuando le dije que lo lamentaba, las historias cayeron en

cascada. Me dijo que la habían tocado y le habían hecho proposiciones, que había llegado a pensar que era lo normal, a pesar de saber que no lo era. Me dijo que incluso había dejado de creer en su criterio.

«Te creo», le dije. Pude sentir cómo en aquel ambiente tenso aquellas palabras significaban algo muy diferente dicho desde mi cuerpo.

«Te creo», dije una y otra vez, a Jess, a mis amigas, a mis compañeras, y especialmente ante otros hombres. Creo a las mujeres que afirman que abusaron de ellas, que las violaron, que se han sentido mal pagadas, que no las han tenido en cuenta en el momento de los ascensos, que las han hecho callar, y a las que han interrumpido. Sé que es verdad como me sé a mí mismo.

Creo en todas esas historias, y creo que contarlas es una especie de invocación, un pequeño primer paso imprescindible, un gesto de rebeldía. Y sabía que era algo que se «suponía» que los hombres no tenían que hacer.

Pensé en Danny, mirándome por encima de sus guantes. «Lo ves, Tommy, no me está haciendo daño. Lo observo. Estoy esperando a que llegue mi oportunidad.» Si lo que uno quiere es aprender a pelear, el cincuenta por ciento del trabajo consiste en estar dispuesto, realmente dispuesto, a prestar atención.

Yo me fijaba en todo.

• • •

De ahí que estuviese, tras toda una serie de acontecimientos, atravesando el oscuro desierto de Palm Springs en un anodino coche de alquiler, conduciendo a escasa velocidad, tranquilo en mitad de la noche.

Llevaba conmigo la foto de un hombre que mi hermana había encontrado en un viejo álbum, un exnovio de mi madre que se parecía mucho a mí; mi hermana y yo estuvimos de acuerdo en que teníamos los mismos ojos. Habíamos intercambiado algunos correos electrónicos y acordamos vernos

cerca de su casa, en Joshua Tree, así que cogí la urna con las cenizas de mi madre y volamos juntos para atravesar todo nuestro dividido país.

Jess fue la primera en proponerme la posibilidad de encontrar a aquel hombre, pues podía tratarse de mi padre biológico. Ella y yo nos acabábamos de prometer, y tal vez apreciaba en mí una última sombra sin resolver. Era lo último que tenía que hacer antes de casarnos, el fin que me permitiría un nuevo comienzo.

Pero era a mi madre a la que llevaba conmigo en el avión. Antes de darme cuenta de que estaba enferma, pero poco antes de morir, mi madre me preguntó si tenía previsto tener hijos. A mí siempre me había asustado la idea, pero tal vez ella sintió que mi transición había despertado en mi interior nuevas posibilidades. Deseaba que yo transmitiese mis genes, me dijo. Aquellas palabras quedaron flotando entre nosotros durante unos segundos, y acabaron adquiriendo la borrosa forma del hombre que no estaba allí, el hombre que siempre decía que había sido una aventura de una noche, y también perfilaron las limitaciones de mi cuerpo: ninguna de ellas un error, todas al descubierto.

«No puedo tener hijos biológicos», le recordé finalmente.

«Oh ;—me dijo sorprendida—. Lo había olvidado.» Tal vez la enfermedad hablaba por ella, pero yo sabía a qué se estaba refiriendo.

Me dijo, con una urgencia que solo después me conmovió, que a pesar de todo tenía que pensar en ello. No era propio de ella insistir en ningún asunto, y nunca había dicho que quisiese ser abuela, pero expresar el deseo de que yo tuviese hijos —lo entendí después— era una forma de valorar sus opciones de tenerme cerca.

«Tener hijos es lo mejor que he hecho en mi vida», me dijo. La creí. En su voz aprecié la voluntad de dejar ir, de soltar. Aprecié en ella una despedida.

• • •

Tras despertarme en aquel calor seco y hacer unas cuantas flexiones en el

suelo de mi habitación del hotel; tras observar cómo el sol achicharraba la tierra yerma y las liebres que saltaban por aquel paisaje extraterrestre; tras prepararlo todo para encontrarme con mi posible padre a la mañana siguiente en una cafetería del pueblo, puse el disco de Paul Simon que más le gustaba a mi madre y me puse a llorar.

Allí estaba yo, me dije, finalmente solo con todos mis fantasmas.

«Tú fuiste mi bebé milagroso», me dijo mi madre una vez. Estaba ahí, conmigo, mientras me tomaba un café horrible. También estaba Stephen, con su batín abierto mientras leía las citas de Tyson en las entrañas del Madison Square Garden, bendiciéndome mientras sollozaba sin poder evitarlo con la cabeza enterrada en una almohada.

«Durante todo mi entrenamiento tuve miedo de ese hombre», dijo. «Pensaba que ese hombre sería capaz de golpearme. Soñaba que me golpeaba. Siempre le tuve miedo.»

*Un luchador pelea contra sí mismo*, pensé cuando se estaba poniendo el sol y empezaba por fin a refrescar. Pensé en los expertos con los que había hablado en busca de una respuesta definitiva, personas que habían compartido conmigo sus dudas más personales e inmediatas con la intención de ayudarme a que yo también afrontase las mías. Pensé en Niobe Way, quien cuando le pregunté cómo podía ser un «buen hombre» me propuso que cambiase aquella pregunta por otras mejores, de mayor calado, como: «¿Qué estás haciendo en tu vida que ayude a mantener el *statu quo*?» o «¿Hasta qué punto guardas silencio sobre las cosas que ves?».

«¿Qué es un hombre?», me dijo Danny la última vez que nos vimos. Estábamos en la parte de atrás del gimnasio de la calle Church, entre un nuevo puñado de boxeadores que golpeaban sus sacos, y estiró los brazos dentro de las mangas de su sudadera, y me miró como si yo ya supiese la respuesta, pues era cierto que ya la sabía. «Yo creo que no hay una definición. Me da la impresión de que es solo una categoría en la cual colocar a la gente.»

Esa noche me senté sobre el maletero del coche de alquiler en el desierto,

observando cómo la luna llena ascendía. Era el único ser humano, masculino o de cualquier tipo, en kilómetros a la redonda. Resultaba extraño pensar que ese lugar también era Estados Unidos, con todos aquellos bichos zumbando y los murciélagos revoloteando en la distancia.

Mis pensamientos volvieron a centrarse en los meses anteriores a cuando empecé a inyectarme testosterona, al inicio de mi crisis de masculinidad. Había conducido desde California hasta Oregón para ver a mi padrastro por primera vez en una década. Eso fue antes de la testosterona, cuando empecé a sospechar que afrontar mis miedos podía proporcionarme respuestas, aunque resultasen incómodas. Me sorprendió ver aquel rostro apergaminado y viejo y aquel cuerpo derrotado. No me asustó, y noté que no lo odiaba. Su vida me pareció, de repente y por completo, un despilfarro.

«¿Hasta qué punto guardo silencio sobre las cosas que veo?»

Para que haya «hombres buenos» tiene que haber malos.

En cuanto me encontré con mi padrastro, viejo y solo, dejé de creer en monstruos. Cuando se despidió de mí con la mano aquella fría tarde de primavera, y desapareció tras la esquina de la calle, supe que aquella había sido la última vez que hablaríamos. De hecho, me contó que también habían abusado de él cuando era niño.

Solo había conocido a un padre, y sabía que él esperaba que lo perdonase, pero en aquel momento no estaba en disposición de hacerlo. Así que le dije, desde mi Cuerpo anterior, que lamentaba mucho lo que le había ocurrido.

Me miró sorprendido. La diferencia entre nosotros quedó muy clara en ese momento. Nunca lo olvidaré porque me dio la impresión de que sobre eso yo podría construir una vida: a pesar de todo, estaba convencido de que mientras él estuviese vivo, podría cambiar.

Y todavía lo creo.

• • •

La noche del desierto emitía sonidos espeluznantes y se notaba la electricidad en el aire debido a todo lo que resultaba imposible ver a causa de la oscuridad. No tardaría en entrar a la habitación y dormirme en aquella cama extraña y despertarme en el mismo paisaje a la mañana siguiente, bañado en luz. Pensé en la historiadora de las razas Allyson Hobbs, de Stanford, que escribió un libro sobre la búsqueda de aprobación. Hablamos durante horas, compartiendo una comunión que fue mucho más allá de los materiales de trabajo, mientras buscábamos un rastro de esperanza sin apartar la mirada del presente de Estados Unidos.

«La marea cambiará de dirección, y entonces pasaremos a una nueva etapa, y esa etapa tendrá su propia significación y sus particularidades históricas — me dijo—. Eso es lo que le digo a mis alumnos, pero en lo más profundo de mi corazón soy muy pesimista, porque siento que gran parte de lo que está ocurriendo ahora realmente no tiene precedentes. ¿Cómo podemos explicar lo que está pasando?»

Resulta paradójico saber que necesitamos un futuro que no podemos imaginar.

Es como ser un hombre, tumbado sobre el capó de mi coche en el desierto, habitando la misma piel que tenía cuando estaba en el bachillerato. Cuando era adolescente solía conducir hasta el viejo aeródromo abandonado que había más allá del aeropuerto. Usaba los mismos ojos con los que observaba durante horas cómo despegaban los aviones, analizaba las cosas con el mismo cerebro con el que tiempo después pasearía por Nueva York o Los Ángeles o Tokio, confundiendo el hecho de escapar del pasado con la libertad.

Pero es imprescindible que tengamos una comprensión clara de nuestra historia, también de las partes desagradables, porque sin eso somos como actores inconscientes protagonizando historias que nunca llegaremos a entender. Pensaba en mi madre, en cómo imaginó una vida para mí y después la creó. Pensaba en la noche que había pasado no hacía mucho en Washington, solo, en aquel lugar que a ella tanto le gustaba. Estuve paseando a última hora

de aquel sábado por el Washington Monument y la Casa Blanca, Constitution Gardens y el monumento a los caídos, hasta que llegué al Lincoln Memorial. Pude verla, una científica en ciernes, puro potencial en este país que compartimos, viendo a Martin Luther King Jr. decir que había tenido un sueño que algún día cumpliríamos.

Tumbado sobre el capó del coche en el desierto, entendí que me importaba bien poco si el hombre al que iba a ver la mañana siguiente era mi padre, porque esta nunca había sido una historia sobre padres. Yo soy, y siempre seré, exclusivamente el hijo de mi madre.

Justo en ese momento, en el desierto, dos coyotes —de aquellos que tienen una engañosa pinta de maltrechos— pasaron corriendo permitiéndome entreverlos. Se detuvieron y se volvieron, y puedo asegurar que tuve un poco de miedo, pero cuando nos miramos me desabroché la camisa y me dispuse a afrontar lo que tuviese que pasar, sacando pecho, mi pecho inventado, y con los brazos bien abiertos.

## Agradecimientos

La cristalina amabilidad y la sensibilidad poética de mi querida amiga Emily Carson, tanto en lo que se refiere a la vida como a la escritura, ha enriquecido cada uno de los borradores de este libro. Me he sentido muy apoyado por su lectura y también por la de otras generosas lectoras, entre las que se cuentan Anisse Gross, Julie Greicus, Annie Mebane y Lauren Morelli; todas ellas me han enseñado cómo contar mejores historias, y especialmente que esta llegara a serlo.

Estoy agradecido con los editores con los que he trabajado a lo largo de los años, pues sus puntos de vista me han ayudado a dar forma a este texto: Isaac Fitzgerald, Tyler Trykowski, Heather Landy, Indrani Sen y, especialmente, Xana Antunes, que llevó a cabo un estupendo trabajo de edición con el artículo que escribí para *Quartz*, «Why Men Fight», en el que se basa este libro. Todo mi agradecimiento para la gente de *Quartz* por ayudarme a pulir ideas y por permitirme el tiempo y el espacio necesarios para dedicarme a ellas, especialmente a Kevin Delaney, que dio su visto bueno a la historia original sobre boxeo, y a Zach Seward, pues no podría haber tenido un mejor jefe.

Me siento en deuda con todos los expertos con los que hablé, pues con mucho acierto y paciencia avivaron mi «mente de principiante». Sarah Helweg DiMuccio, cuyo trabajo con los hombres daneses señaló el increíble impacto que tienen los discursos culturales en la masculinidad. Allyson Hobbs, cuya intensa investigación sobre la búsqueda de la aprobación en cuestiones raciales me aportó una comprensión mucho más visceral sobre ese tema, entre otros tantos. Muchas gracias a Michael Kimmel por su perspectiva, rica y

fundamentada, sobre las masculinidades, y por su generosidad al permitirme acceder a su vasta red de contactos. El trabajo de Nell Irvin Painter sobre la raza blanca ha sido fundamental para la escritura de este libro, y todavía rememoro en muchas ocasiones nuestras charlas sobre raza y masculinidad, pues cambiaron por completo mi enfoque. Agradezco a Robert Sapolsky y a Barry Starr por haberme ayudado a comprender los pros y los contras de la testosterona. El fascinante estudio sobre los impulsos inconscientes de Caroline Simard acabó siendo esencial para el capítulo sobre esa cuestión. La perspectiva de R. Tyson Smith sobre la relación entre masculinidad y violencia, así como su interés particular por llegar a saber por qué pelean los hombres, me enseñó muchas cosas sobre la sociología de género. Y el brillante trabajo de Niobe Way con los adolescentes, así como nuestras innumerables conversaciones sobre hombres «buenos» y «malos», me aportó finalmente una denominación para esa «sombra» que llevaba años intentando definir.

También quiero darle las gracias a todas las personas con quienes hablé para escribir aquellos capítulos que finalmente no han sido incluidos en este libro, pero que igualmente han contribuido en su redacción porque, en cualquier caso, me aportaron infinidad de detalles sobre los que pensar: Tiffany Apcynski, Marcie Bianco, June Carbone, Mike Castle, Anna Marie Clifton, Joelle Emerson, Abby Ferber, Ellen Healy, Caroline Heldman, Aaron Hess, Dacher Keltner, C. J. Pascoe, Andrew Reiner, Tagart Cain Sobotka, Sabastian Caine Roy, Neo L. Sandja, Beth Scheer, Dawn Sharifan, Maxine Williams y el equipo de Here Be Dragons. Mi especial agradecimiento para Gaines Blasdel y Cordelia Fine.

Tengo la suerte de tener amigos con la suficiente paciencia como para soportar horas de conversación sobre el mundo que intenta retratar este libro, especialmente Rae Tuterá, Carmel Lobello y Emily Molina. Siempre le estaré agradecido a Mi;chelle Tea, sin duda un tesoro nacional. Estoy en deuda con

muchos escritores que han apoyado mi trabajo, en particular Ann Friedman, Roxane Gay, Garth Greenwell, Saeed Jones y Liz Plank.

Gracias infinitas a mi excelente editora en Scribner, Sally Howe, cuya fe y perspicacia me ayudaron a superar los momentos más duros, y que siempre (como diría mi madre) sabe mantener las cosas en perspectiva. Gracias también al equipo completo de Scribner, pues han trabajado muy duro por este libro; así como al adorable y tenaz equipo de mi editorial al otro lado del charco: Canongate.

Gracias a mi formidable y brillante agente, Lindsay Edgecombe, por haberme guiado de manera excelente a lo largo de este proyecto. Su fe, inquebrantable y persistente, también me ha enseñado un montón de cosas sobre lo que es pelear.

Le estoy agradecido a Chris Lewarne, Andrew Myerson, y Julie Anne Kelly de Haymakers for Hope por haberme permitido entrar en su hermoso y salvaje mundo. Gracias a Stephen Cash y a todos los boxeadores con los que entrené, por mostrarme una nueva manera de amar y de ser amado.

Le debo mucho a mi entrenador, Danny Mangual, por haberme enseñado a dar un paso adelante, y también por haber creído en mí cuando yo no creía. Gracias, en especial, por haber sido ese amigo que yo no sabía que necesitaba tanto.

Gracias a mi pequeña pero poderosa familia. A mi hermana Clare, a su marido Dan, a mi hermano Brett, a su esposa Cristina, a mis sobrinos, Ronin y Sebastian. Mi agradecimiento más profundo para Clare y Brett por haber compartido conmigo sus propios viajes con tanta honestidad, y por haber estado siempre a mi lado. Brett, espero llegar a ser algún día la mitad de buen padre que tú has llegado a ser. Clare, gracias por haberme enseñado cómo y por qué luchar. Son las personas más sabias que he conocido.

Estoy muy agradecido con mi madre por haberme enseñado a verlo todo, incluso las cuestiones de género, desde la mente del principiante. Su corazón de oro seguirá brillando por siempre.

Y gracias a mi esposa, Jessica Bloom, por hacerme ver la aventura en todas partes, muy especialmente en los momentos difíciles, y por haber sido una compañera valiente y sincera en la vida y en el arte. No nos detengamos nunca.

## Otras lecturas

Estas son las obras más útiles que leí mientras escribía mi libro. Sin estos textos, este libro no existiría.

CARBONE, June. *Marriage Markets: How Inequality Is Remaking the American Family.*

FINE, Cordelia. *Delusions of Gender.*

HOBBS, Allyson. *A Chosen Exile: A History of Racial Passing in American Life.*

KELTNER, Dacher. *The Power Paradox: How We Gain and Lose Influence.*

KIMMEL, Michael. *Angry White Men: American Masculinity at the End of an Era.*

PAINTER, Nell Irvin. *The History of White People.*

PASCOE, C. J. *Dude, You're a Fag: Masculinity and Sexuality in High School.*

SAPOLSKY, Robert. *Behave: The Biology of Humans at Our Best and Worst.*

SMITH, R. Tyson. *Fighting for Recognition: Identity, Masculinity, and the Act of Violence in Professional Wrestling.*

WAY, Niobe. *Deep Secrets: Boys' Friendships and the Crisis of Connection.*

Y:

BUFORD, Bill. *Entre los vándalos.*

CONNELL, Raewyn. *Masculinities.*

GILLIGAN, James. *Violence: Reflections on a National Epidemic.*

HOOKS, Bell. *The Will to Change: Men, Masculinity, and Love.*

SOLNIT, Rebecca. *Los hombres me explican cosas*.

SUZUKI, Shunryu. *Mente zen, mente de principiante*.

Leí demasiados buenos artículos impresos y online como para nombrarlos todos aquí, pero recomiendo especialmente (pues me siento en deuda con ellos) el trabajo y las reflexiones de Susan Chira, Lindy West y Amanda Hess en *The New York Times*; el de Ta-Nehisi Coates en *The Atlantic*; los de Ann Friedman y Roxane Gay en diversas publicaciones; y el de Saeed Jones en *BuzzFeed* y más allá.

## Thomas Page McBee

Es periodista y boxeador amateur. Exeditor de *Quartz* y experto en masculinidad en *VICE*, escribe para medios como *The New York Times*, *Playboy* y *Glamour*. Actualmente vive en Brooklyn, pero viaja por todo Estados Unidos para dar charlas sobre cuestiones de género. Su primer libro, *Man Alive*, fue galardonado con el Premio Literario Lambda y nombrado mejor libro del 2014 por *Publishers Weekly*, *Kirkus Reviews*, *NPR Books* y *BuzzFeed*. Se casó en 2018 con su novia, Jess.

## Sobre *Un hombre de verdad*

En una época en la que la identidad se ha fragmentado y fraccionado tanto, la empatía de McBee con los hombres es algo refrescante, pero es su determinación por hacerse responsable de su situación lo que resulta más radical. Resuelve su propia crisis de masculinidad haciendo todas esas cosas que los hombres creen estar haciendo ya, aunque muy a menudo no sea cierto: escuchar, hacer preguntas, buscar ayuda, ser vulnerable.

THE GUARDIAN

Un examen de la masculinidad sin restricciones. McBee describe el viaje como una manera de lidiar con su nuevo lugar en este mundo repleto de masculinidades tóxicas (y privilegiadas)... Una mirada compasiva acerca de lo que significa ser un hombre y de las circunstancias que han engendrado nuestras expectativas. En muchos sentidos, es un feliz desmantelamiento de estas expectativas, una apertura de la masculinidad que deja espacio para el amor, el apoyo y la ternura, algo que McBee está gratamente sorprendido de haber encontrado en el camino.

BUZZFEED

Estas oportunas memorias exploran las dinámicas de poder entre géneros mediante una historia edificante sobre

alguien que se convierte en «un hombre de verdad» de una manera que ni él podría haber anticipado.

BOOKLIST

La exploración lírica y dolorosa de McBee sobre la pérdida y la madurez ofrece un antídoto esperanzador para las formas más tóxicas de la masculinidad.

PUBLISHERS WEEKLY

*Un hombre de verdad*  
Thomas Page McBee

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Amateur: A True Story About What Makes a Man*

Diseño e ilustración de la portada, Vasava

© Thomas Page McBee, 2018

© por la traducción, Juan Trejo, 2019  
Corrección de estilo a cargo de Sol Míguez Bellán

© Editorial Planeta, S. A., 2019  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2019

ISBN: 978-84-9998-718-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!

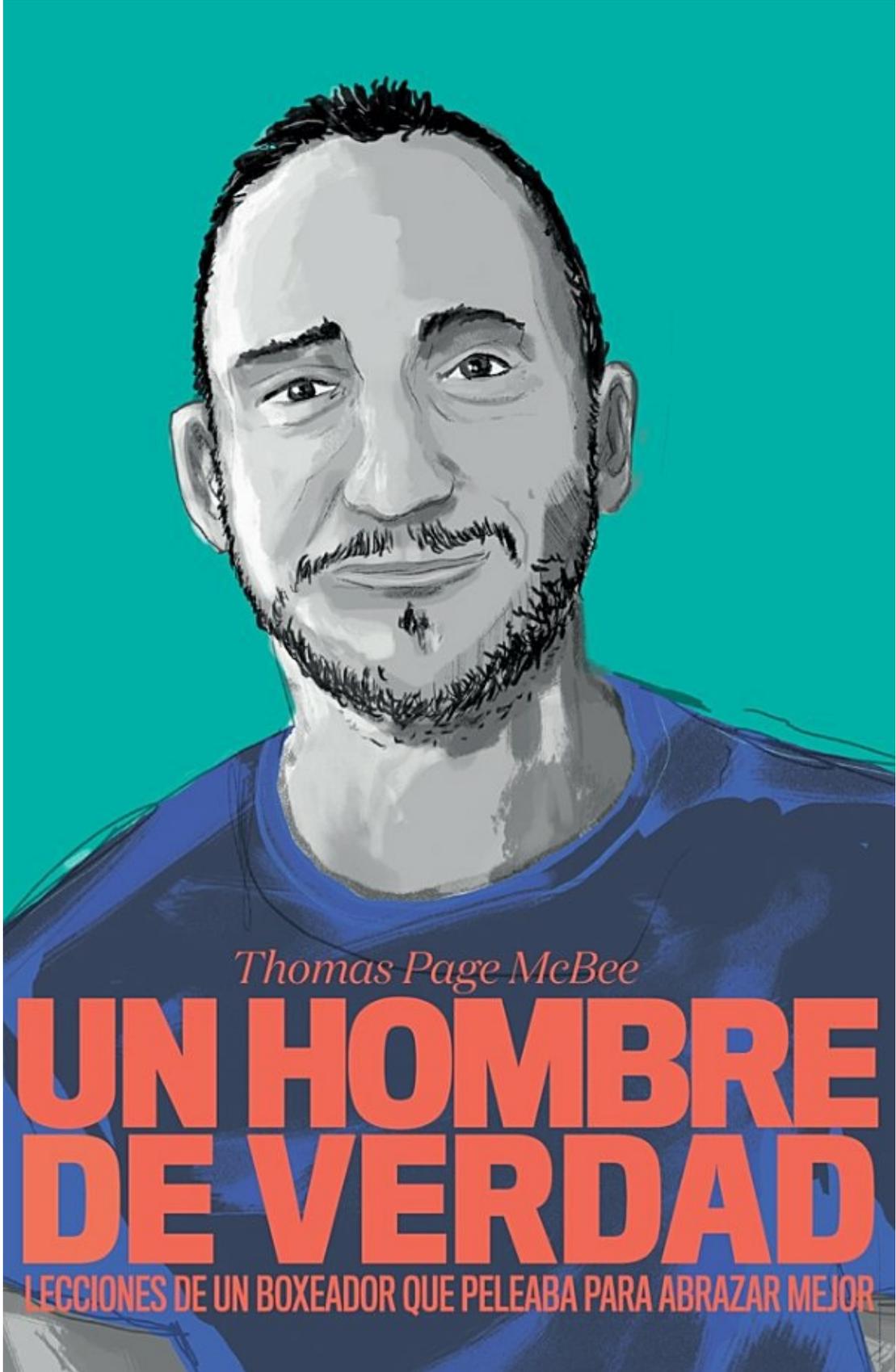
# NARRATIVA CONTEMPORÁNEA

---



¡Síguenos en redes sociales!





*Thomas Page McBee*

# UN HOMBRE DE VERDAD

LECCIONES DE UN BOXEADOR QUE PELEABA PARA ABRAZAR MEJOR